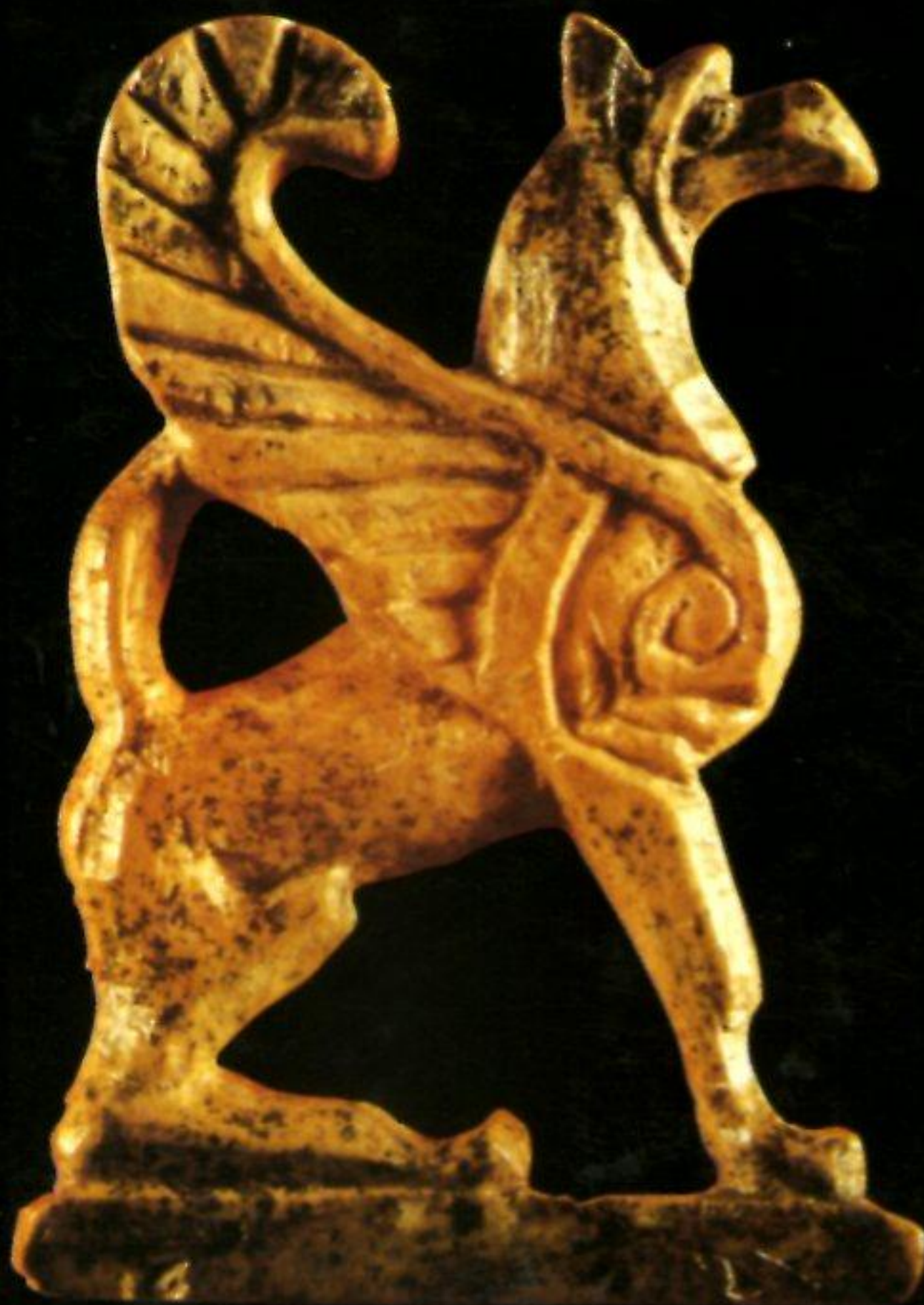


CIVILIZACIONES PERDIDAS

LOS ETRUSCOS
AMANTES DE LA VIDA DE ITALIA
I



ETRUSCOS:

AMANTES DE LA VIDA DE ITALIA

ETRUSCOS:

AMANTES DE VIDA DE ITALIA

PRIMERA PARTE

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Supervisores científicos: Larissa Bonfante, Nancy Thomson, Erik O. Nielsen
Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
Coordinación editorial: Pilar Mora
Coordinación técnica: Miguel Ángel Roig
Diseño de la cubierta: Singular

Título original:
Etruscans: Italy's lovers of life

Traductor:
Domingo Santos

Publicado por:
Ediciones Folio, S. A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S. A. (12-4-96)

ISBN: 84-413-0155-7 (obra completa)
84-413-0170-0 (volumen 15)

Impresión:
Grafos, arte sobre papel
(Barcelona)

Depósito Legal: B. 38054-95

Printed in Spain

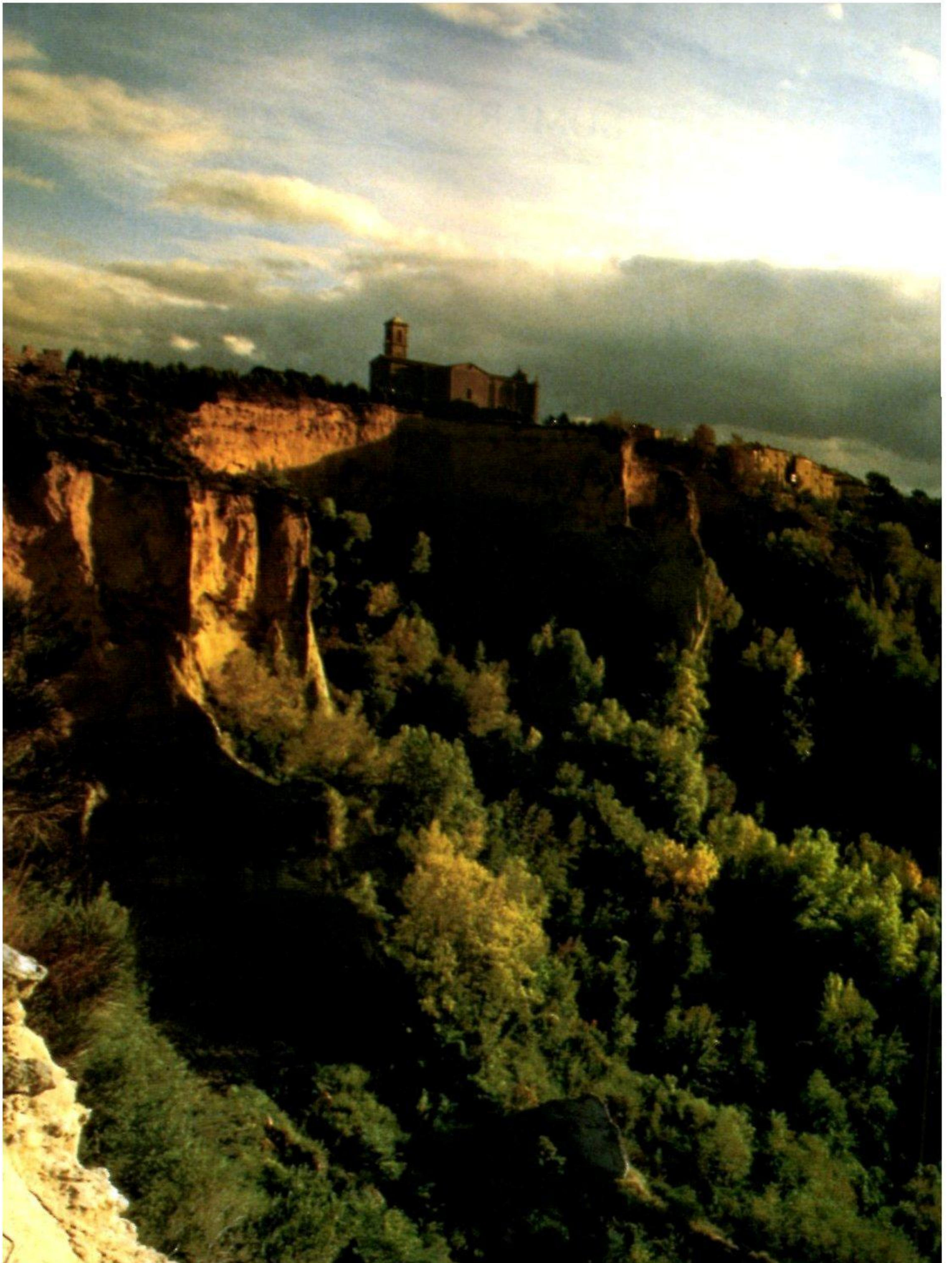
SUMARIO

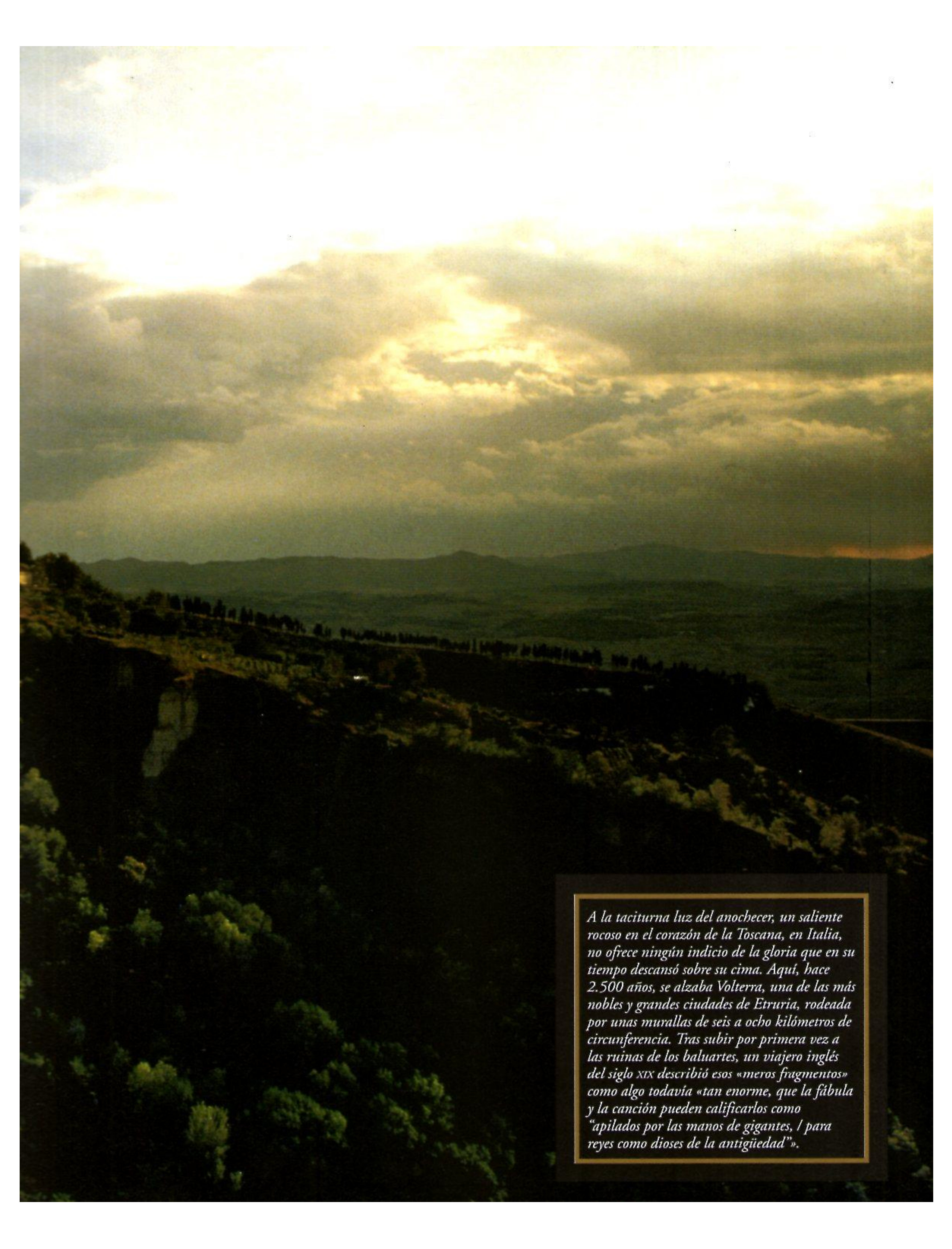
Capítulo primero
DESCUBRIMIENTO DE LOS
PRIMEROS ITALIANOS
9

La alegre música de la vida
37

Capítulo segundo
UN FELIZ IDILIO EN LA HISTORIA ETRUSCA
45

Soberbios hallazgos en la Toscana
71





A la taciturna luz del anochecer, un saliente rocoso en el corazón de la Toscana, en Italia, no ofrece ningún indicio de la gloria que en su tiempo descansó sobre su cima. Aquí, hace 2.500 años, se alzaba Volterra, una de las más nobles y grandes ciudades de Etruria, rodeada por unas murallas de seis a ocho kilómetros de circunferencia. Tras subir por primera vez a las ruinas de los baluartes, un viajero inglés del siglo XIX describió esos «meros fragmentos» como algo todavía «tan enorme, que la fábula y la canción pueden calificarlos como “apilados por las manos de gigantes, / para reyes como dioses de la antigüedad”».

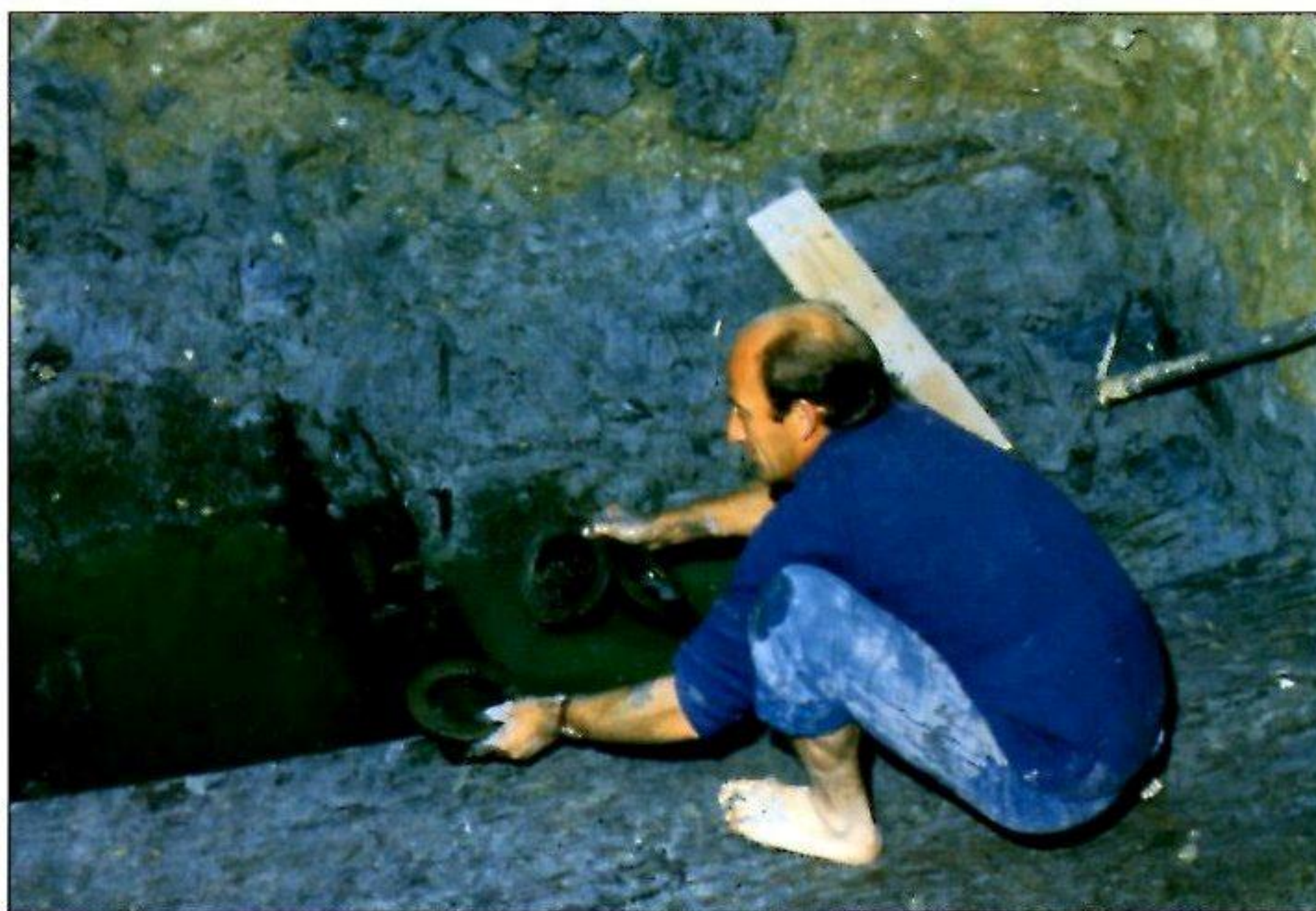


DESCUBRIMIENTO DE LOS PRIMEROS ITALIANOS

Incluso para Italia, donde el antiguo pasado parece estar por todas partes y los museos están llenos de tesoros extraídos de la tierra, fue un hallazgo importante. Y, como ocurre muy a menudo en una tierra donde abundan los yacimientos arqueológicos, el descubrimiento se produjo por accidente. Cuando los obreros que ampliaban la carretera principal a Rimini, en la costa adriática, en 1968, tropezaron con toda una serie de enterramientos cerca de la pequeña ciudad de Verucchio y pusieron al descubierto un cierto número de urnas y otros artefactos, nadie se mostró terriblemente sorprendido. De todos modos, se interrumpieron los trabajos mientras se notificaba a las autoridades correspondientes, y Gino Vinicio Gentili, entonces superintendente arqueológico de la región de Emilia-Romaña, acudió a inspeccionar. «Vi de inmediato que se trataba de un material interesante —dijo—: Una vasija de bronce con forma de cáliz, madera labrada, placas de oro y ámbar.» Las excavaciones de rescate se iniciaron al año siguiente, y en 1972 se habían puesto al descubierto más de 150 enterramientos.

Los pulsos se aceleraron de nuevo en septiembre y octubre de aquel año cuando, a casi 3 metros de profundidad, el poroso suelo de la parte superior dio paso a una arcilla no porosa, y Gentili y sus ayudantes tropezaron con dos pozos funerarios que habían permanecido sellados durante siglos en una mezcla sin aire de agua y lodo. Protegido por el limo de los insectos y las bacterias causantes de la descomposición, un techo de recios maderos de roble sostenidos por un par de vigas cruza-

Este frasco de bronce de finales del siglo VIII a.C., un artefacto italiano anterior en varios cientos de años a la grandeza romana, se originó durante el período vilanoviano, o protoetrusco (del 1000 al 700 a.C.). La habilidad en el trabajo del bronce presagia las bellezas de un arte etrusco aún por venir.



El excavador italiano Sergio Sani alza tres platos, que aún contienen los residuos de un banquete funerario, de una mesa de madera sumergida en la Tumba 85 de Verucchio. Preocupado de que un repentino derrumbamiento pudiera reenterrar la tumba del siglo VII a.C., Sani pasó casi 48 horas ininterrumpidas metido en el agua y el lodo para recuperar los artefactos durante la temporada de excavación de 1972.

das cubría todavía la primera cámara, y dos troncos de árbol servían como columnas. Alrededor de las columnas había un casco, una sítula de bronce o urna, y un gran caldero que contenía agujas de ámbar y oro y otros objetos. Milagrosamente, la tumba contenía también todo un hallazgo de artefactos normalmente perecederos, entre ellos los restos de tres mesas redondas de tres patas, un trono y un escabel, todo ello de madera tallada; una pieza de lino tejido que envolvía una vasija que contenía cenizas humanas; y cestos de paja.

Tan perfecta era la conservación que Gentili pudo incluso identificar los restos de un banquete funerario que había tenido lugar en el momento del enterramiento, hacía más de 2.500 años. En diferentes cuencos en una de las tres mesas había restos de uvas y avellanas, mientras que unos pots cubiertos en otra mesa contenían evidencias de liebre y pescado.

La segunda tumba, una caja funeraria de madera que medía más de dos metros de largo y casi metro veinte de ancho, se hallaba a tan sólo unos metros de la primera. Dentro descansaba un extravagantemente crestado casco de bronce que probablemente había sido llevado en ocasiones ceremoniales, piezas de oro y ámbar, y más artefactos de madera muy bien conservados: un escabel, el mango de un desaparecido abanico de plumas, cuencos con tapa, y el mango de un hacha de metal, así como lana tejida y tela de lino, parte de la cual mostraba un dibujo a cuadros.

Gentili descubrió el más impresionante de los artefactos hallados hasta entonces no dentro de la caja funeraria, sino en una saturada masa encima de ella: un colapsado segundo trono de madera, éste adornado con encantadoras tallas de hombres y mujeres tejiendo, tiñendo, desfilando y conduciendo carruajes. Ingeniosamente reconstruido más tarde a partir de sus numerosos fragmentos (*páginas 12-13*), el trono ofreció a los estudiosos una nueva visión de la vida diaria en Italia alrededor del



Discos de ámbar decoran una rota, pero aún hermosa, fibula hallada en la Tumba 85 (arriba). Otros objetos del mismo yacimiento incluían materiales raras veces conservados en antiguos enterramientos, entre ellos el interior de mimbre del casco de abajo. El mimbre está laminado con pequeñas tachas de bronce, que forman dibujos circulares alrededor de varias placas de bronce.

700 a.C. Más importante, sin embargo, era el hecho de que los objetos de esta y la otra tumba eran una evidencia importante de que la gente enterrada en los alrededores de Verucchio fueron en su tiempo algunos de los miembros más primitivos de una intrigante cultura antigua centrada entre los ríos Arno y Tíber, en el lado tirreno de la bota de Italia: la de los etruscos.

Pocas civilizaciones han brillado de una forma tan intensa y se han desvanecido de una forma tan rápida. Surgidos de una tierra natal relativamente pequeña, aproximadamente del tamaño de Virginia Oriental o Gales, los etruscos se expandieron en el siglo VII a.C. hacia el oeste y el sur, para fundar colonias en la isla del Tirreno de Córcega y cerca de Nápoles y crear un racimo de asentamientos que les proporcionaron el

control sobre buena parte de la fértil región conocida hoy en día como la Campania. En el siglo siguiente avanzaron hacia el norte, cruzaron los Apeninos hasta el valle del Po, y fundaron una cadena de ciudades a lo largo de la costa adriática. Más importante para la



UN TRONO REGIO REENSAMBLADO A PARTIR DE LOS FRAGMENTOS RECUPERADOS DE UNA TUMBA



De todos los artefactos desenterrados en el extenso yacimiento funerario descubierto en Verucchio, Italia, en 1968, el más extraordinario fue el trono de madera que en sus tiempos había ocupado la cripta saturada por el agua de un noble etrusco. No sólo era un singular ejemplo de trabajo de la madera, sino que las escenas decorativas representadas en los acampanados brazos y respaldo proporcionaron a los arqueólogos un atisbo único de la vida cotidiana en la región durante el siglo VII a.C. Más sorprendente aún, la pieza había sobrevivido, cuando la madera raras veces aparece intacta en yacimientos tan antiguos.

Cuando fue hallado, sin embargo, el trono tenía el aspecto de poco más que un amasijo de fragmentos incrustados de lodo. Se necesitarían tres años de meticuloso trabajo del restaurador italiano Giovanni Morigi —en pleno trabajo a la izquierda— para devolver al trono un parecido de su apariencia original. La primera tarea de Morigi fue conservar la madera que había sobrevivido en el entorno sin aire y lleno de agua de la tumba. Consiguió esto tratando los más de 250 fragmentos con glicol polietileno, una cera sintética que satura las maderas antiguas e impide que se sequen y se desmenucen. Luego empezó a reunir estas piezas, emparejando meticulosamente las escenas y dibujos decorativos que habían sido tallados a ambos lados. Como guía para la forma general del trono, Morigi recurrió a un trono de bronce relativamente intacto y a los

fragmentos de uno de madera que los arqueólogos habían desenterrado en la misma zona general. Finalmente, Morigi elaboró un armazón de acero inoxidable sobre el cual fijar los fragmentos. La sección superior, que representaban los brazos y el respaldo, fue cuidadosamente unida con delgadas tiras de acero que permitían que las piezas de madera pudieran ser vistas desde ambos lados.

La parte de atrás del trono muestra elaborados dibujos geométricos. La delantera está tallada con escenas representadas en dos bandas horizontales distintas. En la banda inferior, hombres en carruajes tirados por caballos avanzan hacia algún destino desconocido. En la banda superior hay detalladas imágenes de edificios; dentro, dos mujeres, cada una con trenzas hasta la cintura, retuercen hilo en un huso, mientras otras mujeres trabajan en telares de pie en el exterior, al fondo.

Mostrado aquí con sus fragmentos conservados fijados a un armazón de acero como sostén, el trono de Verucchio exhibe claramente su antiguo esplendor. Tras examinar el grano de la madera, el restaurador Giovanni Morigi pudo determinar que el trono había sido tallado de un único tronco de roble que medía aproximadamente un metro de ancho.



Tal como detalla el dibujo de abajo, esta talla del trono de Verucchio muestra a dos mujeres con un huso. Las dos figuras encima de la casa son monos decorativos de madera, un motivo común de la época.



posteridad fue que, desde finales del siglo VII a.C. hasta el 510 a.C., proporcionaron una dinastía que gobernó la propia Roma. En palabras del historiador romano Livio, Etruria, en la cúspide de su poder, «llenó toda la longitud de Italia desde los Alpes hasta el estrecho siciliano con la fama de su nombre».

Pero los etruscos son recordados por algo más que por su poder temporal. Contados entre las civilizaciones más adelantadas de su época en el mundo occidental, fueron ingenieros de primera categoría, renombrados por su construcción de carreteras y puentes además de por sus ambiciosas obras de irrigación. Sus ceramistas, metalistas y orfebres eran internacionalmente reconocidos por sus habilidades y por los usos innovadores a los que las dedicaban. Los dentistas modernos, por ejemplo, todavía admiran la calidad de los puentes de oro descubiertos en las bocas de los cadáveres de las tumbas etruscas (pág. 99).

También eran –de nuevo en palabras de Livio– «un pueblo más devoto que cualquier otro a las costumbres religiosas», que mostraba un profundo y fatalista sentido del papel que juegan las fuerzas divinas en modelar el curso del destino humano. Sin embargo, su arte comunica una jubilosa alegría de los placeres cotidianos de la vida, desde los banquetes hasta los deportes y juegos. Por encima de todo apreciaban la música; según los comentaristas clásicos, los sonidos de la flauta y de la lira acompañaban incluso las más menores de sus actividades diarias.

Ejercieron una duradera influencia en culturas occidentales posteriores, principalmente como resultado del dominio que ejercieron sobre Roma en el siglo antes de la fundación de la República. Un sorprendente número de los símbolos comúnmente considerados como romanos, desde la toga ceremonial y los números romanos hasta el puñado de varillas conocidas como fasces –el emblema de los magistrados romanos, revivido en los años 1920 por el dictador italiano Benito Mussolini como representación del fascismo– fueron de hecho heredados de sus vecinos y en su tiempo dominadores. Fueron los etruscos también quienes pasaron a los romanos su amor hacia el arte y la arquitectura monumentales y una versión italiana de los dioses griegos, junto con la técnica de la adivinación. Spurinna, la adivina que advirtió a Julio César que tuviera cuidado con los idus de marzo el 44 a.C., era de origen etrusco. Y, lo más significativo de todo, los etruscos legaron a Roma los secretos de la escritura y el alfabeto.

Finalmente, sin embargo, el precoz pupilo superó y dominó a su maestro, y Etruria cayó bajo el dominio del Imperio Romano. Desde el siglo IV a.C. en adelante, sus ciudades aceptaron una tras otra la dominación romana, y el 89 a.C., cuando fue concedida la ciudadanía romana a todos los etruscos, incluso su lenguaje empezó a caer en desuso. Sin embargo, mucho después de que la propia Roma imperial se desmoro-



Las nubes flotan sobre la isla etrusca de Elba, una de las más ricas fuentes de hierro de los tiempos antiguos. Los grandes hornos de fundición del lugar inspiraron a los griegos a denominar la isla Aethalia, según la palabra griega que significa humo, «que flota –escribió el historiador Diodoro Sículo– tan denso a su alrededor».



nara y cayera, cazadores de tesoros, arqueólogos e investigadores se dedicarían a la tarea de redescubrir el vívido período preclásico que los romanos habían eclipsado, y a lo largo de los años sorprenderían al mundo con sus descubrimientos.

La antigua Etruria estaba formada por la actual provincia italiana de la Toscana, junto con partes del Lacio al sur y Umbría al este. La región se divide de forma natural en dos secciones: una ondulada meseta formada por la antigua actividad volcánica y bordeada al sur por una amplia llanura costera conocida como la Maremma, y una escabrosa línea costera y una región de ciudades montañosas y amplios valles de aluvión que domina el norte.

Los etruscos fueron afortunados al heredar esta tierra; su período de gloria puede relacionarse directamente con la explotación de los tesoros que ofrecía. El suelo era extremadamente productivo. Según el historiador griego Diodoro Sículo, rendía una amplia variedad de cosechas. Los etruscos, escribió, «disfrutaban de abundante fruta, que no sólo es suficiente para su sustento sino que contribuye a su abundante disfrute y lujo». Y aunque la amplia llanura que respalda la mayor parte de la costa de la región carece en la actualidad casi por completo de puertos, en tiempos etruscos estaba salpicada con lagunas, cegadas hace tiempo por el limo, que proporcionaban protegidos fondeaderos adaptados a las necesidades de la pesca y del comercio. Bendecidos con un fácil acceso al mar, los etruscos desarrollaron pronto una reputación de hábiles marineros..., y de temidos piratas. Según un párrafo escrito en el siglo IV a.C. por el historiador griego Eforo, los piratas etruscos merodeaban ya los mares alrededor de Sicilia en el siglo VIII a.C.

El más grande de los recursos naturales de Etruria, sin embargo, se hallaba oculto bajo el suelo. La riqueza mineral de las montañas de Tolfa, cerca de Civitavecchia en el sur, y de las Colline Metallifere, las Colinas Metalíferas, cerca de Siena en el norte, sólo era igualada por la de la isla de Elba, a 13 kilómetros mar adentro. A través de estas reservas Etruria controlaba las únicas fuentes considerables de cobre, mineral de hierro y quizás estaño en toda la región del Mediterráneo central. Los metales eran explotados a una escala masiva, y ciudades enteras como Populonia, en la costa opuesta a Elba, crecieron gracias a ellos. De hecho, los arqueólogos han hallado huellas de explotaciones que se remontan hasta tan lejos como el siglo VIII a.C., completas con pozos, túneles, galerías subterráneas, fundiciones en forma de cono y gigantescos montones de escoria. Estos montones eran tan enormes que pudieron ser reprocesados durante la Segunda Guerra Mundial para extraer el metal que todavía había en ellos y aprovecharlo para la industria armamentista italiana.

La fama de las minas etruscas se extendió rápidamente por todo el



mundo mediterráneo, y no tardó en surgir una red comercial para manejar su producción. Griegos y fenicios trajeron bienes de lujo para intercambiar por los preciosos minerales, y los etruscos se hicieron ricos con el cambio. La marea de la riqueza fluyó y reflujo entre varios centros urbanos diferentes a lo largo de los siglos, porque, aunque a buen seguro floreció toda una civilización etrusca —con su propio lenguaje, religión y costumbres—, nunca llegó a crearse un estado etrusco unificado.

Etruria estuvo más bien dividida en sus días de gloria en una serie de ciudades-estado muy parecidas a las de la Grecia contemporánea o la Italia del Renacimiento unos 2.000 años más tarde. Los escritores clásicos hablan de 12 pueblos de Etruria, y parece que hubo aproximadamente una docena de estos pequeños territorios soberanos, aunque a lo largo del tiempo algunos de esos centros cayeron en declive y perdieron su lugar ante otros recién llegados. No deseosos o incapaces de hacer causa común, las ciudades conservaron celosamente su independencia y compitieron económicamente. Las fuentes literarias apuntan que incluso libraron guerras entre ellas.

Según los autores romanos, los etruscos se referían a sí mismos como *rasna* o *rasenna*. Los griegos, por su parte, los conocían como *tyrrhenoi*, proporcionando con ello la raíz de la palabra por la cual se conocen hoy en día las aguas entre Italia y las islas de Córcega y Cerdeña: el mar Tirreno. Para los romanos eran los *etrusci* o *tusci*, de donde derivan las palabras etrusco y Toscana respectivamente.

El destino de estos nombres es el

Dos diminutos caballos cabalgan a lomos de una pareja más grande (arriba) y crean un estilizado juego de anillas para las riendas para este bocado de bronce de la segunda mitad del siglo VIII a.C. Estos bocados, símbolo de riqueza y status social, empezaron a aparecer en tumbas a finales del período vilanoviano.

Un trabajador del bronce del siglo VIII a.C. grabó esta placa de cinturón (abajo) con dibujos abstractos y geométricos formando círculos. Las placas de cinturón de forma romboidea como ésta fueron ampliamente distribuidas en Italia y exportadas hasta tan lejos como Eubea, una isla griega en el oeste del Egeo.



Sobre una vasija de bronce del siglo VIII a.C. de 30 centímetros de alto (abajo), hombres armados rodean a un animal encadenado mientras un lancero (abajo a la derecha) alza su arma para matar a un buey en lo que parece ser una danza ritual. Los artistas vilanovianos crearon figuras humanas de forma estilizada o tosca, pero que expresaban una espontánea vitalidad.

espejo del de la civilización como un todo, porque la mayor parte de lo que se sabe de los etruscos procede de otra gente. Aunque casi con toda seguridad poseían una literatura propia, ésta se ha perdido. El lino doblado sobre el cual fueron escritos sus libros se convirtió en polvo hace mucho tiempo y, más importante aún, las obras dejaron de ser copiadas cuando murió el lenguaje. La falta de textos hace completamente imposible oír las voces de los etruscos; en vez de ello, los historiadores tienen que conformarse con los relatos de sus contemporáneos, los griegos y los romanos.

Dado que estas civilizaciones clásicas fueron durante mucho tiempo rivales de los etruscos, no es sorprendente que la imagen que ofrecen



LLEVAR LAS EXCAVACIONES AL LABORATORIO

de ellos no sea enteramente halagadora. Por supuesto, algunos escritores les conceden una buena puntuación: el poeta griego del siglo V Ferécates admitía que los etruscos eran «unos artesanos hábiles y afectuosos», una opinión secundada por su contemporáneo el ateniense Critias. «Sus bronce de todo tipo para la decoración y el servicio de las casas son los mejores», citó. Pero la mayoría de historiadores consideraban el amor de los etruscos hacia los objetos hermosos como un signo de decadencia. Según el historiador del siglo I a.C. Dionisio de Halicarnaso, eran «un pueblo de exquisitos y caros gustos, que tanto en el hogar como en el campo cargaban consigo, además de sus necesidades, costosos y artísticos artículos de todo tipo diseñados para el placer y el lujo».

La imputación de decadencia, sin embargo, surgió sobre todo a raíz de las sensuales descripciones de la supuestamente relajada moral sexual etrusca. Las muchas escenas de banquetes que pintaron los etruscos en las paredes de sus tumbas sugiere ciertamente que gozaban por completo de la vida. Pero las visiones perpetuadas por los extranjeros estaban basadas probablemente en una mala interpretación de las relaciones entre los sexos en la sociedad etrusca. Hombres y mujeres se mezclaban de una forma mucho más libre que en la Grecia contemporánea, donde sólo las prostitutas cenaban en público con los hombres. Viendo a esposos y esposas gozando de la compañía mutua en los banquetes, los extranjeros hostiles confundían la relativa independencia de las mujeres con el libertinaje.

Estas malas interpretaciones importarían poco si existieran otras fuentes para equilibrar el cuadro. Pero, en los siglos posteriores a que Etruria fuera engullida por la Roma imperial, las referencias superficiales hechas por los autores clásicos se convirtieron en el único epitafio de los etruscos. Ciertamente, se dice que Claudio I, emperador romano desde el 41 al 54 d.C., escribió una larga historia de los etruscos, pero ésta también se ha perdido, dejando sólo los relatos de escritores como Livio para garantizar que el papel de los etruscos en la historia primitiva de Roma no se olvidara por completo.

Sin embargo, a medida que el mundo clásico caía en declive y la Edad Media se aposentaba por toda Europa, el recuerdo de Etruria como



La escena de arriba puede parecer una excavación típica en progreso, en la que dos restauradores ponen al descubierto artefactos de un enterramiento etrusco del siglo VIII a.C. mientras un colega registra las posiciones en un dibujo. Pero el entorno es inusual. La tierra en la que se hallan enterrados los objetos ha sido traída intacta, en un enorme bloque, al laboratorio, para permitir a los investigadores examinarla bajo condiciones controladas.

El método es complejo y caro. Las condiciones del lugar tienen que ser adecuadas, y mover un hallazgo es una tarea abrumadora. En este caso, afortunadamente para el equipo, dirigido por la arqueóloga italiana Anna-Maria Esposito en la pequeña necrópolis de Casale Marittimo, se pudo disponer de financiación. Más aún, el enterramiento, conocido como Tumba G, se hallaba tan sólo a 50

centímetros de profundidad, en terreno no rocoso. Los arqueólogos tuvieron primero que retirar el suelo alrededor y debajo de la zona, deslizando planchas bajo el enterramiento en sí para proporcionar una plataforma, luego construir una caja alrededor de las dos toneladas de tierra y artefactos que componían el bloque liberado. A continuación, una grúa alzó la caja hasta un camión para el viaje de 50 kilómetros a Florencia.

Transportar un descubrimiento del campo al laboratorio proporciona a los arqueólogos un beneficio del que raras veces pueden disponer, el tiempo. En el yacimiento, el trabajo puede verse amenazado por condiciones adversas —las meteorológicas, por ejemplo, o los ladrones, entre otras cosas—, lo cual obliga a los científicos a trabajar más aprisa de lo que desearían. En el laboratorio pueden proceder tan lenta y meticulosamente como deseen. Esta meticulosidad permitió a los investigadores de la Tumba G recrear un mango de hacha único (curvado para poder ser lanzado) a partir de la posición de las plaquetas que en su tiempo lo decoraron.

Incluso algunos arqueólogos del siglo XIX consideraron que las recompensas de la excavación en interior valían la pena los esfuerzos. En los años 1880, en Vetulonia, el etruscólogo italiano Isidoro Falchi envolvió un gran caldero de bronce, aún lleno de tierra y objetos funerarios, con yeso y madera y lo envió a través de un abrupto terreno a Florencia. En contraste con sus colegas modernos, sin embargo, Falchi excavó su descubrimiento durante una gran ceremonia, a la que asistió el propio príncipe de Nápoles.

una entidad separada se desvaneció. En los tiempos medievales, lo poco que se recordaba se mezcló con elementos de fantasía y leyenda. El extraño relato de un viajero transcrito por el cronista inglés del siglo XII Guillermo de Malmesbury es típico. Describía a un monje que contaba haber visto una montaña «perforada» en Italia donde se rumoreaba que estaban escondidos los tesoros del emperador romano Augusto. «Se dice que muchas personas han entrado en estas cavernas con la finalidad de explorarlas, y que todas han perecido —cita Malmesbury que le dijo el monje—. Vimos todo el camino sembrado de huesos mondos.» Los estudiosos suponen que la imagen de la montaña perforada pudo ser inspirada por tumbas como las existentes cerca de Norcia, que los etruscos excavaron en la cara de los riscos rocosos. La descripción de los huesos pudo basarse también en restos etruscos auténticos, sólo que enormemente exagerados.

En la época del Renacimiento, la admiración hacia las civilizaciones pasadas reemplazó los sentimientos de maravilla y curiosidad de Malmesbury, y la curiosidad acerca de los etruscos creció entre almas tan inquisitivas e inventivas como Annio de Viterbo, un fraile dominicano. Dio el primer paso hacia revivir los estudios etruscos publicando inscripciones, algunas de las cuales había reunido cerca de su ciudad natal, en el corazón de lo que había sido Etruria, y otras que inventó, nadie sabe por qué.

El estudio de la etruscología se desarrolló lentamente. Mientras ostentaba la cátedra de derecho civil en la Universidad de Pisa en el siglo XVII, Thomas Dempster, un excéntrico estudioso escocés renombrado en su época por su beligerancia además de por su amplia erudición, hizo una duradera contribución a la comprensión de los etruscos. Aunque se dijo de él que «no pasaba un día en el que no usara ni sus puños ni su espada», Dempster fue comisionado por el gran duque de Toscana para escribir una historia de los etruscos. La obra resultante, *De Etruria Regali Libri Septem* (Siete libros sobre Etruria de los reyes), reunía todo lo que se había escrito hasta entonces sobre los etruscos en un tomo enciclopédico, pero por razones que permanecen oscuras no fue publicada durante casi un centenar de años.

En 1723, en Florencia, un inglés llamado Thomas Coke descubrió el manuscrito de Dempster, le añadió unas preciosas ilustraciones grabadas sobre cobre y notas redactadas por un respetado anticuario, y lo publicó. El libro atrajo a los patriotas eruditos ansiosos por remontar sus tradiciones regionales hasta Etruria antes que hasta Roma, y ayudó a estimular una renovación general del interés europeo sobre las cosas etruscas. Los primeros frutos de este renacimiento se hicieron pronto evidentes: en 1726 se estableció la Academia Etrusca en la ciudad de Cortona, en la Italia central, para alentar el estudio de la civilización.

Dos años más tarde se iniciaron las primeras excavaciones registradas en la espectacular necrópolis en la cima de un risco de Volterra (*págs. 6-7*), una de las ciudades más ricas del mundo antiguo. Los artefactos recuperados de aquel yacimiento a lo largo de los siguientes 30 años llenaron las colecciones privadas y los museos de toda Europa, entre ellos el moderno Museo Guarnacci de Volterra, que se convirtió en la primera colección etrusca pública del mundo cuando abrió sus puertas en 1761.

Por aquel entonces se había acuñado una nueva palabra, *etrusquería*, para describir la moda de estudiar la cultura, y tanto la sociedad erudita como los investigadores empezaban a demostrar su interés. De hecho, los visitantes acomodados brindaban por los antiguos en los *picnics* celebrados entre las tumbas. Y los llamados vasos etruscos —muchos de los cuales habían sido elaborados en realidad en Grecia e importados por etruscos ricos— se volvieron tan populares que el ceramista inglés Josiah Wedgwood eligió el nombre de Etruria para el nuevo centro fabril en los Midlands ingleses que iba a hacerle famoso (*pág. 153*).

El estallido de las guerras napoleónicas a finales del siglo XVIII cortó temporalmente el acceso a los yacimientos etruscos, pero con el restablecimiento de la paz en 1815 amaneció un nuevo período de actividad arqueológica. Prácticamente en un abrir y cerrar de ojos, los artefactos etruscos empezaron a fluir de nuevo a los mercados de antigüedades de Europa. De hecho, salió tanta cerámica de una necrópolis descubierta en 1828 en la ciudad de Vulci, a unos 80 kilómetros al noroeste de Roma, que incluso hoy una mayoría de los vasos supervivientes pueden ser rastreados hasta ella.

En 1836, dos arqueólogos aficionados desenterraron un tesoro en objetos de oro y ámbar en la tumba de una mujer noble desconocida en Cerveteri, el emplazamiento de la antigua ciudad de Caere, a algo más de 30 kilómetros al noroeste de Roma. La noticia del descubrimiento se difundió rápidamente por Europa. Junto con las coloristas escenas de música, banquetes, caza y pesca que se hallaron pintadas en las paredes de las tumbas en Tarquinia, una importante ciudad etrusca a 19 kilómetros al norte de Civitavecchia investigada por primera vez en el siglo XVIII, estos artefactos confirmaron la impresión general de Etruria como una tierra de vitalidad y naturaleza, así como una de misterio y riquezas ocultas.

La combinación de una escenografía salvaje y hermosa y secretos lugares funerarios iba a atraer a todas luces las sensibilidades de la era romántica, entonces en su apogeo. Era una época en la que jóvenes entusiastas se enfrentaban alegremente a primitivos hospedajes y a la malaria endémica que marcaba la región a cambio de peinar gargantas salvajes y pintorescas ruinas en busca de la civilización perdida. Uno de

En esta foto, tomada alrededor de 1920, una estatua de mármol de Mario Guarnacci (izquierda), completada en 1867, domina una estancia de urnas de toba y alabastro etruscas para restos incinerados en el Museo Guarnacci de Volterra. Los contenedores, en su tiempo descritos por el escritor D. H. Lawrence como «curiosamente atractivos y vivos», forman parte de una extensa colección etrusca, fundada por Guarnacci en 1761 como el primer museo público dedicado a artefactos etruscos.

estos exploradores fue George Dennis, un funcionario de bajo nivel de la Oficina de Impuestos al Consumo de Londres. Clasicista autodidacta, dedicó su tiempo libre a la investigación de Etruria y sus antigüedades y luego escribió *Las ciudades y cementerios de Etruria*, una amplia visión general en dos volúmenes de todos los yacimientos conocidos. Publicada en 1848 y revisada tres veces, la obra no consiguió reportar a Dennis fama ni fortuna, pero atrajo a un pequeño y selecto núcleo de lectores, y sigue haciéndolo, tras alcanzar el *status* de clásico. «Todavía es la mejor guía individual a las ciudades y tumbas etruscas –ha escrito la historiadora de arte y arqueóloga norteamericana Nancy Thomson de Grummond de esta obra–, y hoy es importante también porque ofrece preciosa información de confianza sobre monumentos que desde entonces se han perdido.»

El libro de Dennis marcó a la vez la culminación de una era en la que aficionados dotados y enérgicos trabajaban para revivir el recuerdo de los etruscos, y el nacimiento de la era actual, en la que los arqueólogos profesionales, usando técnicas cada vez más sofisticadas, se dedican



a intentar resolver los muchos misterios que rodean a los etruscos. Mucho se ha aprendido examinando las evidencias puestas al descubierto en el inicial e indisciplinado estallido de exploración. Esto ha producido menos hallazgos espectaculares que los primeros, pero ha hecho más por extender el conocimiento de la gente y su sociedad. Los estudiosos, por ejemplo, saben ahora lo suficiente como para dividir la sociedad etrusca en cinco fases, cuatro de las cuales toman tradicionalmente los nombres de sus eras correspondientes en la historia del arte griego (págs. 158-159)

Los expertos también pueden recomponer las bases de cómo se escribía y hablaba el hoy muerto lenguaje etrusco. A falta de la abundancia de textos disponibles para los estudiosos de Grecia y Roma, los etruscólogos tienen que espigar toda la información que pueden de los siete siglos de inscripciones que los etruscos dejaron en tablillas, señalizadores de límites, espejos de mano, vasos, sarcófagos, monedas y otros objetos recuperados hasta ahora. Comparándolos con las inscripciones en distintos artefactos antiguos, los eruditos han deducido que los etruscos aprendieron el arte de la escritura de los comerciantes griegos en el siglo VIII a.C., y que el alfabeto que utilizaron era una versión del griego. Hay indicios de que, cuando llegó el alfabeto, fue considerado como un símbolo de *status*; los objetos de las tumbas ricas estaban a veces decorados con las nuevas letras, indicando así que tenían prestigio, y quizás incluso significado mágico.

Puesto que los lenguajes griego y etrusco no estaban relacionados de ningún modo, el alfabeto necesitó algunas modificaciones para convertirlo en un vehículo adecuado para la lengua etrusca, que los lingüistas han descrito con una pronunciación gutural de las erres y a la vez llena de chasquidos y siseos. Los símbolos para los sonidos exclusivamente griegos fueron abandonados, y se introdujeron otros nuevos. Luego, la versión alterada pasó a otros pueblos italianos, sobre todo los romanos, que posteriormente la llevaron a buena parte de la Europa occidental, donde sigue en uso todavía hoy. Como resultado de ello, hay que agradecer a los etruscos el hecho de que el alfabeto moderno empiece con las letras *a*, *b* y *c* en vez de con la alfa, beta y gamma. Mientras tanto, un segundo canal de transmisión, vía los habitantes del norte de Italia a través de los Alpes hasta las tribus germánicas de Europa, dio como resultado el desarrollo de las runas, la escritura usada por los pueblos escandinavos.

Las similitudes entre los alfabetos griego y etrusco ha dado como resultado que deletrear las palabras etruscas y descifrar su significado aproximado nunca ha presentado problemas importantes. Los estudiosos han podido hacerlo desde el siglo XVIII. Una de las piezas que descifraron surgió a la luz bajo circunstancias decididamente extrañas. La

El alfabeto etrusco rodea la barriga de una vasija o tintero de finales del siglo VII a.C. con forma de gallo procedente de Viterbo. Aunque los etruscos no utilizaban las letras b, d, g (parecida aquí a una moderna c) o la o, estas letras aparecen en el modelo de alfabeto que los etruscos recibieron de los griegos (abajo) y luego modificaron para sus propias finalidades.

secuencia de acontecimientos empezó en Egipto a finales de los 1840, cuando un noble croata llamado Mihael de Baric compró una momia – entonces libremente disponibles – a un antiguo tratante de Alejandría. Baric, archivero en la cancillería real de la corte húngara, llevó su compra a su casa en Viena, donde la exhibió orgullosamente en su salón junto con otras curiosidades y obras de arte obtenidas en anteriores viajes por el mundo.

Durante un tiempo la momia permaneció de pie en su vitrina, con sus vendajes rodeando aún apretadamente su cabeza y su rígido cuerpo. Pero en algún momento Baric debió de desenrollar parcialmente la tela para excitación de su sobrino, que más tarde informó haber visto lo que describió como un rostro infantil. Cuando Baric murió, en 1859, la momia había sido desenrollada por completo, dejando al descubierto los restos de una mujer de unos 30 años, y el cuerpo y los vendajes eran conservados ahora en cajas separadas. Los herederos de Baric donaron ambas cosas a la sección egipcia del Museo Nacional de Zagreb, donde llegaron a finales de julio de 1862.

Allá, el cuidador de la colección, el profesor Heinrich Karl Brugsch, observó de inmediato algo inusual en los vendajes de lino: Un lado estaba cubierto con escritura, en un lenguaje que el investigador fue incapaz de identificar. «Nunca hubiera descubierto la escritura en el envoltorio si una de las vendas no se hubiera desenrollado y mostrado su interior –escribió Brugsch en 1891–. Mi sorpresa al ver aquella escritura, que me resultaba desconocida, fue naturalmente grande, y puesto que esperaba haber hallado una inscripción egipcia, ya fuera grande o pequeña, empecé a desenrollar lo que había que desenrollar, lo cual hice sin mucha dificultad, y puse a la luz el misterioso texto.»

Aunque un catálogo del museo de 1870 indica que el profesor dedicó años al estudio de las inscripciones, su identificación le eludió toda su vida. Según la publicación, siguieron siendo «una tal novedad que no tienen igual en todo el mundo».

Deberían transcurrir otras dos décadas antes de que el rompecabezas se solucionara finalmente. En 1891, los vendajes fueron enviados a la universidad de Viena, donde los expertos identificaron rápidamente el misterioso lenguaje como etrusco. El lino



ABCDEFIIB⊕IK↓M↗N⊕OΠMΦPSTVΣΦK

en el cual estaba escrito era compacto y estaba apretadamente tejido, y aunque había resultado manchado por la sangre y los ungüentos, parecía probable que hubiera sido preparado especialmente a fin de hacer que la tinta fuera claramente legible. El texto estaba nítidamente inscrito en dos colores: negro para las palabras en sí, y rojo para el subrayado y para un cierto número de líneas verticales que dividían el texto en columnas de 23 centímetros de ancho. Los investigadores tenían pocas dudas respecto a la importancia del descubrimiento: las envolturas de la momia de Zagreb eran evidentemente fragmentos del único libro etrusco superviviente del mundo, conservado por azar gracias al proceso de momificación.

Basándose en un examen detallado de las formas de las letras individuales, la escritura fue datada de aproximadamente el 150 a.C., aunque una reciente datación por el radiocarbono del lino sugiere que podría ser 200 años más antigua. No contenía indicios que señalaran cómo el libro había llegado originalmente a Egipto, aunque los estudiosos han especulado que pudo estar en posesión de un exiliado etrusco que trabajara al servicio de los faraones. Una vez allí, fue a parar al parecer a manos de los momificadores, que lo cortaron y usaron las tiras como otros tantos vendajes de lino con los que envolver el cuerpo.

El libro, una obra religiosa, relaciona los rituales a ofrecer a los diversos dioses en diferentes días del año. En su forma actual contiene 216 líneas de texto, sustancialmente menos de lo que implicaban crónicas anteriores, lo cual indica que algunas secciones pueden haberse perdido o enviado a otras partes en los años posteriores a su descubrimiento. Los investigadores han detectado también errores en el copiado, lo cual sugiere posiblemente que el lenguaje estaba cayendo ya en desuso cuando el libro fue escrito.

Aunque se trata incuestionablemente de una gran bendición para el estudio del lenguaje etrusco, el escrito de los vendajes de la momia de Zagreb resultó menos iluminador de lo que sus descubridores esperaron al principio. Como la mayoría de las inscripciones, que toman la forma de tallas funerarias que simplemente proporcionan el nombre, y ocasionalmente el título, del fallecido, el vocabulario empleado contenía demasiadas frases repetidas y un exceso de nombres propios para poder incrementar en muchas las 300 palabras que ya habían sido descifradas.

Así, los progresos en la lectura del etrusco —es decir, en expandir su vocabulario y aclarar las reglas de su gramática— han sido lentos. Para acelerar las cosas, los estudiosos han esperado hallar un texto bilingüe que empareje algo escrito en etrusco con el mismo pasaje traducido a un lenguaje conocido. Confían, en otras palabras, en un equivalente etrusco a la piedra de Rosetta egipcia, descubierta por el ejército de Napoleón en 1799. Las bandas paralelas de inscripciones griegas y egipcias de la piedra proporcionaron la clave al descifrado de los jeroglíficos.

Porciones de un calendario religioso, el único libro etrusco en existencia conocido, sobreviven en forma de tiras (arriba). Los momificadores egipcios utilizaron el libro de lino para envolver el cuerpo de una mujer de 30 años (abajo), conocida hoy como la momia de Zagreb, por el museo en Croacia donde ella y su inusual envoltura llegaron finalmente en 1862.

Comprensiblemente, pues, la excitación creció en 1964 cuando pareció que había sido descubierto un texto así. El hallazgo se produjo cerca del imponente castillo medieval de Santa Severa, en la costa tirrena, a unos 50 kilómetros al noroeste de Roma. En la antigüedad el lugar era conocido como Pirgi, según la palabra griega que significa torres, y era el emplazamiento del principal puerto que servía a Caere, a trece kilómetros tierra adentro. Los escritores romanos conocían bien el puerto. El poeta épico Virgilio se refería a la «antigua Pirgi», y un editor del siglo IV d.C. de su obra la describió como «una bien conocida fortaleza durante la era en que los etruscos practicaban el comercio de la piratería», los siglos VII y VI a.C.

Las mal conseguidas recompensas de ese comercio eran evidentemente grandes, porque el templo de la ciudad era renombrado por sus riquezas. Su reputación tentó incluso a Dionisio el Viejo, el gobernador de la colonia griega de Siracusa en Sicilia. Tras una famosa incursión lanzada el 384 a.C., Dionisio se hizo con 1.000 talentos del tesoro del templo, una cantidad tan enorme que igualaba a la indemnización total que se vio obligado a pagar tras perder una guerra contra los cartagineses cuatro años más tarde.

Los restos del templo fueron revelados por azar en el transcurso de un plan costero de reclamación de tierras en 1956, cuando los arados a motor que removían la tierra a unos 450 metros del castillo desenterraron tejas y obras de terracota que databan de tiempos etruscos. El arado del terreno se detuvo después de que el decano de los etruscólogos,

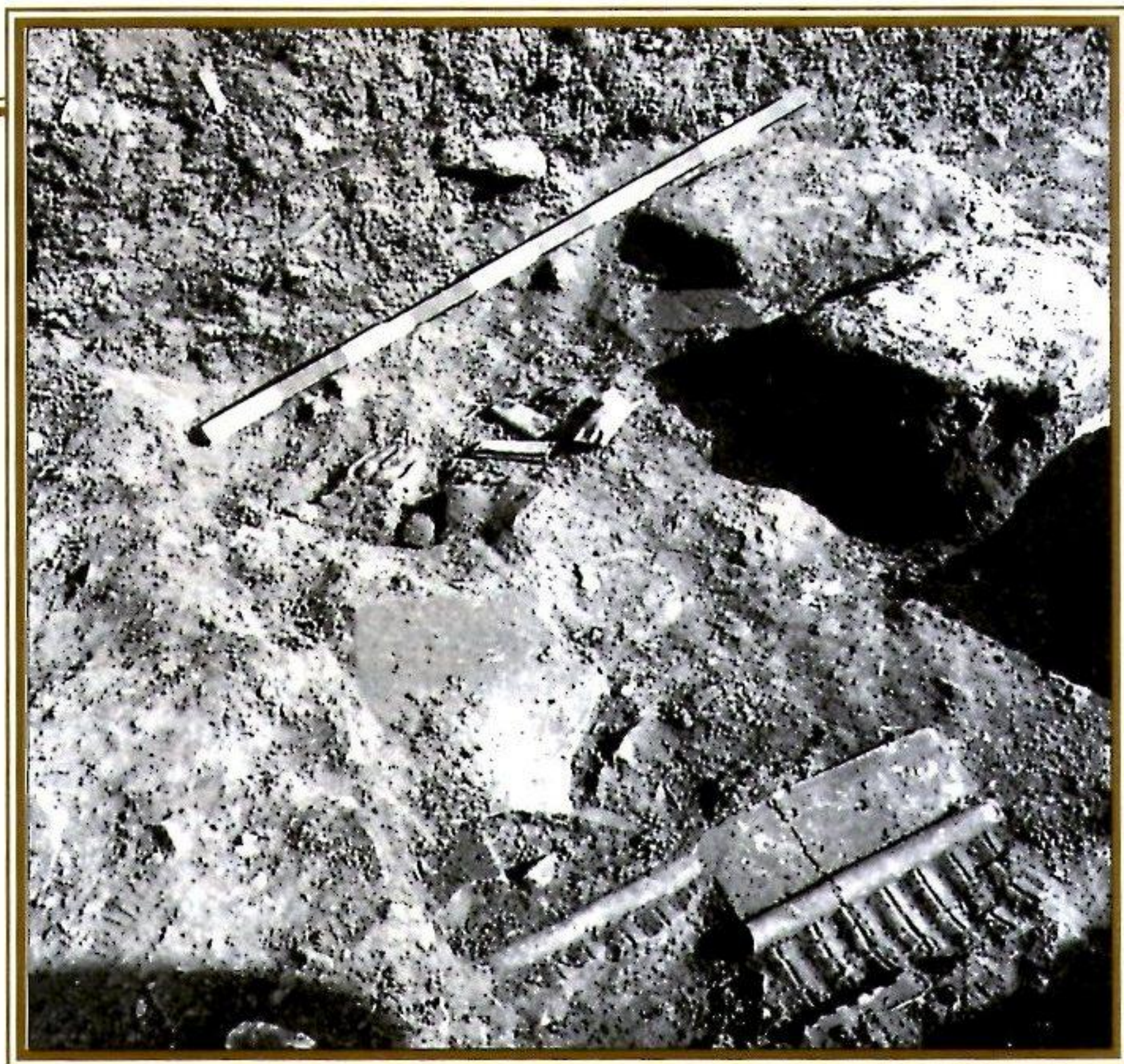


Massimo Pallottino, profesor de etruscología y antigüedades itálicas en la Universidad de Roma, inspeccionara el lugar. La excavación se inició al año siguiente bajo la supervisión general de Pallottino y la dirección directa de Giovanni Colonna, que por aquel entonces era ayudante de Pallottino.

Durante siete campañas conducidas entre 1957 y 1964, los excavadores pusieron al descubierto los restos de dos templos —uno construido entre el 480 y el 470 a.C., el otro alrededor del 500 a.C.— unidos por un pequeño recinto rectangular. Fue en este espacio, cerca de un pozo sacrificial que contenía los huesos de un buey, un lechón, un tejón y un gallo, que el último año de excavación se produciría el hallazgo más excitante de todo el proyecto.

Pietro Giovanni Guzzo, ahora superintendente arqueológico de la región de Emilia-Romaña de Italia, era por aquel entonces un joven estudiante de etruscología que pasaba su segundo verano trabajando en el lugar. A primera hora del 8 de julio, abandonó su tienda sobre la playa y reanudó la tarea que los había ocupado a él y a una docena o así de otros estudiantes durante dos bochornosos días, raspando y cepillando el polvo y la tierra que cubrían el área rectangular. Hasta entonces, el meticuloso trabajo no había reportado nada más que pequeños fragmentos de cerámica, pero cuando uno de los estudiantes alcanzó una profundidad de unos 50 centímetros, puso al descubierto algo inusual: tres delgadas láminas de oro, cada una con unas medidas de 19 por 9 centímetros, que habían sido dobladas y enterradas, al parecer para mantenerlas a buen recaudo.

«Me dieron la impresión de tres tortillas, enrolladas de aquel modo —recordó Guzzo—. Sabíamos que eran de oro debido a su color amarillo, pero no brillaban porque la tierra estaba húmeda y se hallaban recubiertas por una película. Siempre resulta excitante cuando encuentras algo, pero no teníamos la menor idea de su importancia. Hice un dibujo (no teníamos ninguna cámara), y luego el jefe de los obreros, un hombre muy experto de Cerveteri llamado Oreste Brandolini, dijo que debíamos retirarlas para mayor seguridad. Fueron recogidas y metidas en bolsas de plástico con números para indicar su posición.»



Las dobladas placas de Pirgi yacen en la zanja de su excavación (arriba), vueltas a colocar allí para esta histórica fotografía tomada el 8 de julio de 1964, poco después de su descubrimiento y retirada iniciales. Las hojas de oro de la derecha, de 19 por 9 centímetros —dos en etrusco (junto a estas líneas y en el centro) y una en fenicio (extremo derecha)— registran la dedicatoria de un centro de culto a una diosa fenicia por un gobernante etrusco. Las tablillas, de alrededor del 500 a.C., han resultado valiosísimas en el estudio de la religión y la historia, y han contribuido mucho a la comprensión erudita del lenguaje etrusco.



Ni Pallottino ni Colonna estaban allí por aquel entonces, pero Colonna llegó poco después. Cámara en mano, ordenó que las tablillas fueran vueltas a colocar allá donde habían sido halladas, luego tomó la ahora famosa fotografía que acompañó su informe oficial del descubrimiento.

Cuando las placas fueron cuidadosamente desenrolladas, se descubrió que contenían inscripciones que registraban la dedicación de un templo a una diosa por parte de Thefarie Velianas, el gobernante de Caere. Veintinueve clavos con cabeza de oro habían sido doblados con las hojas, lo cual sugería que éstas habían estado originalmente clavadas, probablemente en la puerta de uno de los templos. Presumiblemente los textos habían sido ocultados para evitar que cayeran en manos de las saqueadoras fuerzas enemigas, concebiblemente incluso las de Dionisio de Siracusa, aunque no hay ninguna forma de confirmar la posibilidad. Dos de las inscripciones eran en etrusco, pero la tercera era en fenicio. Aquí al fin, parecía, estaba la durante tanto tiempo buscada clave a los problemas restantes del etrusco.

De hecho, las placas de Pirgi resultaron ser sólo de un uso limitado como bilingües. La más larga de las dos inscripciones etruscas contenía exactamente 37 palabras, y el texto fenicio resultó no ser una traducción literal, palabra a palabra, del etrusco, sino un escrito completamente independiente que se limitaba a describir los mismos temas que el etrusco. Pese a todo, los investigadores, acostumbrados a leer tan sólo

Aunque las voces guardan silencio, los rostros de la gente etrusca y sus dioses, como los de abajo, se han conservado. Entre ellos están, de izquierda a derecha, un noble de edad madura, una niña con capucha de Vulci, un joven de rostro solemne, una mujer de Cerveteri, la diosa Uni, y un hombre de los últimos días de Etruria.

inscripciones funerarias, se regocijaron de tener al fin entre sus manos un contenido histórico. Y, como escribió Pallottino, la correspondencia entre la inscripción fenicia y la más larga de las dos inscripciones etruscas «constituye un enorme paso hacia delante en nuestro conocimiento del vocabulario y la estructura del lenguaje etrusco».

Este gran paso, sin embargo, ha hecho poco por resolver una incertidumbre mucho mayor respecto a los orígenes del lenguaje, porque, al contrario que el griego, el celta como era hablado por las tribus de la Galia, el latín, o la mayoría de las demás lenguas italianas primitivas conocidas, el etrusco no pertenece a la familia de lenguajes indoeuropeos. De hecho, los intentos de relacionarlo con cualquier otra lengua conocida han fracasado estrepitosamente. Y es esta aparente cualidad de único del lenguaje etrusco lo que ha establecido un aura de misterio alrededor del pueblo etrusco.



Los arqueólogos franceses que trabajaron en la isla del Egeo de Lemnos en 1885 hallaron una estela, posteriormente datada del siglo VI a.C., que llevaba una figura de un guerrero con una lanza. Una inscripción grabada de 33 palabras en un lenguaje que se parecía de cerca al etrusco rodeaba toda la pieza. Casi medio siglo más tarde, unos italianos que trabajaban en la isla pusieron al descubierto fragmentos de cerámica que llevaban inscripciones fragmentarias aparentemente en la misma lengua, el único familiar conocido del etrusco. Los estudiosos piensan que el lenguaje pudo ser usado en la isla antes de su conquista por Atenas en la segunda mitad del siglo VI a.C., tras cuyo momento el griego fue reemplazándolo gradualmente. Sin embargo, cuáles eran sus conexiones con la lengua hablada en Etruria, a 1.120 kilómetros al oeste, es algo que sigue sin resolverse.

Tales incertidumbres se hallan inextricablemente enmarañadas con

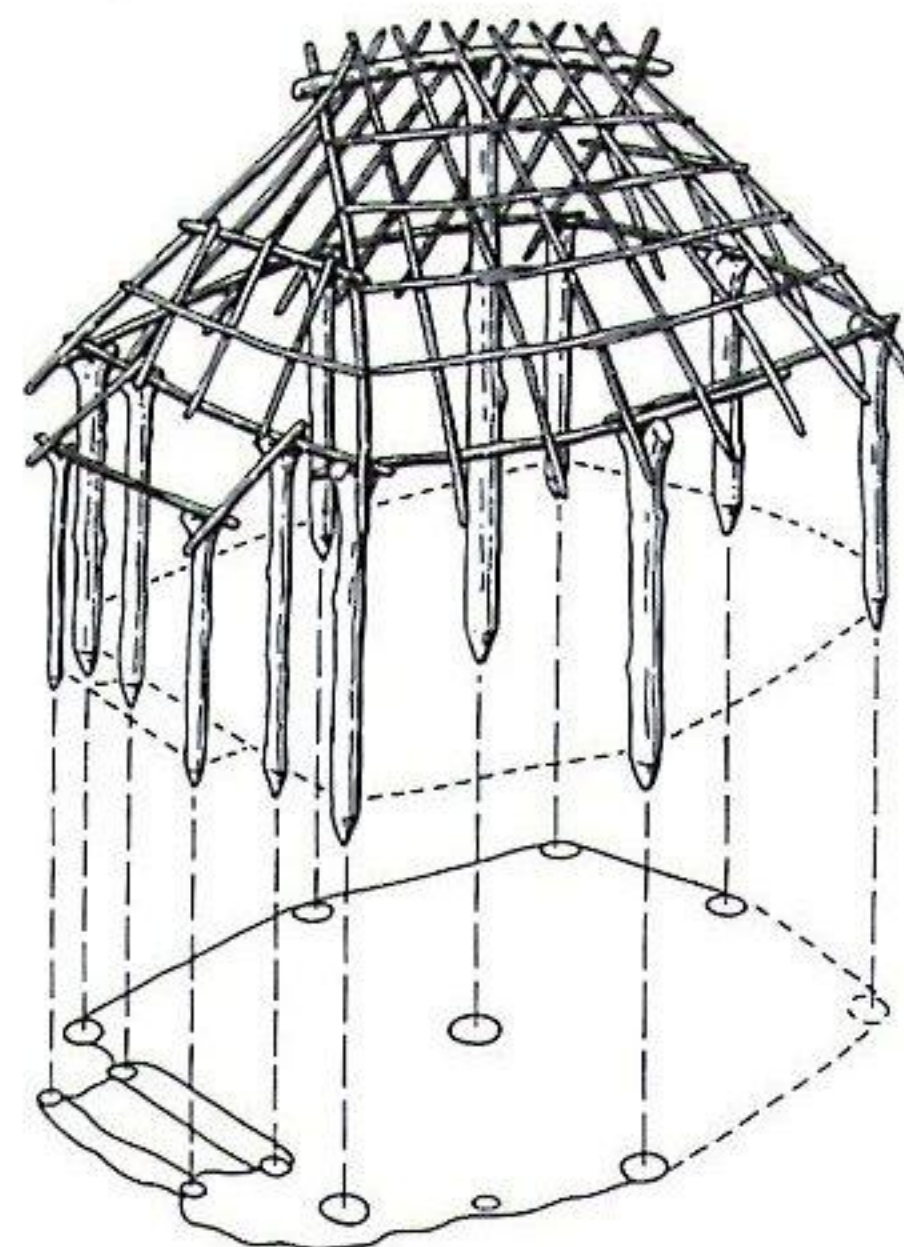




la cuestión más amplia de los orígenes de la civilización etrusca como un todo. El debate sobre este tema se remonta al historiador griego Herodoto, que escribió en el siglo V a.C. Afirmó que hacía mucho tiempo los lidios –vecinos de los griegos que habitaban lo que hoy es la Turquía continental– experimentaron una hambruna que duró 18 años. Al principio intentaron resistir comiendo sólo en días alternos, dedicando los intermedios a jugar constantemente, utilizando dados, juegos de pelota y otros pasatiempos para distraer su hambre. Cuando esto no funcionó, el rey ordenó que su pueblo echara a suertes el dividirse en dos grupos. Uno se quedó en Lidia; el otro, al mando del hijo del gobernante Tirreno, se embarcó en busca de un lugar mejor en otra parte. «Pasaron muchos países, y finalmente alcanzaron la Umbría, en el norte de Italia –concluye el historiador–, donde se asentaron y aún viven hoy. Allí cambiaron su nombre de lidios a tirrenos, según el hijo del rey Tirreno, que era su líder.»

La historia tiene mucho que acreditar a los griegos de los días de Herodoto, que consideraron a los etruscos que encontraron en Italia tan extranjeros como los lidios que conocían de su tierra natal; ambos pueblos, a los ojos de los griegos, compartían la reputación de un alto nivel de vida y una baja moral. Para observadores más recientes, la historia tiene también atractivos superficiales. La idea de un ejército de inmigrantes invasores explicaría claramente las cualidades características de la civilización etrusca, como queda ejemplificada especialmente por su lenguaje. De hecho, en su tiempo se sugirió que, mientras Tirreno efec-

Una reconstrucción de 1989 de una choza de juncos y argamasa vilanoviana se alza en los Jardines Margherita de Bolonia. Los arquitectos basaron la estructura interior y los materiales de las paredes en los hallazgos en el lugar como los agujeros para los postes (abajo) y las impresiones de cañas, paja y ramas dejadas en los restos de la arcilla que compactaba las paredes. Las urnas en forma de choza sugirieron el diseño exterior, entre ellos la abertura para el humo y los dibujos geométricos. Los constructores estudiaron también chozas similares que los pastores seguían construyendo hacia tan sólo unas pocas décadas.



tuaba su viaje hacia el oeste, pudo depositar parte de su gente en Lemnos.

También hay evidencias de que los propios etruscos veían su historia como algo que se iniciaba en un punto fijo, del tipo que podía representar una repentina irrupción a una nueva tierra. Contaban su historia en unidades que recibieron el nombre de *saecula*, o eras, y esperaban que pasaran tan sólo 10 de ellas entre su ascensión y su caída. La longitud de los *saeculum* parece que estaba determinada por los años de existencia del miembro de vida más larga de cada generación. En consecuencia, los expertos no pueden elaborar con exactitud la fecha de inicio desde la cual los etruscos medían su historia, pero sospechan que estaba situada en algún momento entre los siglos XI y X a.C.

Por plausible que pueda parecer a primera vista, muchos estudiosos rechazan hoy la teoría de Herodoto, puesto que la civilización etrusca no refleja ningún rasgo lidio. Aunque pronto iba a dejarse sentir una fuerte influencia oriental, tomó la forma de elementos tomados prestados de Siria, de los fenicios, y por encima de todo de los griegos. Y en cuestiones de lenguaje, no existe ningún vínculo conocido entre etruscos y lidios, que pertenecen a la familia indoeuropea.

A medida que la versión de Herodoto iba perdiendo favor, se ha ido dedicando una creciente atención a un punto de vista alternativo planteado en la época clásica por Dionisio de Halicarnaso. Dionisio escribió una historia de Roma que pretendía demostrar —de forma inexacta, saben hoy los investigadores— que los romanos eran de origen griego. Siguiendo esta tesis, distinguía al pueblo romano de sus vecinos etruscos, a los que consideraba muy evidentemente no griegos, por no decir extranjeros. Pero, en vez de rastrear las raíces etruscas hasta Lidia, sostuvo que eran un pueblo autóctono, o indígena. «La nación no emigró de ninguna otra parte —escribió—, sino que era nativa del país, puesto que se ha descubierto que era una nación muy antigua y no encajaba con ninguna otra ni en su lenguaje ni en su forma de vida.» En otras palabras, los etruscos eran italianos aborígenes.

En ausencia de registros escritos que arrojen luz a las conflictivas afirmaciones, los estudiantes de etruscología han tenido que recurrir a la arqueología en busca de aclaraciones. Aunque los resultados de dos siglos de excavaciones han sido lo suficientemente ambiguos como para permitir diferentes interpretaciones de las evidencias, está emergiendo una visión consensuada.

El registro arqueológico muestra que la Italia central estuvo relativamente subdesarrollada durante buena parte del segundo milenio a.C. Aunque la población creció firmemente a lo largo de los siglos, la gente siguió viviendo en sencillos asentamientos agrícolas en las laderas de las montañas, cuya ausencia de fortificaciones sugiere una ausencia de amenazas externas.

El cambio llegó evidentemente a finales de la Edad de Bronce, desde aproximadamente el 1300 al 1000 a.C. Aunque los investigadores no han podido localizar un cambio brusco en el hilo de la historia, los asentamientos fueron abandonados, y empezaron a desarrollarse centros más grandes y fortificados. Por aquel entonces las costumbres funerarias habían cambiado, y la cremación se había convertido en la norma. Los arqueólogos han descubierto también objetos del Mediterráneo oriental que datan de este período e indican que existieron vínculos comerciales de algún tipo.

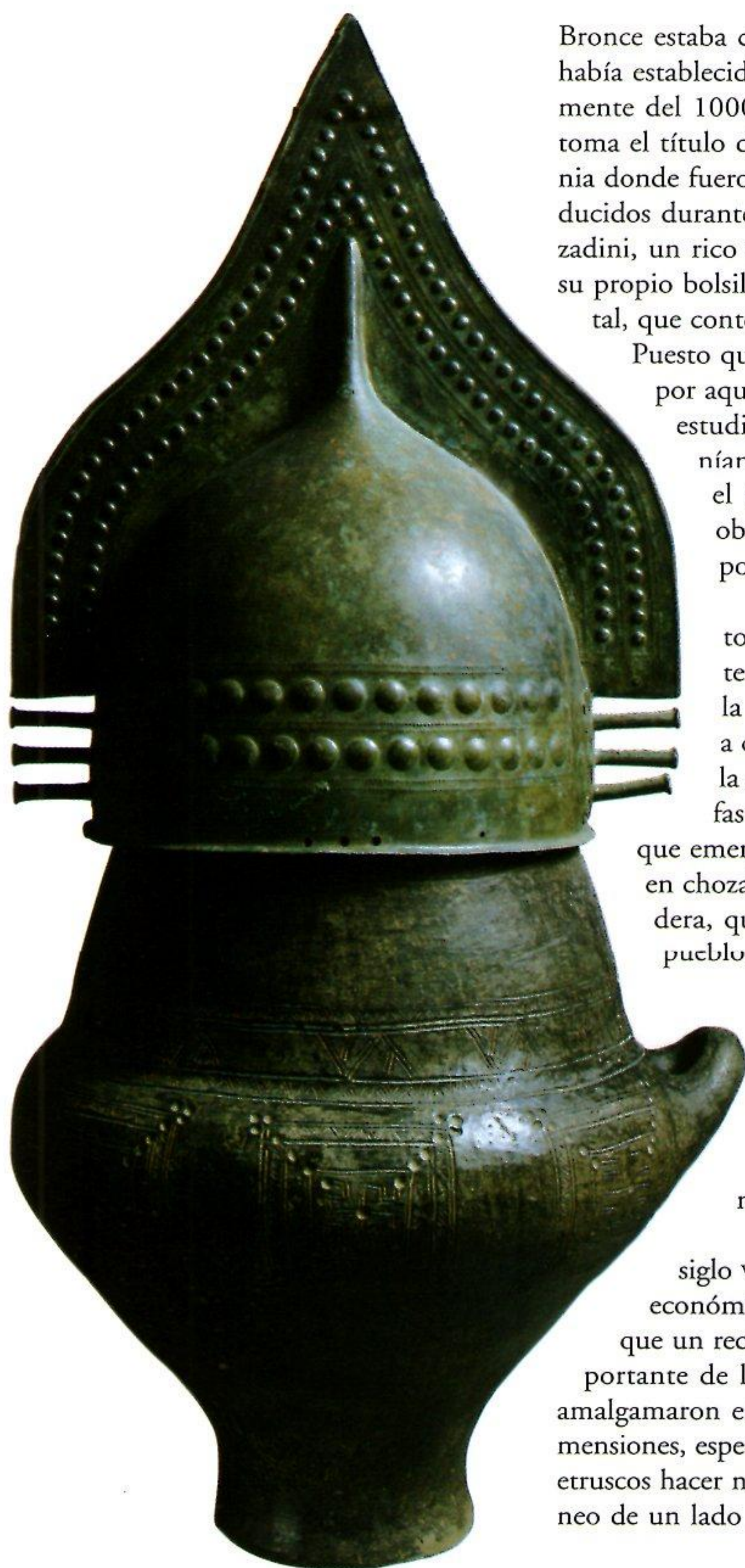
Proponentes del punto de vista de que los etruscos emigraron a Etruria citan estos hallazgos en apoyo de su argumentación. E, indiscutiblemente, se produjo una época de trastornos en el mundo mediterráneo alrededor del 1200 a.C., cuando muchos pueblos iniciaron traslados. Unos asaltantes desconocidos arrollaron el reino hitita en Turquía, y la cultura micénica en Grecia se derrumbó. Incluso Egipto, con casi dos milenios de gobierno faraónico a sus espaldas, se vio severamente amenazado, y sólo se salvó gracias a la victoria en uno de los primeros encuentros navales registrados por la historia, luchado contra un enemigo al que Ramsés III se refirió como los Pueblos del Mar. Los historiadores discuten todavía la identidad de estos invasores navales, aunque se cree que los filisteos —el pueblo de Goliath, los futuros enemigos de los israelitas— estaban entre ellos.

Si se produjo alguna inmigración a gran escala a Etruria en algún momento, probablemente fue en esta ocasión. Si no los lidios, argumentan algunos estudiosos, entonces otro pueblo o pueblos del Mediterráneo oriental pudieron haber llegado a Italia, trayendo consigo nuevas costumbres y un lenguaje que era diferente del de sus vecinos en Europa. Su presencia puede explicar los vínculos lingüísticos sugeridos por la estela de Lemnos. Pero, aquí también, toda evidencia de contacto este-oeste puede adscribirse igualmente a vínculos comerciales.

Lo que sí es cierto es que hacia el siglo X a.C., cuando la Edad de



Cerca de Tarquinia, un pozo funerario de finales del período vilanoviano (arriba), excavado por el arqueólogo italiano Luigi Pernier a principios de los 1900, aparece parcialmente al descubierto, con un simbólico casco de cerámica en el centro. La mayor parte de la gente del período vilanoviano incineraba a sus muertos y colocaba las urnas en pozos funerarios circulares, a menudo llamados tumbas pozzo (pozo). Aunque algunas urnas tenían forma de choza, la mayoría eran receptáculos bicónicos, cubiertos por un plato o casco de cerámica o un más caro casco de bronce (derecha), que probablemente honraba a un guerrero.



Bronce estaba cediendo gradualmente paso a la Edad de Hierro, ya se había establecido firmemente una cultura etrusca. Datada aproximadamente del 1000 al 700 a.C., esta fase primitiva de la historia etrusca toma el título de vilanoviana de una propiedad en las afueras de Bolo-
nia donde fueron identificados por primera vez en 1853 artefactos producidos durante ella. La propiedad pertenecía al conde Giovanni Gozzadini, un rico arqueólogo aficionado que financió las excavaciones de su propio bolsillo. Él y sus ayudantes desenterraron 193 tumbas en to-
tal, que contenían urnas funerarias, vasijas de bronce y otros objetos.

Puesto que los objetos estaban elaborados en estilos no familiares por aquel entonces, causaron una considerable controversia. Los estudiosos argumentaron equivocadamente que las piezas tenían que ser obra o bien de los galos o de los griegos, pero el propio Gozzadini las identificó correctamente como obras etruscas primitivas, y su juicio fue confirmado por la posteridad.

Posteriores excavaciones han puesto al descubierto restos vilanovianos en muchos yacimientos del corazón del territorio etrusco, y también en lugares tan lejanos como la Campania, al sur de Roma. Los asentamientos tienden a coincidir con ciudades etruscas posteriores, lo cual alienta la noción de que la civilización etrusca progresó desde su fase primitiva a las posteriores sin interrupción. El cuadro que emerge es el de agricultores de la Edad de Hierro que vivían en chozas ovaladas o rectangulares hechas de arcilla, cañas y madera, que más tarde se agruparon en pequeños poblados. Este pueblo, conocido como los protoetruscos, estaba formado por hábiles metalistas, y produjo una cerámica funcional aunque toscamente ejecutada. Conservaban las cenizas de los muertos en urnas de cerámica y a veces en contenedores de arcilla encantadoramente modelados para que se parecieran a las chozas en las que vivían (pág. 30). Aunque poseían hierro, seguían elaborando muchas de sus herramientas de bronce.

Este mundo pacífico y rural cambió radicalmente en el siglo VIII a.C. como resultado de uno de los grandes trastornos económicos de la historia. En unas pocas décadas —un período que un reciente historiador ha descrito como el momento más importante de la historia etrusca—, grupos de poblados adyacentes se amalgamaron en ciudades-estado. Estos asentamientos de mayores dimensiones, especulan los estudiosos, hicieron que resultara más fácil a los etruscos hacer negocios con los comerciantes que cruzaban el Mediterráneo de un lado para otro. Entre ellos estaban los fenicios.

Famosos marineros y comerciantes procedentes de las orillas orientales del Mediterráneo, los fenicios habían creado asentamientos en la isla de Cerdeña ya en el siglo IX a.C. y, según la tradición, habían fundado la colonia de Cartago en la costa de la actual Tunicia el año 814 a.C. La abundancia de minerales de Etruria atrajo también con toda seguridad asentadores adicionales a las tierras etruscas, si bien es probable que los habitantes locales intentaran rechazar a los potenciales colonos. La reputación de piratería que iban a adquirir los marineros etruscos fue sin duda un reflejo de la ferocidad de la resistencia que ofrecieron.

Al cabo de medio siglo llegaron también los griegos, y su influencia superó rápidamente la de los fenicios. De hecho, el encuentro entre griegos y etruscos resultó crucial no sólo para la historia de Etruria o Italia, sino para toda la civilización occidental como un conjunto, puesto que sus relaciones formaron el puente a través del cual la civilización del mundo clásico alcanzó por primera vez la Europa occidental. Los griegos consiguieron poner pie en la región en la isla de Ischia, en la bahía de Nápoles.

Conocían el lugar como Pithecussai, quizá derivado de la palabra *pithecos*, que significa mono; probablemente Pithecussai significara «isla de los monos». Allá, los griegos de la isla egea de Eubea establecieron su primer puesto comercial en el segundo cuarto del siglo VIII a.C. Los eubeos habían establecido ya un centro similar en Al Mina, en la costa de lo que hoy es Siria, de modo que estaban bien situados para introducir a los etruscos no sólo a su propia cultura sino también a la ya antigua civilización de las islas del Oriente Medio. De hecho, parece que Pithecussai fue un lugar frecuentado por mercaderes no sólo de Grecia sino también de otras naciones del Mediterráneo oriental: Las excavaciones realizadas en la isla desde 1952 bajo la dirección del arqueólogo italiano Giorgio Buchner han puesto al descubierto cerámica de fabricación local con inscripciones en lenguas tan exóticas como el fenicio y el arameo, la lengua franca del Oriente Próximo durante los siglos VII y VI a.C.

Buchner, que excavó en el cementerio de la isla, en su acrópolis o ciudadela, y en un barrio industrial suburbano, ha puesto al descubierto también amplias evidencias de una sociedad adquisitiva, creativa y literata. Sus hallazgos incluyen un cuenco para vino decorado con la escena de un naufragio, que se cree que es el ejemplo más primitivo de arte narrativo pictórico hallado en suelo italiano, y una vasija para beber cuyo borde lleva una inscripción en griego que dice: «Néstor tenía una copa digna de beber en ella, pero quien beba de la mía se verá de inmediato arrastrado por el deseo de la muy hermosa Afrodita», la diosa del amor. El texto se refiere a una celebrada copa mencionada en la *Iliada* de Ho-

mero, lo cual convierte la inscripción no sólo en la primera indicación conocida del potencial amoroso del alcohol sino también en una de las más primitivas alusiones literarias.

En Pithecussai Buchner ha recuperado vasijas fenicias, amuletos de escarabajos sagrados de Egipto, y un frasco de ungüento y sellos producidos en Siria, todo lo cual sugiere el extenso rango de contactos culturales que la base abrió a los etruscos y a los pueblos vecinos. Igualmente importante, aunque menos estéticamente atractiva, fue la escoria de hierro desenterrada en el antiguo amontonamiento de desechos de la acrópolis, así como dos toscos calderos que, a juzgar por la escoria incrustada en sus bases, debieron de haber sido usados como crisoles. Los expertos han tomado estos hallazgos como prueba concluyente de que existían fundiciones de hierro en la isla, lo cual confirma el punto de vista de que el asentamiento se estableció originalmente en la isla para proporcionar acceso a los minerales etruscos. De hecho, Buchner escri-



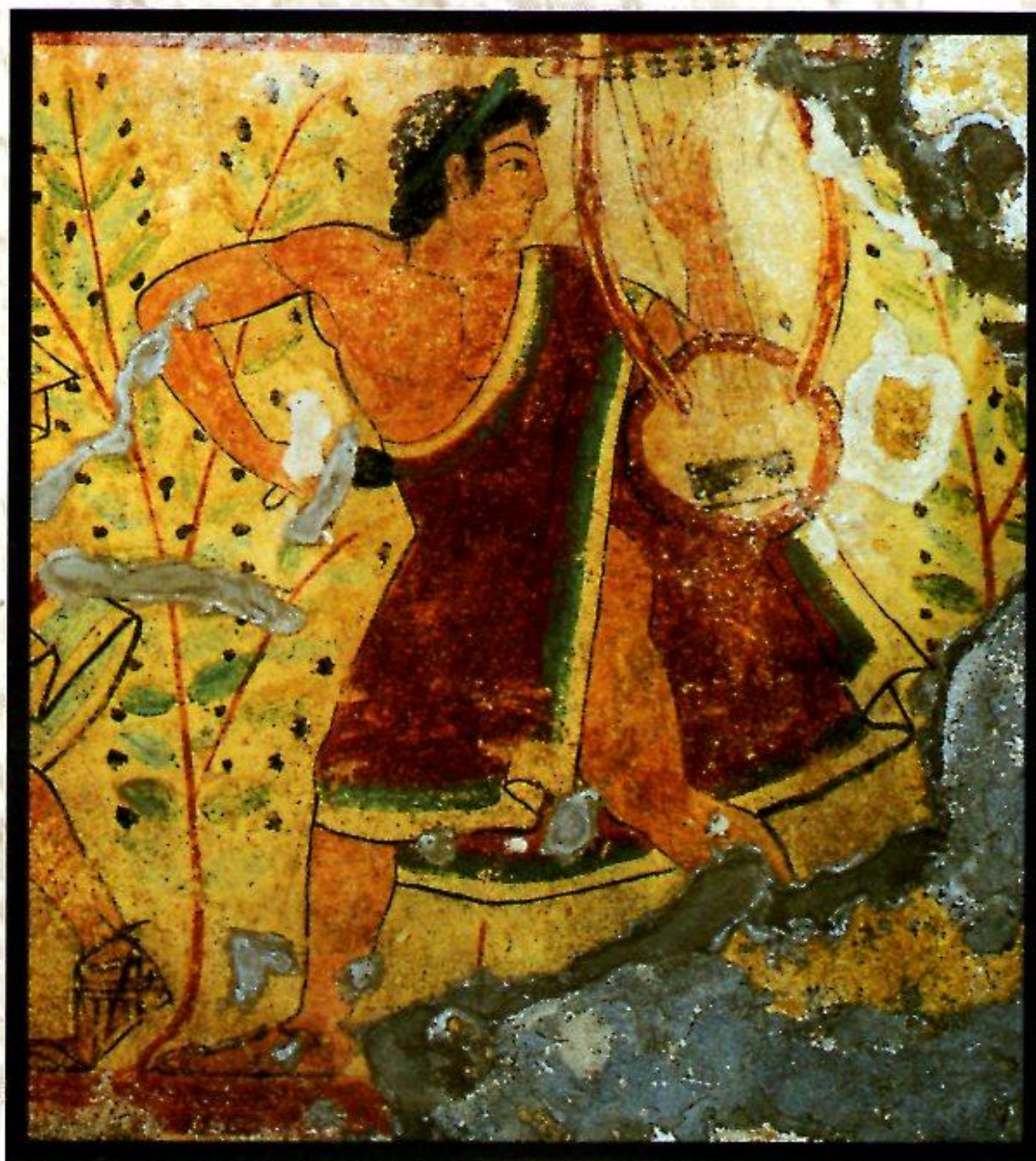
Los supervivientes de una embarcación volcada nadan en busca de la seguridad (arriba) mientras los cuerpos de los menos afortunados flotan cerca, con la cabeza de una pobre víctima en las fauces de un enorme pez. Esta escena procede de la famosa cratera del naufragio de Pithecussai (izquierda), un artefacto del siglo VIII a. C. reconstruido a partir de dispersos fragmentos de cerámica hallados en el yacimiento correspondiente a un asentamiento griego en la isla de Ischia, frente a la actual Nápoles.

bió: «Hay pocas dudas de que, con la posesión de la base de Al Mina en el este y la de Pithecussai en el oeste, los eubeos fueron, desde el 775 hasta el 700 a.C. aproximadamente, los amos del comercio entre el Mediterráneo oriental y el centro de Italia».

Como conducto de la cultura griega, Pithecussai ejerció una inmensa influencia sobre los etruscos. Las evidencias de sus tumbas indican que hubo una gran cantidad de artículos importados y que los artesanos locales se apresuraron a imitar los estilos y técnicas extranjeros. Con el florecimiento del comercio, una nueva riqueza fluyó a Etruria y alentó el crecimiento de ciudades más grandes y más elaboradas. Los modelos de enterramiento, sin embargo, sugieren que las riquezas no estuvieron regularmente repartidas. Mientras que todos los etruscos habían gozado previamente de una relativa igualdad en la muerte, ahora aparecían entierros elaborados y caros de guerreros enfundados en toda su parafernalia, lo cual sugería la emergencia de una clase aristocrática. Innovaciones tales como la escritura y el consumo de vino fueron introducidas también.

A finales del siglo VIII a.C., la civilización etrusca se había visto profundamente transformada. La simple sociedad agrícola vilanoviana había sido reemplazada por un mundo más sofisticado: el de los elegantes aristócratas amantes del placer cuyas lánguidas imágenes reclinadas han quedado conservadas en las pinturas de las tumbas. Los griegos trajeron a la sociedad etrusca aspectos de la civilización que habían incrementado enormemente su alcance y sus ambiciones. Etruria estaba a punto de entrar en una nueva fase de expansión. Y mientras su gente se trasladaba de sus ciudades-estado a través de buena parte de la tierra continental italiana, la influencia de sus nuevas artes y conocimientos cruzaría finalmente al mundo occidental.

LA ALEGRE MÚSICA DE LA VIDA

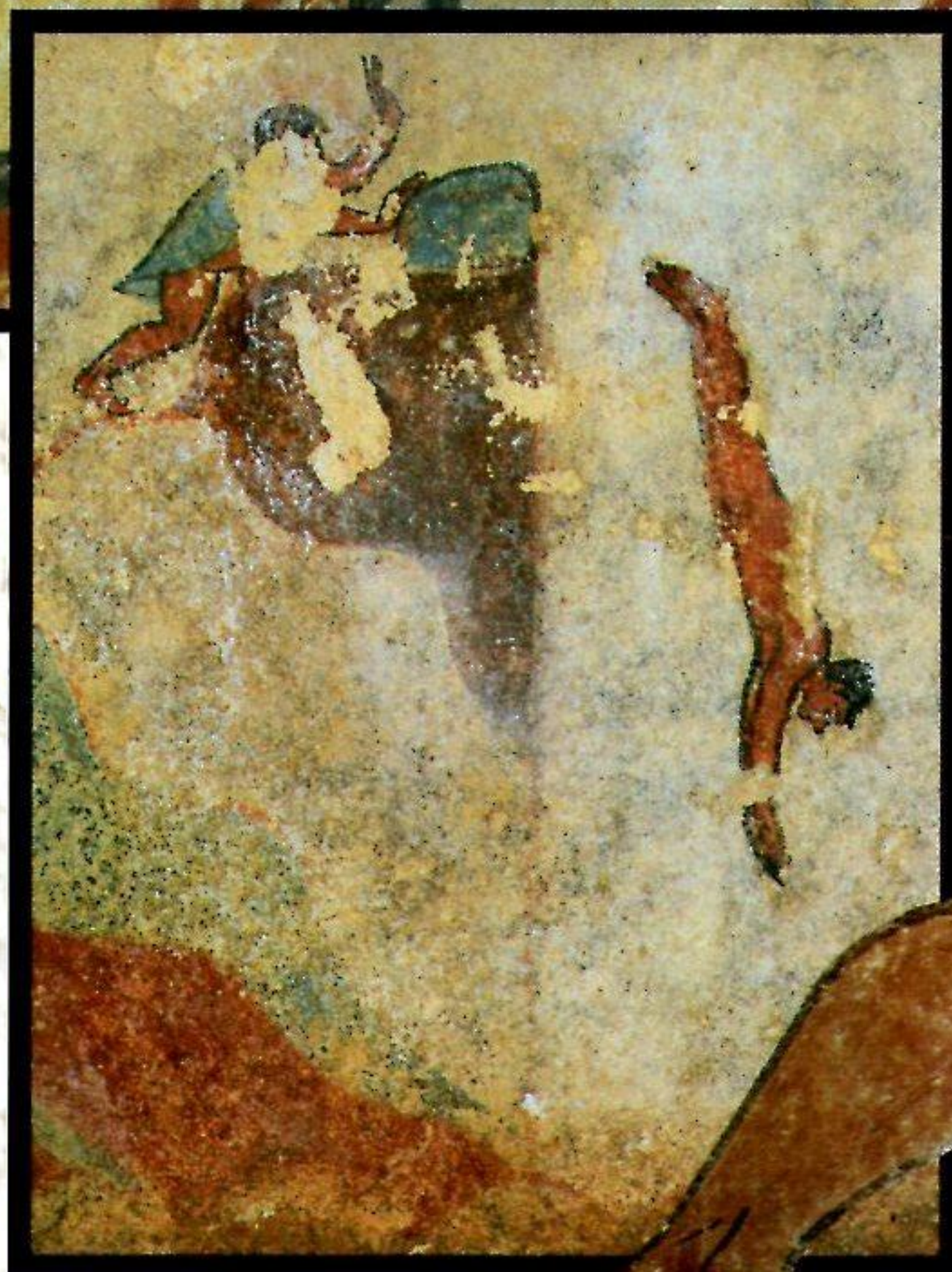


Las risas han muerto, las flautas han callado, y el sonido de los pies bailando en el polvo ha dejado paso al silencio. Sin embargo, gracias a los artistas de Etruria, el mundo moderno puede ver a los etruscos en plena actividad y compartir sus diversiones en las pinturas murales que decoran muchas de sus tumbas.

Estas vívidas imágenes servían al parecer no sólo como recordatorio de los logros y la felicidad de sus ocupantes sobre la tierra, sino también como expresión de la creencia etrusca de que podrían hallarse placeres similares en la otra vida. Entre otras cosas, mostraban bailarines y músicos, como el que toca la lira arriba, procedente de la Tumba de los Leopardos en Tarquinia, que traían diversión a los abundantes banquetes, atletas poniendo a prueba sus habilidades en juegos funerarios, y aurigas compitiendo hacia la línea de meta. Sólo mucho más tarde en la historia de Etruria, cuando la muerte dejó de ser considerada simplemente como una extensión de la vida y fue vista en su lugar como un ansioso viaje hacia un temible submundo, empezaron las pintu-

ras murales a adquirir un tono más sombrío. Sin embargo, si puede nombrarse una cualidad que señale el arte de este pueblo amante de la vida, ésta es la vitalidad, un sentido de reírse en la cara a la muerte.

Una vez excavadas las tumbas subterráneas en la roca volcánica del campo etrusco, los yeseros recubrían su interior con una mezcla de carbonato de calcio y arcilla (a veces se le añadía turba para impedir que el yeso se endureciera antes de la aplicación de la pintura). Las paredes eran luego cubiertas con un color neutro, sobre el que los artistas dibujaban sus siluetas antes de aplicar los colores. Éstos derivaban de fuentes naturales: el amarillo del hierro; el rojo del óxido de hierro; el azul del lapislázuli molido; el verde de una combinación de malaquita, cobre, calcio y pedernal. Se usaba hollín de lámpara o carbón como fuente para el negro. Diluyendo y mezclando estos colores primarios, los artistas creaban todo un arco iris de tonalidades para sus dinámicas composiciones, que reflejaban escenas tomadas de los mitos y leyendas favoritas o derivadas de la intensa experiencia de vivir.



Un muchacho desnudo se sumerge de cabeza en el mar en este fresco del siglo VI a. C. de la Tumba de la Caza y de la Pesca en Tarquinia (derecha). La plasmación realista de la figura sugiere que el artista estudió realmente su tema para la pintura, quizás observando a los buceadores cuando se lanzaban al mar Tirreno.

This image is a detail from a larger painting found in the Tomb of the Augurs in Tarquinia. It depicts two young male wrestlers in a wrestling stance. The figure on the left is a younger man without a beard, wearing a reddish-brown tunic. He is leaning forward, with his right arm extended and his left arm bent, holding the arm of his opponent. The figure on the right is an older man with a dark beard and mustache, also wearing a reddish-brown tunic. He is leaning back, with his right arm bent and his left arm extended, holding the arm of the younger man. The background is a plain, light-colored wall. The painting is executed in a style characteristic of Etruscan art, with bold outlines and a limited color palette.

Dos equipos de caballos corren hacia la línea de meta en esta pintura de una tumba del siglo V a.C. de Chiusi. Los aurigas han atado las riendas alrededor de sus cinturas a fin de maniobrar rápidamente en los giros, una práctica peligrosa que finalmente fue adoptada por los romanos.

Un joven luchador sin barba aferra a su oponente más mayor en una firme presa en este detalle de la Tumba de los Augures en Tarquinia, de alrededor del 530 a.C. El amor de los etruscos hacia los acontecimientos deportivos es evidente en las muchas representaciones de confrontaciones atléticas en el arte etrusco, desde pinturas en las tumbas hasta figurillas de bronce.



Mientras un pájaro aletea hacia un árbol (quizá para escapar del gato en la parte inferior derecha), una pareja se abandona a la música. Este fresco, y otros de la Tumba del Triclinio del siglo V a.C. —considerada una de las más espléndidas de Tarquinia— han sido retirados de las paredes a fin de impedir su progresivo deterioro.



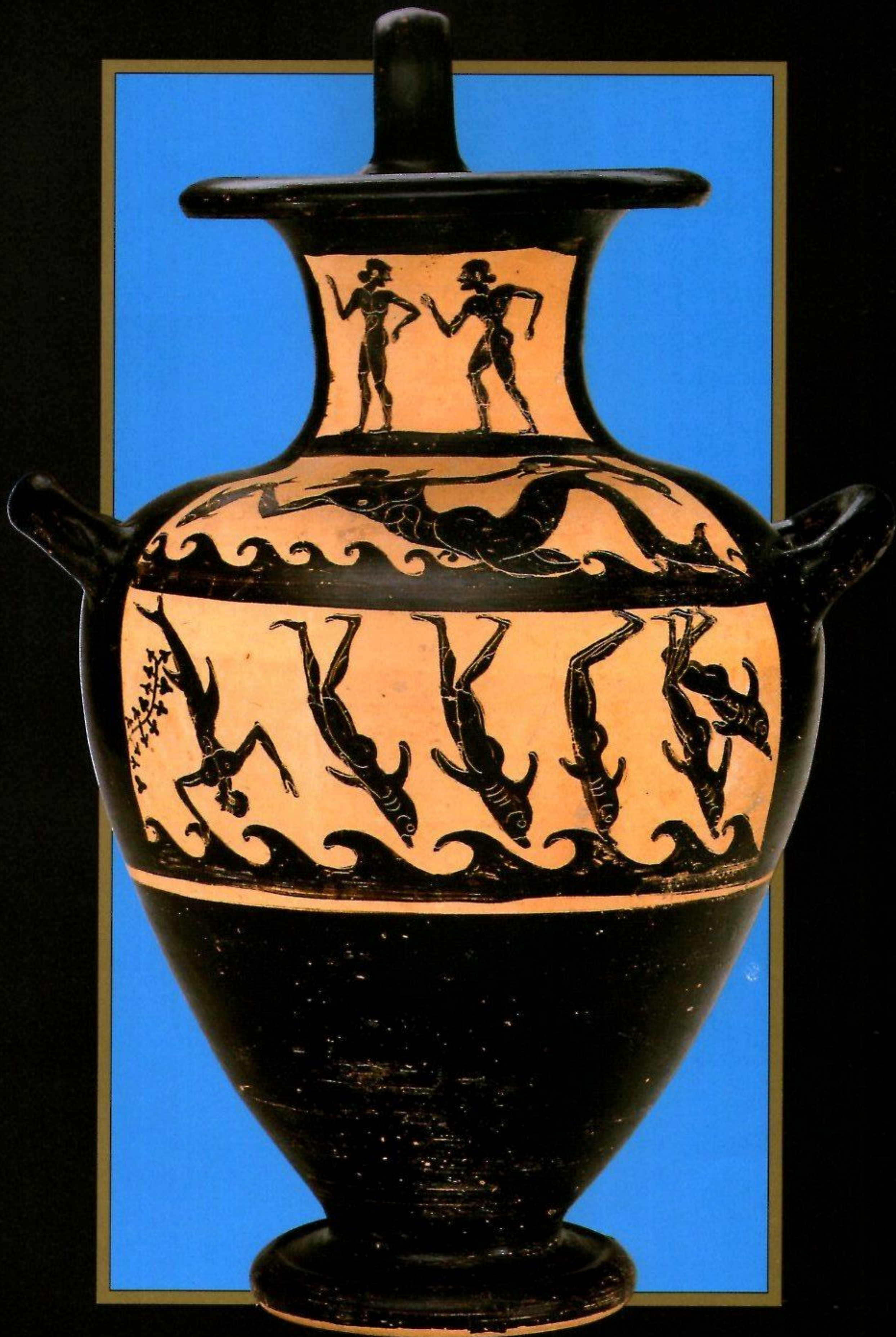
Pintado en vibrantes colores, un joven toca la flauta doble en este detalle (derecha) de la Tumba de los Leopardos en Tarquinia, de principios del siglo V a.C. La flauta doble, uno de los instrumentos preferidos de los etruscos, requería una cierta destreza para tocarla, puesto que el músico manejaba con los dedos una flauta en cada mano.

Velia Seitithi –la esposa de Larth Velchi, un importante miembro del sacerdocio en el siglo III a.C.– ofrece tiernamente a su esposo un huevo, símbolo de la inmortalidad, en este detalle de una escena de banquete de la Tumba de los Escudos en Tarquinia. Aunque vestidos con sus mejores galas y compartiendo un extravagante banquete, el talante de la pareja es sombrío, e indica el cambio de actitud de los etruscos hacia la muerte.





Los gustos de la clase noble hacia el lujo y el placer es evidente en este mural de la Tumba de los Leopardos, una de las más impresionantes de Tarquinia. Hombres y mujeres (las mujeres son pintadas con complexiones más claras) llevan coronas festivas de hojas de mirto en el pelo y se reclinan confortablemente en un diván de banquete mientras son atendidos por los sirvientes. Los estragos del tiempo y del turismo se han cobrado su cuota en el fresco, y la parte inferior de la pintura ha resultado destruida.



2

UN FELIZ IDILIO EN LA HISTORIA ETRUSCA

En 1961, un grupo de fotógrafos y pescadores submarinos efectuaban lo que se suponía iba a ser un buceo de rutina junto a Giglio, una isla al sur de Elba, a unos 15 kilómetros de la costa de Etruria. Eran estudiantes en una escuela de buceo montada aquel año por un londinense llamado Reg Vallintine, que encabezaba la excursión. Vallintine describió lo que ocurrió a continuación en un artículo para una revista: «Pasamos por encima de una cresta divisoria y de pronto, en el arenoso valle a nuestros pies, vimos toda una serie de misteriosos objetos y ánforas esparcidos». El descubrimiento excitó a Vallintine y sus compañeros, pero por aquel entonces no tenían todavía la menor idea de lo importante que era. Habían tropezado con parte de la carga de la más antigua nave de altura jamás hallada, un mercante que recorrió las costas etruscas allá por el 600 a.C., cuando las ciudades de Etruria se hallaban en su cúspide comercial y política.

El pecio se convirtió muy pronto en una atracción para los buceadores de la isla. Muchos retiraron de él recuerdos de su visita. Vallintine llegó a preocuparse tanto por la gradual desaparición de los objetos que aún yacían en el lecho del mar que cubrió el lugar con arena cuando abandonó Giglio un par de años más tarde para seguir su carrera en otro lugar. Durante casi dos décadas a partir de entonces, la nave de 2.500 años de antigüedad estuvo de nuevo perdida.

Pero los objetos tomados de la nave sobrevivieron, y uno de ellos iba a suscitar el interés de un joven preceptor de Oxford con una pasión hacia

Marineros etruscos, transformados por Dionisos en delfines, se sumergen en el agua en esta vasija. El recipiente, que data de aproximadamente el 500 a.C., se halla entre las representaciones más primitivas de una de las varias leyendas que vinculan a los etruscos con los mares vecinos.



la exploración submarina. Mensun Bound había nacido en las islas Falkland (Malvinas). Había pasado su aventurera juventud como tripulante de un carguero de vapor de servicio irregular en el Atlántico Sur antes de abrirse un camino universitario en Nueva York y graduarse con los máximos honores. Luego se trasladó a Inglaterra, y en 1981, en Londres, recogió el hilo que lo llevaría hasta el pecio de Giglio.

Por aquel entonces su mente estaba ocupada en un proyecto completamente distinto: el rescate del *Mary Rose*, un buque de guerra inglés de cuatro mástiles que se hundió entre la isla de Wight y Portsmouth durante una batalla en 1545. Su puesta a flote fue uno de los más grandes proyectos de arqueología marina de la época. Mientras visitaba al buceador responsable de localizar la embarcación Tudor, Bound reparó en el asa de un ánfora que el hombre exhibía como adorno en su biblioteca. El objeto era evidentemente antiguo, y Bound reconoció su forma como característicamente etrusca. Su interés se vio despertado de inmediato, porque hasta aquel entonces no se había localizado oficialmente ningún pecio etrusco.

El buceador le habló del descubrimiento de Giglio y le puso en contacto con Vallintine. Lo que le contó el londinense a Bound acerca de la embarcación hundida le convenció de que merecía una mayor investigación. Pero para conseguir el dinero necesario para financiar un proyecto así se necesitaba una evidencia firme de su importancia histórica. Con la ayuda de las notas de Vallintine y algunas viejas fotografías, se dedicó a

Mensun Bound (arriba a la izquierda), director de las excavaciones submarinas que recuperaron objetos del llamado pecio de Giglio, y Reg Vallintine, el jefe buceador, retiran cuidadosamente con una brocha el limo de la quilla de madera de la nave. Poca luz natural penetra hasta la oscuridad de esta profundidad extrema, lo cual obliga al equipo a utilizar poderosos focos y luces estroboscópicas para iluminar la superficie de trabajo.

Modelado a martillo de una única lámina de bronce, este exquisitamente grabado casco de estilo corintio procedente del pecio de Giglio es una obra maestra de la metalistería griega. Pese a su belleza, el casco tenía una finalidad funcional, proteger a su propietario durante la batalla.



rastrear más objetos que habían sido retirados del lugar 20 años antes.

El camino le condujo por toda Europa. Una vasija con un dibujo geométrico localizada finalmente en Monte Carlo fue datada del 600 a.C. La más excitante de todas las piezas, un casco de bronce grabado con un dibujo de jabalíes y una serpiente con dos cabezas, se creía que estaba en posesión de un alemán conocido tan sólo por su nombre de pila, Hans. A través de un paciente trabajo de detective entre sus compañeros submarinistas, Bound descubrió el apellido del hombre y lo rastreó hasta una dirección en Hamburgo. Todavía tenía el casco, a buen recaudo en una cámara de seguridad en un banco, y permitió a Bound examinarlo y fotografiarlo.

Los datos reunidos por Bound demostraron ser lo bastante convincentes como para atraer los fondos de la Universidad de Oxford y otras fuentes, y el joven profesor montó finalmente una expedición a toda escala. Vallintine fue nombrado buceador jefe, y en un viaje de reconocimiento en 1982 pudo, con cierta dificultad, relocalizar el lugar que había visto por última vez hacía unas dos décadas. La embarcación se hallaba a 45 metros a los pies de un arrecife, el mismo que evidentemente había ocasionado su ruina dos milenios y medio antes.

Hasta 120 voluntarios ayudaron en la excavación del pecio, que llevó cuatro veranos. Resultó que la nave llevaba una carga mixta, incluida una cierta cantidad de cepos de ancla, el pesado travesaño de la parte superior del ancla, en forma de cigarro. Los cepos de ancla estaban hechos de piedra procedente de una cantera de Giglio; fue presumiblemente después de recoger este cargamento que el barco se vio con problemas. Otros artículos a bordo incluían muebles, armas, lingotes de metal, contenedores de perfume y cerámica pintada de la ciudad de Corinto, una antigua capital comercial del mundo griego. También había una considerable cantidad de pez, usada en aquella época tanto como sellante como para aromatizar los vinos tipo retsina. La pegajosa resina había rezumado al lecho marino, solidificándose alrededor de algunos objetos y ayudando así a conservarlos.

Algunos de los descubrimientos poseían un considerable significado histórico. Las flautas recogidas del pecio permitieron a los investigadores del Conservatorio de Música de la Universidad de Florencia duplicar por primera vez la escala

musical etrusca. Las pepitas halladas en algunas de las ánforas indicaron que la embarcación llevaba aceitunas o aceite de oliva, aunque los olivos no habían sido registrados todavía en Italia en una fecha tan temprana.

El clímax de la excavación se produjo en 1985, cuando se pudo elevar con éxito un tramo de la quilla. Se determinó que los componentes principales del barco habían estado unidos con cuerdas, una técnica conocida como construcción cosida. El descubrimiento incrementó las posibilidades de que el mercante pudiera ser una embarcación etrusca antes que un barco comercial griego, en los que por aquella época se empleaban normalmente juntas de mortaja y espiga. Pero, hasta la fecha, nadie puede decir seguro todavía qué puertos llamaban hogar sus marineros.

Los años alrededor del 600 a.C., cuando la embarcación se hundió, vieron la cima del poder de las ciudades-estado etruscas. Los emigrantes avanzaban desde su tierra natal entre los ríos Arno y Tíber, en el lado tirreno de Italia, tanto a través de los Apeninos hasta el Adriático como hasta la región al sur de Roma conocida hoy como la Campania. Y en el 616 a.C., Lucio Tarquino Prisco, nacido etrusco, fue nombrado primer rey tarquinio de Roma, que entonces no era más que una amorfa colección de asentamientos a lo largo del río Tíber. Bajo su reinado, y el de sus sucesores etruscos Servio Tullio y Tarquino el Soberbio, se drenó una zona pantanosa que más tarde se convertiría en el Foro, se sentaron los cimientos del primer sistema de alcantarillado de la Ciudad Eterna, y se alzaron templos —entre ellos uno de los grandes hitos de Roma, el Templo de Júpiter— allá donde antes sólo se habían alzado chozas.

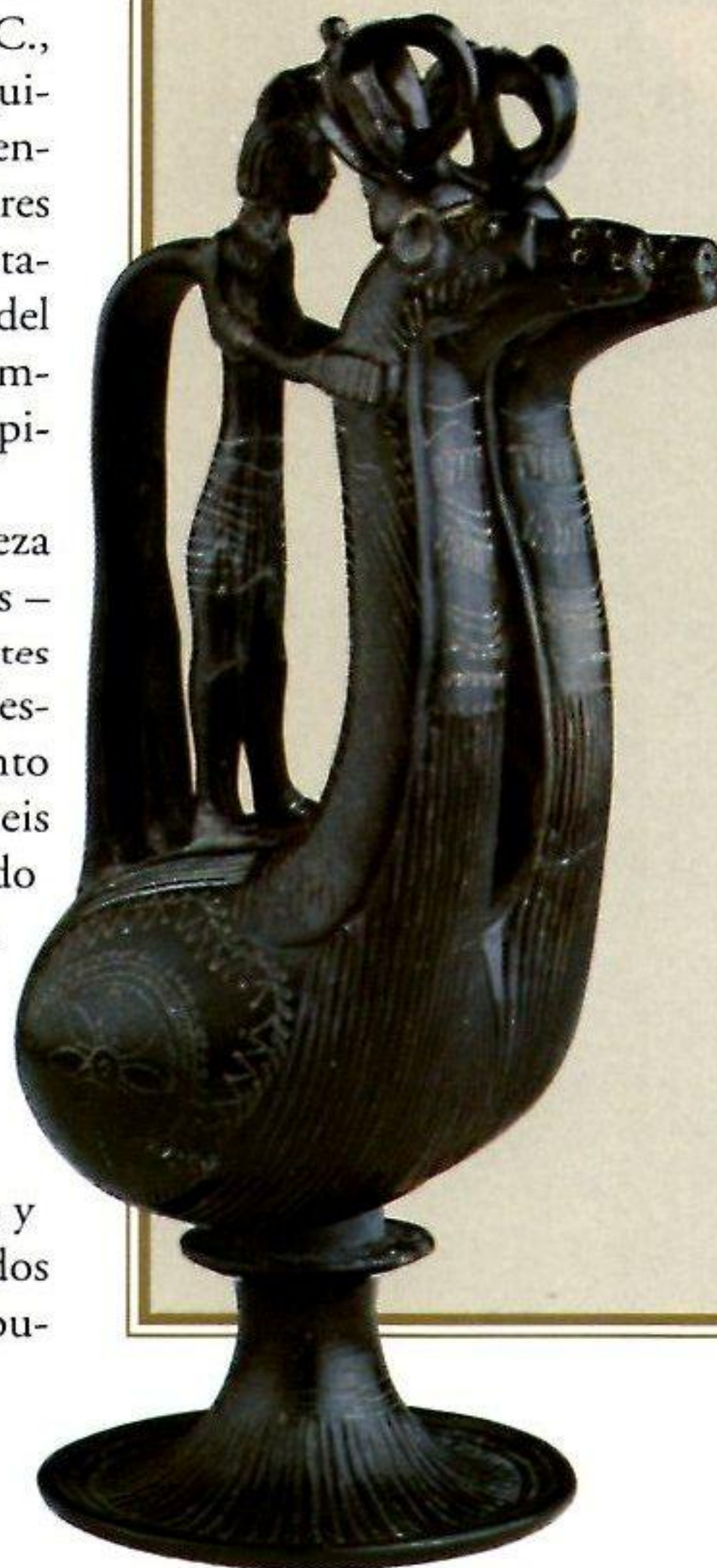
Para las ciudades-estado costeras al menos, la base de la grandeza etrusca estaba firmemente arraigada en el poder marítimo. Los griegos —socios y rivales a la vez de la nueva potencia— hablaban a regañadientes de la talasocracia —dominio del mar— etrusca, y acusaban a las ciudades-estado de piratería, sin duda en parte debido a que guardaban con tanto celo sus propias costas. El historiador Strabo, en sus escritos unos seis siglos más tarde, afirmaba incluso que «los hombres tenían tanto miedo a los barcos piratas de los tirrenos y al salvajismo de los bárbaros en esta región que se negaban a navegar comercialmente por aquel lugar».

Strabo, como saben los investigadores actuales, estaba equivocado. Griegos, fenicios y otros comerciantes no dejaban de visitar por aquella época todas las ciudades etruscas accesibles por mar —como Tarquinia y, más tarde, Caere— ofreciendo exquisitos artefactos de oro y plata y marfil y bronce a cambio de los metales y productos terminados etruscos. Un ejemplo de hasta qué punto se había establecido un fabu-

MARCA DISTINTIVA DE LOS CERAMISTAS ETRUSCOS

«Más barato que las algas marinas», declararon los excavadores, rompiendo las vasijas de arcilla negra que fueron hallando durante sus excavaciones de 1840 en la propiedad en Vulci de una dama noble. Pero los artefactos tan brutalmente destruidos como carentes de todo valor eran probablemente una cerámica etrusca expertamente elaborada conocida como bucchero.

Entre el 700 y el 650 a.C., los ceramistas de Cerveteri utilizaron una arcilla finamente molida cocida en un horno con poco oxígeno para mejorar la cerámica vilanoviana y desarrollar una nueva loza, de color negro sólido desde su





superficie hasta su mismo núcleo. Las piezas más primitivas –llamadas *bucchero sottile* (delgado)– tienen paredes extremadamente finas y un fuerte lustre metálico, posiblemente conseguido usando un pulido muy refinado y un extenso barnizado. Los dibujos eran normalmente tallados, como en la jarra de finales del siglo VI a.C. (con un pie del siglo XIX) de la izquierda, en el que una figura cabalga sobre dos criaturas parecidas a caballos.

Hacia el siglo VI a.C., los artesanos en Chiusi y Orvieto se decantaron hacia una loza más gruesa y menos lustrosa conocida como *bucchero pesante* (pesado). Los relieves bajos sustituyeron a las delicadas incisiones. En el oinochoe de arriba, un cilindro enrollado mostraba la escena de Perseo preparándose para cortar la cabeza de la Medusa.

La producción de la cerámica negra terminó unos 200 años después de que empezara. Sin embargo, la belleza del *bucchero* y sus características únicas lo han convertido en la cerámica nacional de Etruria.

losamente rico comercio entre los primitivos italianos surgió vívidamente a la luz en 1836, cuando un repositorio olvidado, la Tumba Regolini-Galassi, ofreció una de las más espectaculares acumulaciones de oro jamás descubiertas.

La tumba –localizada cerca de Cerveteri, el antiguo emplazamiento de Caere– recibió su nombre de sus descubridores, el padre Alessandro Regolini, un sacerdote del lugar, y el general Vincenzo Galassi, un soldado retirado. Tras excavar en la periferia de un yacimiento funerario circular que medía más de 50 metros de diámetro y en sus tiempos había estado rematado por un impresionante túmulo, Regolini halló cinco cámaras diferentes, todas las cuales habían sido despojadas de su contenido por los ladrones de tumbas. Decepcionado pero lejos de sentirse derrotado, el sacerdote decidió cavar un pozo en el punto medio del yacimiento funerario.

Aunque tenía la esperanza de localizar una sexta tumba aún intacta, Regolini, para su sorpresa, penetró por su techo. La cámara tenía la forma de un pasadizo de casi 20 metros de largo y apenas metro veinte de ancho. La mitad inferior de la tumba había sido excavada en la roca viva, pero el techo había sido abovedado de una forma más bien primitiva, con losas de piedra superpuestas en cada lado que convergían gradualmente para dejar un estrecho canal en el centro rematado por grandes bloques de piedra. A más de la mitad de su longitud, el pasadizo estaba interrumpido por una puerta, que dividía la tumba en una cámara exterior y otra interior.

Un camastro de bronce que contenía unos pulverulentos restos humanos descansaba en la habitación exterior, y los restos de una carreta funeraria de madera de cuatro ruedas, decorada con bronce, se alzaba cerca. Una espada de hierro, 10 jabalinas y ocho escudos ceremoniales indicaban que el fallecido había sido un guerrero. A ambos lados de la sala exterior, cerca de la puerta, Regolini halló dos pequeños compartimientos ovalados que habían sido ahuecados en la misma roca, posiblemente algún tiempo después de la construcción del resto de la tumba. El primero contenía una urna de cerámica llena con cenizas humanas; el segundo era un depósito de varias vasijas de bronce y hierro. Uno de los recipientes, descubrieron los obreros de Regolini, contenía pedazos de una sustancia resinosa que resultó ser incienso. Cuando fue prendido un pequeño trozo, produjo un humo tan denso y pungente que todo el mundo se vio obligado a salir de la tumba.

Aunque estos descubrimientos fueron excepcionales, otros hallazgos aún más espectaculares aguardaban al arqueólogo en la cámara interior, como el viajero de la época romántica George Dennis relató en su libro *Las ciudades y cementerios de Etruria*. «Más al interior –escribió– se alzaban dos calderos para perfumes, como en la cámara exterior: y luego, al



Tres pendientes de oro de 22 centímetros de largo, con cabezas de leones unidas a ellos, decoran un collar de la Tumba Regolini-Galassi. Cada pendiente está incrustado con ámbar que los etruscos importaban del mar Báltico, a unos 1.300 kilómetros hacia el norte.

extremo de la tumba, sobre ningún camastro, ataúd o sarcófago, ni siquiera sobre un tosco banco o roca, sino sobre el suelo desnudo, yacía —¿un cadáver?—, no, porque hacía eras que se había visto reducido a polvo, sino un cierto número de adornos de oro, cuya posición mostraba muy claramente que, cuando fueron colocados en la tumba, estaban encima de un cuerpo humano. La riqueza, belleza y abundancia de estos artículos, todos de oro puro, era sorprendente; una colección tal, se ha dicho, “no podría hallarse ni siquiera en la tienda del mejor surtido de los orfebres”.

Entre los tesoros pertenecientes al ocupante, una mujer puesta a descansar allí para la eternidad años antes que los otros dos entierros, había unos enormes pendientes, un par de masivos brazaletes, collares, anillos, un pinjante, y un hermosamente grabado peto, así como 18 broches, el más grande de casi treinta centímetros de largo. Trabajando apresuradamente por miedo a los ladrones de tumbas, el descubridor retiró unos 650 objetos, entre ellos más de un cesto lleno de fragmentos de oro que los expertos creen que en su tiempo adornaron alguna especie de prenda de lino, deteriorada hace mucho. El general Galassi compró los artefactos y los exhibió durante un tiempo en su casa. Luego fueron adquiridos por el Vaticano y exhibidos allí.

Los únicos indicios de la identidad de los ocupantes de la tumba eran las palabras *Larthia* y *Mi Larthia* raspadas en tres vasijas de plata. Los lingüistas creen que las inscripciones se refieren al nombre de pila de un hombre etrusco, *Larth* —quizás el hombre enterrado en la cámara exterior—, y que deben traducirse como «Soy de Larth».

Estos descubrimientos dejan bien claro el tipo de artículos de lujo favorecidos por la elite en la Etruria del siglo VII. Los metales preciosos necesarios para confeccionarlos no estaban disponibles localmente, como tampoco lo estaban los huevos de avestruz, la loza fina y los artefactos adicionales hallados en otras tumbas del período. Estos objetos tenían que ser importados de lugares tan lejanos como Egipto, el norte de Siria, Asiria, Chipre y Asia menor, así como de los puertos fenicios y griegos. Los comerciantes que seguían una ruta por tierra establecida desde hacía largo tiempo hasta el norte de Europa también traían ámbar del Báltico para ser usado en joyería y otras formas de adorno personal.

Los historiadores no pueden describir la ruta exacta por la que cada objeto hallaba su camino hasta Etruria (pág. 54), pero es cierto que los fenicios tenían un importante papel. Sus comerciantes, que combinaban la perspicacia comercial con grandes habilidades de navegación, habían estado navegando durante siglos desde su tierra natal en la orilla este del Mediterráneo hasta el estrecho de Gibraltar y más allá, llevando artícu-

El cuerpo del guerrero enterrado en la primera cámara de la Tumba Regolini-Galassi fue llevado hasta la bóveda funeraria en esta carreta de madera del siglo VII dotada con un camastro funerario de bronce. Su madera se había desintegrado hacia siglos, y los aditamentos de bronce que decoraban sus lados y los bordes de hierro de las ruedas era todo lo que quedaba del vehículo para guiar a los restauradores en su reconstrucción.

los desde Asia occidental para intercambiarlos por productos locales o materias primas en los puertos que visitaban.

Sin duda estos viajeros se llevaban consigo una buena cantidad de objetos etruscos manufacturados. En el siglo VII a.C. se habían desarrollado en las ciudades de Etruria escuelas nativas de cerámica, metalistería, escultura y pintura, y sus productos se distribuían por buena parte de la cuenca del Mediterráneo. Los arqueólogos han hallado gran cantidad de exportaciones etruscas, especialmente bucchero, una cerámica negra, a lo largo de las orillas del resto de Italia, a las islas de Cerdeña y Sicilia, y al sur de Francia, España, norte de África y Grecia.

Los investigadores han emitido la hipótesis de que algunos aspectos de la civilización etrusca viajaron también al norte a lo largo de las rutas comerciales hasta las menos desarrolladas sociedades europeas en lo que hoy forma parte del norte de Italia, Austria y Eslovenia. Aunque estas nuevas rutas parece que tuvieron relativamente poco impacto sobre la mayoría campesina, los miembros de la clase dirigente se mostraron al



parecer ansiosas por adoptarlas como marca de su *status*. Existen evidencias de esta culturización en la forma de grandes cubetas de bronce hechas localmente llamadas sítulas.

Utilizadas por el denominado pueblo sítula para contener vino en los banquetes y descubiertas en las tumbas de sus jefes y guerreros, algunas de estas cubetas estaban decoradas con motivos que pueden remontarse directamente a fuentes etruscas, como una horrible representación de monstruos devorando miembros. Desde Etruria llegó también el gusto por organizar la decoración de las cubetas en bandas que mostraban procesiones de gente cuyas ropas, banquetes, confrontaciones atléticas y métodos de lucha indican también influencias etruscas.

Los primeros artefactos griegos aparecieron en Etruria a principios del siglo VIII a.C., llevados sin duda por un goteo de embarcaciones comerciales individuales. Pero cuando los emigrantes de la isla griega de Eubea fundaron Pithecussai en la isla de Ischia, en el golfo de Nápoles, durante el segundo cuarto del siglo VIII a.C., el goteo se convirtió con rapidez en un torrente. El puesto comercial, un emporio mercantil no sólo para los eubeos sino para los comerciantes de todo el Mediterráneo, resultó un aclamado éxito. La noticia de su prosperidad se difundió rápidamente por todo el mundo griego y atrajo el interés de otros colonos.

Al cabo de 50 años brotaban colonias griegas permanentes en media docena de lugares en la costa del sur de Italia y Sicilia. La primera fue en Cumae, establecida alrededor del 740 a.C. a menos de 15 kilómetros de Pithecussai, en la orilla continental del golfo de Nápoles. Siracusa y otras partes de Sicilia fueron colonizadas a lo largo de la década siguiente. Luego Sybaris, que iba a desarrollar una ruta comercial por tierra hasta las ciudades etruscas, fue fundada alrededor del 720 a.C. en el empeine de la bota italiana. A finales del siglo, toda la zona estaba tan densamente sembrada de colonias griegas que los escritores clásicos la bautizaron Magna Graecia, la Gran Grecia.

Aunque la fuerza naval y militar de las ciudades etruscas impidió a los griegos establecer colonias en la propia Etruria, los inmigrantes individuales eran admitidos, y a veces florecían. Según Dionisio de Halicarnaso, Demarato, el padre del primer rey etrusco de Roma, fue un rico mercader griego forzado al exilio por las intrigas políticas en su ciudad natal de Corinto. Decidió establecerse en Etruria debido a los vínculos comerciales que ya tenía con el lugar, y se trajo consigo a tres artistas cuyos nombres griegos hablan de sus talentos: Eucheir, o «manos hábiles»; Eugrammus, «dibujante hábil»; y Diopus, «usuario del nivel». Y los arqueólogos han puesto al descubierto indicadores de que artesanos griegos de este calibre estaban trabajando en las ciudades etruscas a principios del siglo VII. Entre las evidencias hay un cuenco mezclador, hallado en Caere, decorado y firmado por un pintor de vasijas griego llamado



UNA TÉCNICA PERDIDA HALLADA DE NUEVO

Los orfebres etruscos eran maestros en la granulación, una técnica que les permitía fijar centenares de gránulos de oro sobre joyas como el pendiente de arriba y la fíbula, o aguja, de la derecha. El proceso se originó en Mesopotamia hace más de 3.000 años y se difundió a Grecia y Etruria antes de morir.

Durante siglos los orfebres europeos intentaron sin éxito recapturar el arte perdido. Sólo en tiempos muy recientes ha sido recreado. Los experimentos llevados a cabo en 1992 en Murlo, en la Toscana, sugieren que los etruscos emplearon diversos métodos para producir las superficies granuladas.

Por todo lo que se puede determinar, los joyeros cortaban hilo de oro en diminutos segmentos y lo colocaban en una capa entre carbón en polvo en crisoles de arcilla, luego

procedían a calentar los recipientes en fuegos de carbón. Cuando la temperatura alcanzaba los 1.100 grados centígrados, el oro se fundía en diminutas esferas. El contenido enfriado era vertido, y el carbón en polvo era retirado lavándolo. Los glóbulos se clasificaban luego según sus tamaños. Para anclarlos a las joyas se utilizaba una cola animal, a la que se añadía una sal de cobre. Los etruscos sabían que el cobre y el oro combinados fundían a una temperatura más baja de la que se

requiere normalmente para cada metal. Cuando se aplicaba calor, el cobre en el fijativo se disolvía y producía una reducción de oxígeno, lo cual causaba que el oro en la superficie de las cuentas y en la base se fundieran simultáneamente y se adhirieran al cobre. Los gránulos así aplicados servían no sólo para producir resplandecientes adornos, sino también para cubrir costuras, agujeros y puntos de soldadura.



En la ampliación de arriba, los gránulos de oro se pegan a las alas de los diminutos patos para formar parte de la viva superficie de la fibula del siglo VII a.C. de 30 centímetros de largo que puede verse a la izquierda. La aguja —que incluye cinco leones además de 55 patos— está cubierta con 120.000 gránulos de oro. Formaba parte del tesoro hallado en 1836 en la ricamente dotada Tumba Regolini-Galassi en Cerveteri.

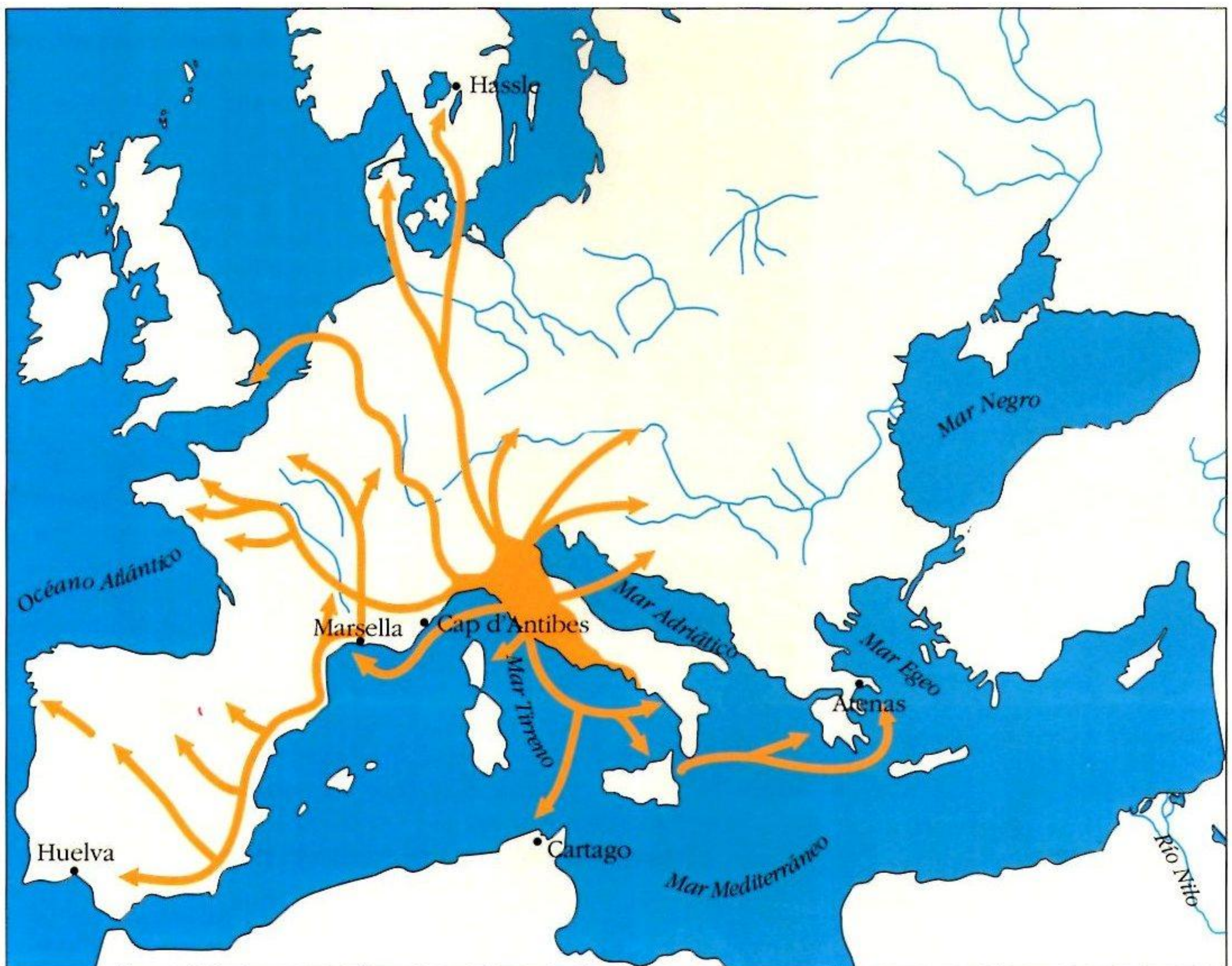


Aristonothos, que sugiere que pudo haber vivido allí antes del 650 a.C.

El arqueólogo italiano Mario Torelli desenterró pruebas adicionales de la presencia griega mientras excavaba en 1969 en Porto Clementino, cerca de la desembocadura del río Marta, a unos 80 kilómetros al noroeste de Roma. Torelli estaba interesado primariamente en sondear los restos de Graviscae, un puerto romano que había sido cubierto por el lodo hacía mucho tiempo, pero cuando cavó más profundo descubrió vestigios de un puerto anterior y se dio cuenta de que las primeras embarcaciones que habían usado el puerto habían navegado no en tiempos romanos sino etruscos.

Los historiadores no tienen forma alguna de saber cómo llamaban los etruscos al puerto, pero suponen que fue uno de los al menos tres que servían a la próspera ciudad marítima de Tarquinia, situada a unos ocho kilómetros tierra adentro. Los hallazgos de Torelli —que incluyeron dos pozos y numerosos agujeros para postes correspondientes a chozas de juncos y argamasa— indicaban que el puerto había permanecido activo ya

Los etruscos comerciaron a lo largo de una gran extensión, como queda sugerido por este mapa, que muestra las rutas comerciales que irradiaban de la zona de su influencia económica hasta lugares tan al sur como Cartago, en la actual Tunicia, tan al norte como Hassle, Suecia, y tan al oeste como Huelva, España. Los arqueólogos han hallado también restos de cerámica etrusca en yacimientos en las costas orientales de los mares Egeo y Mediterráneo y en las orillas del Nilo, pero no pueden decir con seguridad por qué ruta —o quiénes— se llevaron las piezas hasta allí.



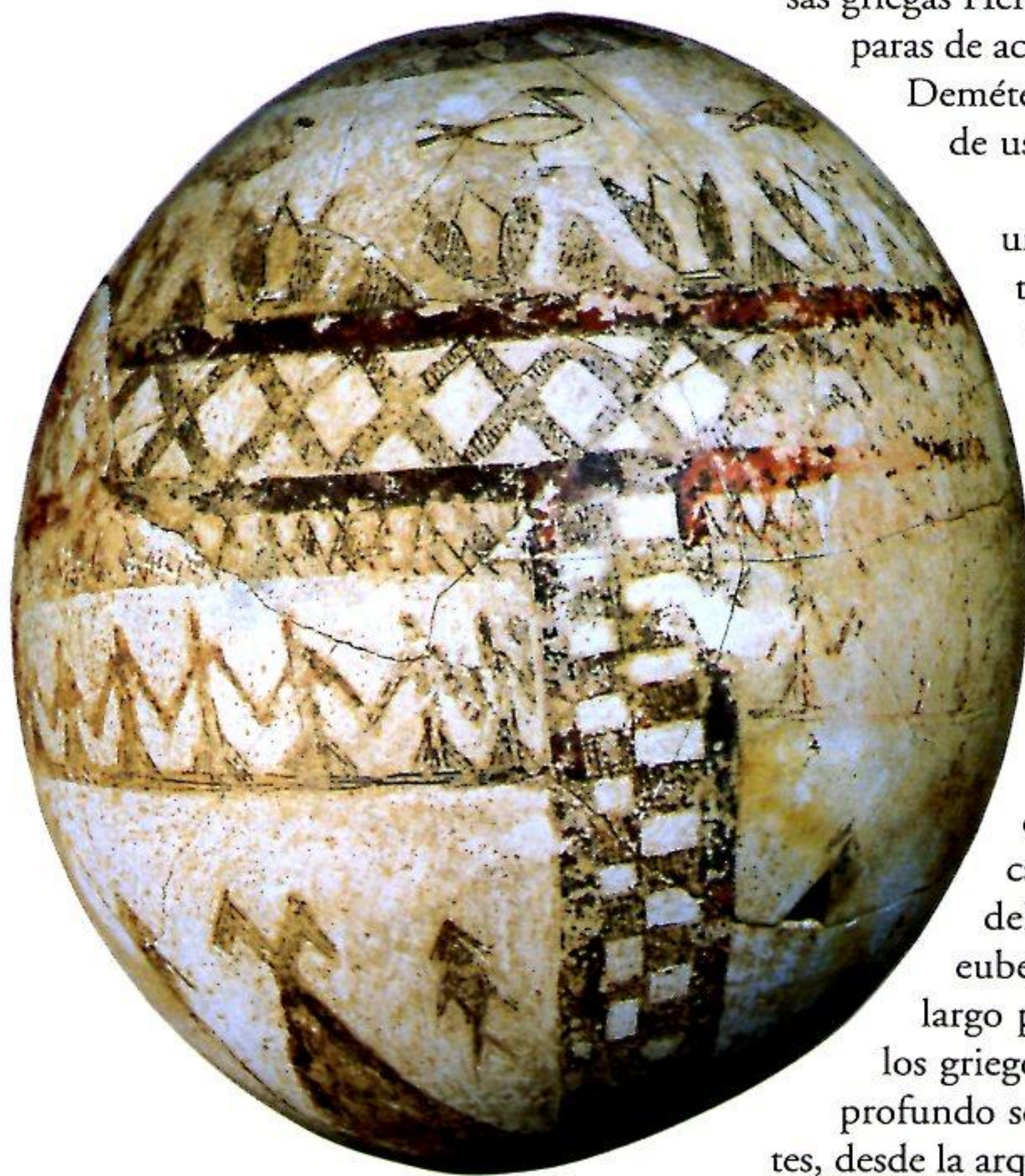
en el siglo VI a.C. y, más importante, que había albergado una comunidad de mercaderes griegos.

Aunque a estos extranjeros se les permitía vivir en suelo etrusco, no estaban integrados en la población local. Más bien formaban una comunidad autónoma que los tarquinianos se esforzaban evidentemente en mantener lo suficientemente apartada de ellos. Entre las ruinas Torelli descubrió los restos de un pequeño templo y un altar dedicado a las diosas griegas Hera, Deméter y Afrodita, así como más de 5.000 lámparas de aceite votivas —un elemento importante en el culto de Deméter—, la mayoría de ellas ennegrecidas por largos años de uso.

Los excavadores pusieron al descubierto también un ánfora de piedra votiva inscrita, de unos 11,5 centímetros de alto, que al parecer había formado parte de un monumento funerario. El marcador llevaba una representación del dios Apolo y un mensaje en griego: «Pertenezco a Apolo de Egina. Me hizo Sostratos». Los estudiosos se apresuraron a señalar que el historiador Herodoto escribió acerca de un mercader de la isla griega de Egina cuyo nombre era Sostratos. Era uno de los comerciantes de mayor éxito de su época, y se supone que sus intereses se extendían hasta tan lejos como España.

A juzgar por la tumba Regolini-Galassi y otras como ella, los artículos más atractivos que los mercaderes como Sostratos tenían por ofrecer era el oro del Oriente Medio, canalizado a través del puerto eubeano de Al Mina en la costa siria. Sin embargo, a largo plazo, los nuevos conocimientos y las técnicas que los griegos trajeron consigo tuvieron un efecto mucho más profundo sobre la sociedad etrusca, y en especial sobre las artes, desde la arquitectura hasta la metalistería y la escultura. Los estilos griegos fueron ampliamente adoptados de las últimas décadas del siglo VII en adelante, cuando las figuras de la mitología y la poesía épica griegas aparecieron con creciente frecuencia incluso en productos hechos localmente. El resultado fue un sorprendente resurgir de la creatividad etrusca que trajo consigo una especie de edad de oro.

Con mucho, los más numerosos artefactos griegos hallados en suelo etrusco son vasijas. Un gran número de ellas proceden de un único yacimiento: el cementerio de Vulci, que a principios del siglo XIX ocupaba las tierras propiedad del príncipe de Canino, Luciano Bonaparte, hermano del emperador francés. Un campesino descubrió la necrópolis en 1828, cuando el suelo se hundió bajo su arado. Necesitado de dinero, el



Pájaros, brotes de loto, figuras danzantes y formas geométricas adornan este huevo de avestruz de 16,5 centímetros de alto retirado ilegalmente de una tumba etrusca del siglo VII a.C. Altamente apreciados por los etruscos ricos, estos huevos se originaban en África central y a menudo eran pintados por artesanos fenicios y sirios antes de ser llevados por comerciantes a Etruria. Allí, como símbolos de vida, eran incluidos muchas veces en las tumbas con los fallecidos. Su moda sólo duró desde el 700 al 600 a.C.

príncipe empezó inmediatamente a excavar y a vender. En cuatro meses sus obreros habían desenterrado más de 2.000 artefactos, la inmensa mayoría de ellos vasijas, y el flujo siguió sin detenerse durante muchos años. Al parecer los excavadores pusieron al descubierto también un gran número de vasijas no griegas, pero les prestaron muy poca atención, puesto que la mayoría eran pequeñas o estaban dañadas y en consecuencia carecían de suficiente valor comercial. Según George Dennis, los obreros destruyeron hasta la última pieza de arcilla negra que cayó en sus manos. Se trataba, por supuesto, del lustroso bucchero etrusco, que los estudiosos creen que fue desarrollado en la primera mitad del siglo VII a.C. como un sustituto menos costoso a los objetos hechos de bronce (págs. 48-49).

El enorme número de vasijas griegas halladas en Vulci y en otras tumbas etruscas en los siglos XVIII y principios del XIX era tan grande que tuvo un efecto deflacionario en los precios que los coleccionistas estaban dispuestos a pagar por ellas. Un observador, en un escrito de 1839, señalaba que su valor se había visto tan reducido que una vasija «por la cual el rey de Nápoles, no hace muchos años, hubiera dado diez mil coronas, apenas era valorada ahora en más de dos mil». Pero, en conjunto, todos estos artículos seguían siendo objetos de alto precio y costosos.

La profusión de cerámica de estilo griego suscitó inevitablemente la pregunta de si todas las vasijas procedían de Grecia, y la respuesta parece ser que no. Las vasijas más primitivas recuperadas en Etruria se distinguen por los dibujos ondulados y en zigzag dispuestos en bandas horizontales. A medida que transcurría el tiempo, a veces se les añadieron escenas con figuras convencionalmente dibujadas. Este tipo de vasijas eran importadas de Grecia, pero algunas eran producidas en las colonias griegas en Italia. Los artesanos etruscos empezaron a fabricar también cerámica a la manera griega para complacer los gustos locales. La mayor parte de los hallazgos de Vulci pertenecen a una fase más posterior influenciada por la cerámica corintia, que muestra dibujos figurativos y florales y arabescos inspirados en motivos del Oriente Medio. Estas vasijas eran comunes también en Caere, que, como Vulci, tenía una escuela local de ceramistas.

A partir de finales del siglo VII a.C., una nueva moda de cerámica procedente de Atenas, por aquel entonces una estrella ascendente en el firmamento político griego, superó la moda corintia. Esta cerámica presentaba inicialmente figuras relucientes en negro silueteadas contra el fondo de la característica arcilla ateniense roja rosada, pero después del 525 a.C. las figuras aparecían en el color natural de la arcilla contra un fondo ennegrecido. Algunas de las vasijas con figuras en negro fueron diseñadas específicamente para el mercado etrusco y exportadas a Etru-

OBJETO DE LA FURIA VENGATIVA DE UN GUARDIA

El Vaso, o crátera, François (*abajo a la derecha*), uno de los más grandes tesoros griegos, ha tenido una extraña historia desde 1844, cuando fue descubierto en fragmentos entre los restos de los túmulos etruscos.

Adquirido por el gran duque de Toscana Leopoldo II para los Uffizi, la pieza fue reconstruida a partir de los trozos supervivientes, algunos de los cuales faltaban, y exhibida.

Permaneció a buen recaudo en una urna de cristal hasta 1900, cuando un guardia mentalmente desequilibrado, furioso con su supervisor, rompió la alta vasija ceremonial en 638 piezas.

Restauradores en perspectiva de toda Italia se ofrecieron para tener el honor de intentar reconstruir la crátera. Al principio pareció que este retrato único de las leyendas griegas, con todos los personajes nombrados en más de 100 inscripciones, se perdería para siempre. Pero gracias a un paciente esfuerzo de dos años la vasija fue reconstruida, con un fragmento que mientras tanto había aparecido en la excavación reinsertado. Faltaba sin embargo una pieza que un visitante del museo se había embolsado «como recuerdo» en el momento de su destrucción. Se efectuó una llamada solicitando su devolución, y finalmente este fragmento también fue presentado al museo, aunque demasiado tarde para su inclusión.

En 1973 se emprendió una tercera restauración cuando una inspección de la vasija tras una limpieza reveló que la superficie estaba afectada por

microfracturas. Éstas se habían producido a lo largo de los años a causa de las fuertes variaciones estacionales de temperatura —la vasija era exhibida junto a una ventana— y de las vibraciones de los pasos de los visitantes y el tráfico del exterior. Un estudio demostró que en un término de tres años la vasija se habría hecho pedazos. Para su restauración la cratera tuvo que ser desmontada de nuevo en sus distintos pedazos (lo cual permitió la inclusión del recuerdo que se había llevado el turista) y reconstruida con técnicas modernas y adhesivos solubles. Ahora es exhibida en una vitrina de cristal especialmente diseñada, equipada con suspensión para protegerla incluso de los más ligeros movimientos.

ria, donde se hicieron inmensamente populares. Las posteriores vasijas con figuras en rojo hallaron también su camino hasta las ciudades etruscas en el siglo V a.C., pero en cantidades más pequeñas que las anteriores, y fueron menos influyentes sobre los ceramistas locales.

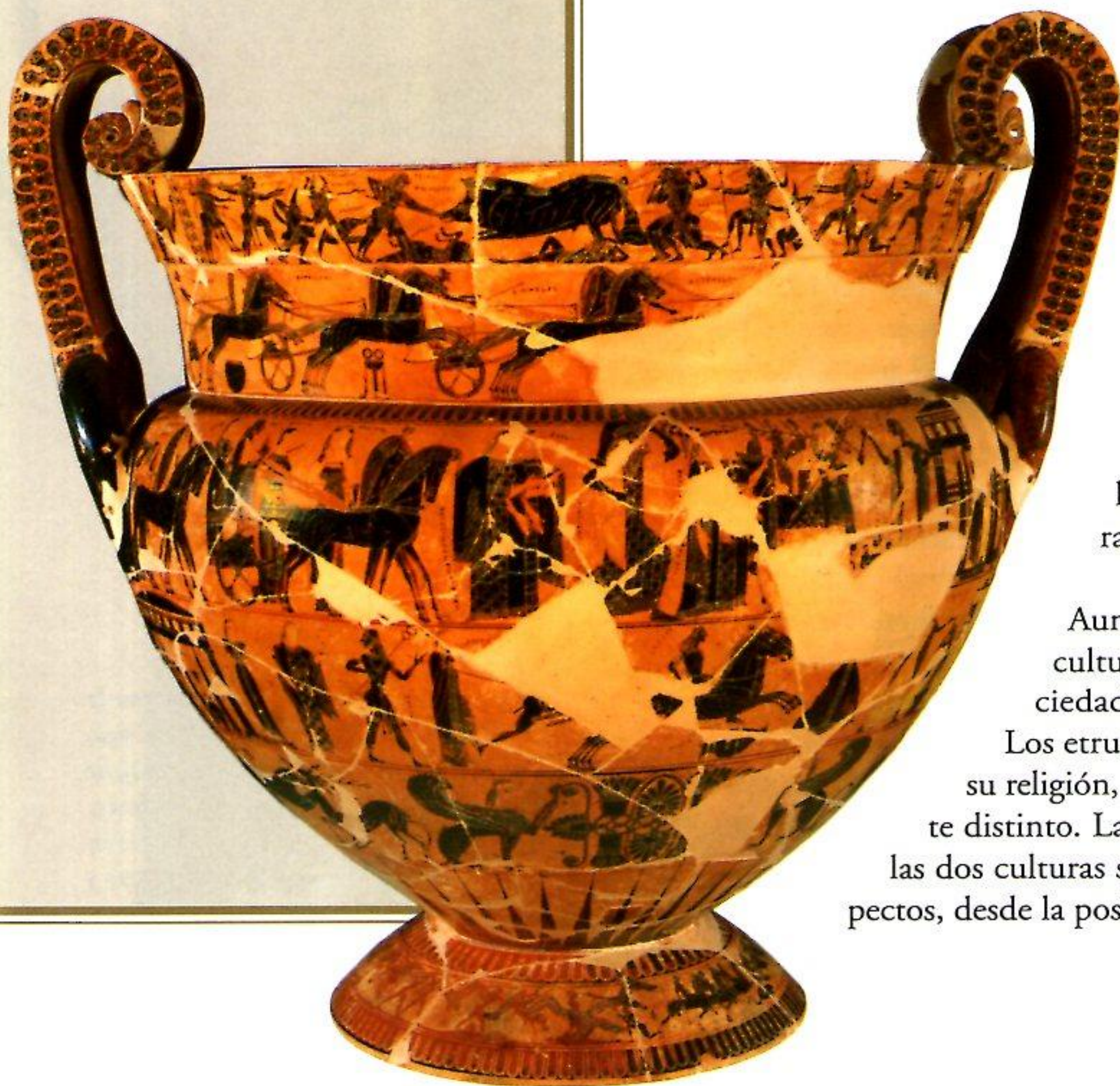
Probablemente la más famosa pieza con figuras negras de Ática hallada en Etruria fue una gran cratera, o cuenco mezclador, conocida por el nombre de su descubridor, el arqueólogo italiano Alessandro François. François, un joven erudito que había viajado mucho, había excavado ya en Cortona y en Cosa, un asentamiento costero romano del siglo III a.C. cerca de Vulci, antes de encontrarse con algunos fragmentos de la vasija cerca de Chiusi en 1844.

Aunque la vasija resultó estar completa sólo en dos terceras partes cuando fueron examinados los fragmentos, su gran significado se hizo obvio de inmediato: De más de sesenta centímetros de alto y datada del 570 a.C., la cratera estaba adornada con seis bandas estilo friso que contenían más de 200 figuras de la mitología griega. Algunas reflejan la celebración de la boda de Tetis, la madre del héroe de la Guerra de Troya Aquiles. Inscripciones en griego identificaban no sólo a los inmortales, incluidos Zeus y su hija Hera, sino también al ceramista que hizo la vasija, Ergotimos, y su pintor, Kleitias.

La belleza de la cratera despertó sentimientos apasionados entre los anticuarios de la época. De hecho, uno de ellos persuadió a François para que regresara a Chiusi al año siguiente en busca de los trozos que faltaban. El arqueólogo halló cinco pedazos grandes, los suficientes para que la vasija fuera restaurada y vendida al gran duque de Toscana, pero no los suficientes para que el que pasaría a la historia como el Vaso François quedara completo de nuevo.

Aunque la influencia griega sobre la vida cultural etrusca fue penetrante, las dos sociedades siguieron siendo muy diferentes.

Los etruscos tenían su propio estilo de vestir y su religión, y hablaban un lenguaje completamente distinto. Las costumbres y estructuras sociales de las dos culturas se hallaban enfrentadas en muchos aspectos, desde la posición de las mujeres hasta las actitudes

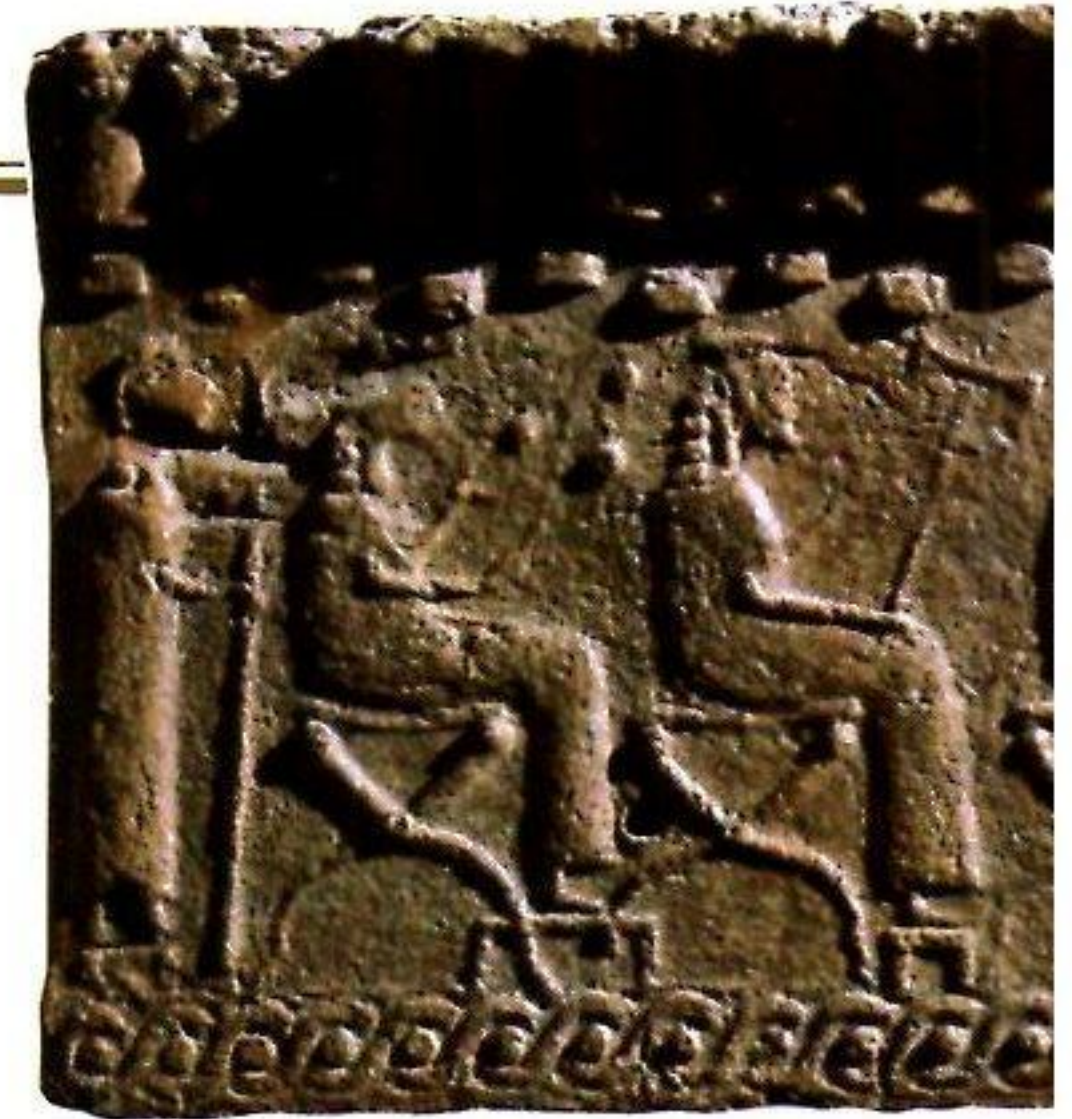


hacia la democracia. Incluso en las artes, la contribución etrusca seguía siendo característica; por mucho que hubieran aprendido de los griegos en los impetuosos días que siguieron al contacto inicial, los artistas etruscos siguieron revelando un entusiasmo en absoluto clásico hacia lo espontáneo y lo común, lo violento y lo grotesco.

Buena parte de lo que los etruscos tomaron de los griegos lo pasaron luego a sus vecinos en Italia y a los pueblos del norte de Europa. Un ejemplo de esta transmisión cultural, llena de significado para el futuro, fue el cultivo de la vid y la elaboración del vino. No sólo fueron los etruscos quienes plantaron los primeros viñedos en los distritos de Chianti y Orvieto en la Toscana, que todavía hoy siguen siendo los principales centros del vino italiano, sino que también compartieron sus conocimientos con sus socios comerciales del norte, los galos. Unos submarinistas que buceaban junto al Cap d'Antibes en la Riviera francesa confirmaron esto en 1955, cuando tropezaron con un antiguo pecio que transportaba una carga de vasijas de vino etruscas datadas estimativamente del 575-550 a.C. Los arqueólogos han hallado también envíos intactos de ánforas en las orillas de los ríos Ródano y Saona, y una jarra de vino etrusca y varios cuencos en Côte-d'Or, Borgoña. Ante la fuerza de estas evidencias, los historiadores afirman que fueron los etruscos quienes originalmente llevaron el gusto por el vino a Francia.

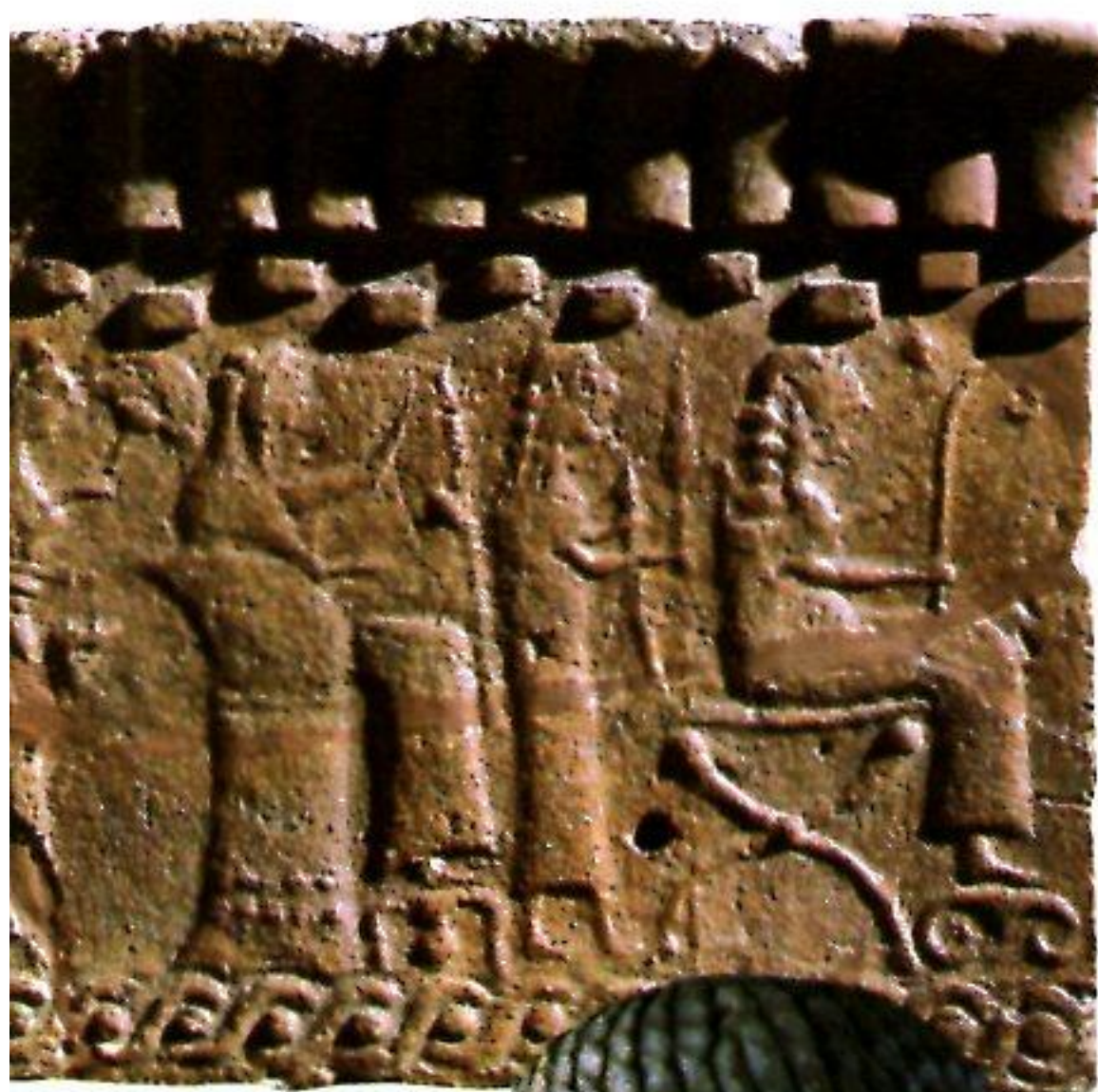
Por cercanos que pudieran llegar a ser los vínculos culturales entre los griegos y los etruscos, las rivalidades políticas y las ambiciones comerciales causaron tensiones entre las dos facciones, y finalmente condujeron a un conflicto abierto. En primer lugar, alrededor del año 580 a.C., griegos y etruscos de Caere se enfrentaron en una batalla naval cerca de las islas Eolias, al norte de Sicilia, por el control del estrecho de Messina. Luego, a mediados del siglo VI, los griegos colonizaron Córcega, desafiando con ello directamente la hegemonía etrusca en el mar Tirreno y prentiendo una segunda confrontación alrededor del año 535 a.C. Aunque los barcos griegos se llevaron la mejor parte en la lucha, los colonos resultaron lo suficientemente debilitados como para verse obligados a abandonar la isla.

Según Herodoto, los etruscos lapidaron a los prisioneros griegos tomados en la batalla, un acto de impiedad por el cual se supone que los habitantes de Caere fueron visitados por una epidemia, una forma de castigo divino. Sin embargo, los vínculos culturales que unían a los dos pueblos eran tan cercanos que los etruscos recurrieron a los griegos en busca de una cura. Los ciudadanos de Caere mandaron enviados al famoso oráculo de Apolo en Delfos para averiguar cómo reparar su error. Se les dijo que la salud y la armonía comunales serían restaurados si se organizaban unos juegos en honor a los prisioneros asesinados siguiendo el modelo griego. Aparentemente satisfecha con la eficacia del reme-



Los hombres y mujeres sentados en esta placa de terracota de Murlo, que data de aproximadamente el 575 a.C., puede que sean dioses y diosas o un noble de alto rango con su esposa y su séquito. Su alto status queda indicado por los escabeles plegables y el trono, símbolos de poder e importancia en Etruria. Otros signos de status son la stula o cubeta; el abanico; el hacha de batalla de dos filos; y la larga vara sujeta por los sirvientes que permanecen obedientemente de pie.

Un estilizado retrato del fallecido adorna la parte superior de una urna funeraria del siglo VI de Chiusi (antigua Clusium) que contiene sus cenizas. Elaboradas de terracota o bronce, estas jarras estaban a menudo asentadas en tronos, lo cual daba un aire de importancia y dignidad a la memoria del fallecido.



dio, la ciudad mantuvo desde entonces un tesoro en el lugar consagrado, pese a que se hallaba a más de 1.000 kilómetros al otro lado del mar Adriático.

Los autores clásicos ofrecen indicios reveladores acerca de los asuntos internos etruscos en la estela del trascendental encuentro con la civilización griega. Indican que las ciudades eran gobernadas por oficiales llamados lucumones, cuyo poder pudo desarrollarse cuando grupos de poblados se unieron por primera vez en ciudades-estado en el siglo VIII a.C. Exactamente cuáles eran las funciones del lucumón sigue sin estar claro. Una fuente romana se refiere al lucumón como un sacerdote antes que como un rey, y sugiere que los deberes del puesto podían ser primordialmente religiosos. Los historiadores sospechan que el auténtico poder en cada ciudad-estado pudo ser ejercido por una oligarquía formada por las principales familias, que ciertamente controlaban buena parte de la riqueza disponible.

También existe sin embargo una tradición de liderazgo más personal y carismático, y su ejemplo más conocido fue Lars Porsena, que gobernó Clusium –la moderna Chiusi– a finales del siglo VI a.C. Porsena, uno de los nombres favoritos de los escolares ingleses del siglo XIX, que supieron de él a través de una de las baladas más populares en la colección de 1842 de Thomas Babington Macaulay *Leyes de la antigua Roma*, puso evidentemente sitio a Roma hacia finales de la dinastía tarquinia: «Lars Porsena de Clusium / por los Nueve Dioses juró / que la gran casa de Tarquino / no sufriría más agravios».

El poema sigue describiendo cómo, frente al asalto etrusco, un decidido guerrero romano llamado Horacio defendió él solo un puente de madera que cruzaba el Tíber mientras sus camaradas luchaban por cortarlo, impidiendo así el acceso de los invasores a la ciudad. Cuando la estructura se derrumbó finalmente bajo sus pies, el héroe saltó al río completamente armado pero, «alentado valerosamente por el osado corazón que tenía dentro de él», nadó de vuelta a la orilla romana pese al impedimento de su armadura.

Macaulay, un político, historiador y erudito inglés, tomó la historia del patriótico historiador romano Livio, que contó que Lars Porsena se sintió tan impresionado por el valor de los romanos que finalmente abandonó y regresó a casa. Por halagadora que pueda ser esta versión para las sensibilidades romanas, desgraciadamente parece que no es cierta. Escritores romanos posteriores, entre ellos Tácito y Plinio el Viejo, señalan que Lars Porsena tomó la ciudad, y los estudiosos modernos apoyan su punto de vista. Al parecer las tropas del lucumón arrasaron no solamente Roma sino también todo

el campo de sus alrededores, desencadenando un conflicto con los griegos del sur de Italia.

La incursión tuvo lugar después de que Tarquino el Soberbio, el último rey etrusco de Roma, fuera expulsado de la ciudad, y puede que, lejos de buscar defender el honor de los tarquinios, Porsena estuviera de hecho intentando llenar el vacío de poder dejado por este hecho. En cualquier caso, la aventura tuvo corta vida: Una fuerza combinada de romanos y griegos derrotó al hijo de Porsena en el 506 a.C., terminando con el dominio etrusco sobre Roma de una vez por todas.

Livio arroja una interesante luz indirecta sobre el comportamiento de los gobernantes etruscos como un conjunto en otra anécdota relativa a Lars Porsena. Según el historiador, Porsena fue blanco de un intento de asesinato durante el sitio de Roma. Su atacante consiguió penetrar en el campo etrusco y halló al líder sentado al lado de su secretario mientras se pagaba a los soldados. Pero los dos hombres iban vestidos de una forma tan similar que el asesino eligió el blanco equivocado y apuñaló al secretario en vez de al rey. Si puede creerse la historia —y si el líder clusiano era de alguna forma típico de los demás lucumones— esto sugiere que la elite etrusca no merecía los aderezos de la majestad, puesto que incluso un ayudante de baja categoría vestía tan elegantemente como su poderoso señor.

Cada lucumón ejercía control sólo sobre su territorio, porque las

Un saliente de rocas y la vegetación camuflan las tumbas excavadas en los riscos en Castel d'Asso, el emplazamiento de un asentamiento etrusco a unos 80 kilómetros al norte de Roma. Pintada por el artista y dibujante británico Samuel James Ainsley en 1842, esta acuarela capta la romántica cualidad del paisaje toscano que tanto deleitó a los viajeros europeos del siglo XIX. Ainsley, que acompañó a George Dennis en sus primeras excursiones, contribuyó con sus dibujos a la obra de Dennis Las ciudades y cementerios de Etruria.



ciudades-estado permanecían totalmente autónomas. Aunque algunos estudiosos teorizan acerca de que se producían reuniones de algún tipo en un lugar cerca de Siena conocido como Poggio Civitate (*págs. 71-81*), Livio escribió que el acontecimiento que reunía regularmente a las 12 ciudades-estado era un festival anual celebrado en el santuario de Voltumna, un importante dios nacional. El lugar, la antigua Volsinies (Volsinii), no ha sido localizado exactamente, aunque se sabe que se alzó en las inmediaciones de Orvieto, a 105 kilómetros al norte de Roma. La reunión proporcionaba la oportunidad de discutir asuntos de interés común, y los lucumones elegían al parecer a uno de ellos como su jefe titular durante el próximo año, pero parece que el puesto no tenía ningún poder político.

Dada la falta de autoridad central, la expansión territorial que se produjo desde aproximadamente el 700 a.C. en adelante debió de ser obra de ciudades-estado individuales o grupos de gente aislados. En el sur, la ciudad de Capua, a unos 30 kilómetros al norte de la moderna Nápoles y peligrosamente cerca de la colonia griega de Cumae, se convirtió en el núcleo de la presencia etrusca. Aunque las relaciones fueron inicialmente pacíficas, se deterioraron en el transcurso del siglo VI, a costa de los etruscos.

Hacia el norte, parece que los colonos empezaron a cruzar los Apeninos en gran número en algún momento después del 600 a.C., y establecieron otro importante centro de cultura etrusca en Bolonia, entonces llamada Felsina, a unos 100 kilómetros más allá de las fronteras de la Etruria propiamente dicha. Desde allí, la influencia etrusca se difundió a lo largo del valle del Po hasta el Adriático, donde el puerto de Spina se convirtió en un importante centro comercial. Estos puestos de avanzada septentrionales y orientales iban a tener un papel importante a la hora de forjar vínculos comerciales y culturales con Europa más allá de los Alpes.

Independientemente de cuándo surgieron estos nuevos centros urbanos, un rasgo común unificador marcó pronto el paisaje que los rodeaba: las ciudades de los muertos, o necrópolis, a menudo hechas con túmulos funerarios. Estos túmulos son con frecuencia los únicos restos accesibles de las en su tiempo concurridas metrópolis. Y así, han sido primariamente las tumbas las que han servido como punto de contacto durante generaciones de viajeros y arqueólogos ansiosos por aprender sobre los etruscos. Las riquezas de los artículos contenidos en las tumbas, la belleza del arte que las adornaba, y su a menudo notable emplazamiento —ya fuera cerca de Spina en el delta del Po o en la llanura que rodea Capua— han hecho a Etruria tan popular entre los investigadores moder-



Lady Caroline Hamilton Gray, la imagen misma de la relajación, difícilmente parece el tipo de persona que podría interesarse en las tumbas etruscas. Su interés se inició en Londres en 1837, cuando visitó una colección de artefactos etruscos en el Museo Británico. Más tarde aquel mismo año acompañó a su esposo a Roma, donde las tiendas de antigüedades llenas de objetos etruscos despertaron su deseo de ver los lugares de donde procedían. De su experiencia surgió su libro de 1841, un auténtico best-seller de la época, *Viaje a los sepulcros de Etruria* en 1839.

nos como lo fue entre los viajeros eruditos de los siglos XVIII y XIX, en especial los ingleses.

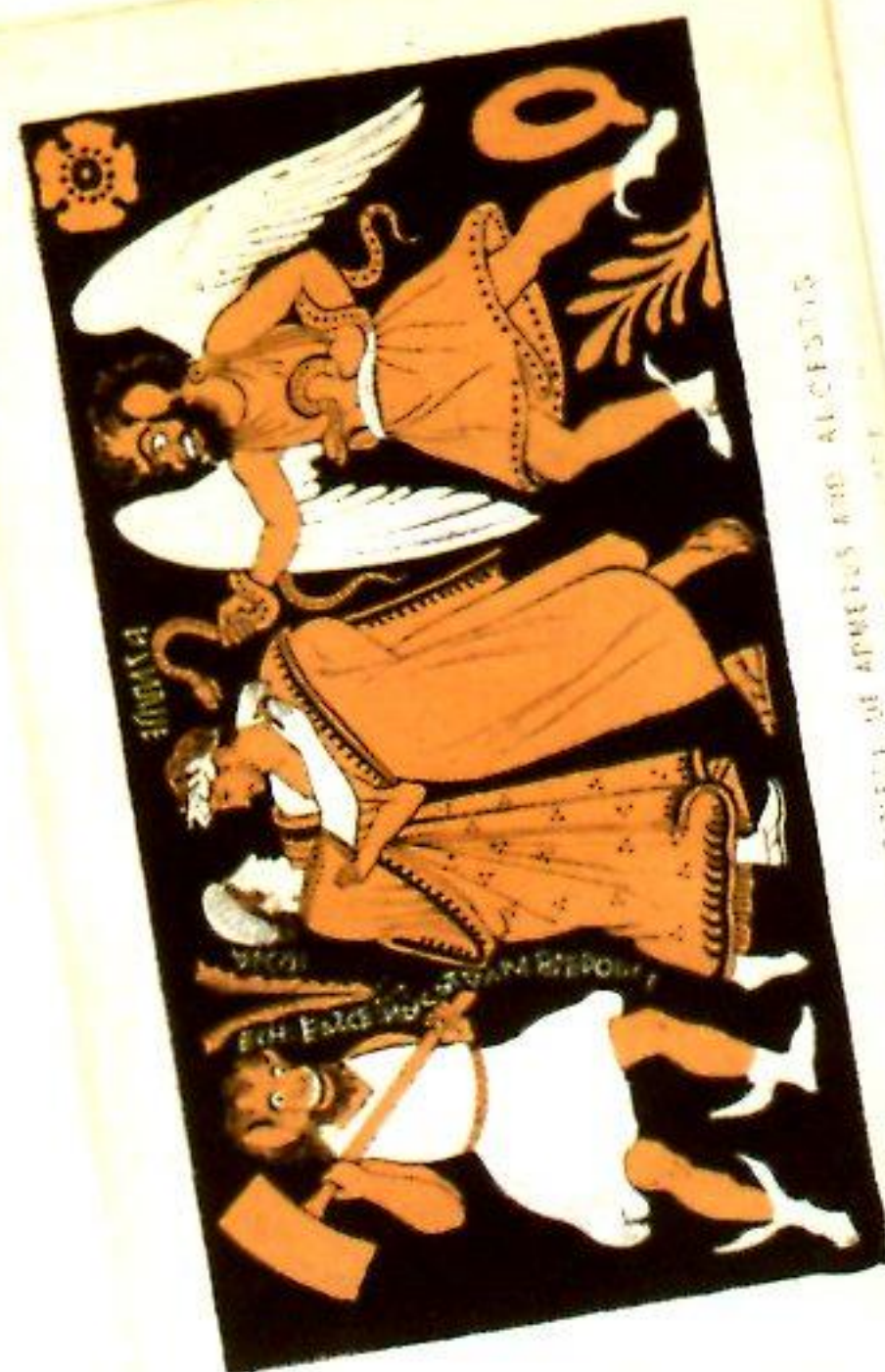
Uno de los primeros eruditos vagabundos fue James Byres, un arquitecto y anticuario escocés que pasó buena parte de su vida guiando a viajeros extranjeros por los lugares clásicos de Roma. Aunque su proyecto más ambicioso, un manuscrito iniciado en 1766 y titulado *Historia de los etruscos y sus antigüedades*, ha desaparecido lamentablemente, quedan algunos dibujos hechos para él. Publicados años después de su muerte, proporcionan un valiosísimo registro visual de interiores de tumbas que de otro modo se hubiera perdido también.

Una encantadora dama inglesa y anticuaria llamada lady Caroline Hamilton Gray, autora del popular relato *Viaje a los sepulcros de Etruria en 1839*, siguió los pasos de Byres en el siglo XIX. Llegó a Etruria desde los Midlands ingleses, donde vivía en un viejo castillo ventoso, después de que los médicos le aconsejaran pasar el invierno en Italia, un consejo que ella y su esposo, cura párroco, siguieron con tanto vigor que terminaron pasando casi tanto tiempo viajando como cumpliendo con sus deberes parroquiales.

Intelectualmente activos y acostumbrados a moverse en los mismos círculos que Macaulay, Dickens y Thackeray, la pareja halló en Etruria el territorio ideal para satisfacer su amor al viaje y al conocimiento. Hamilton Gray informó que algunos amigos la advirtieron de las dificultades a las que se enfrentaba «debido a lo salvaje del país y la falta de acomodaciones en el camino». Sin embargo, en sus viajes se encontró con tan sólo algunas incomodidades, e incluso en estos casos demostró ser muy adaptable, hasta el punto de señalar en una ocasión que «hemos descubierto que la yema de un huevo es un excelente sustituto para la leche en nuestro té».

Hamilton Gray fue afortunada al efectuar su viaje cuando lo hizo, poco después del estallido de descubrimientos que siguió al final de las Guerras Napoleónicas; mucho de lo que tenía que contar era nuevo. Aún así, descubrió que muchos de los lugares recientemente hallados se estaban deteriorando. Un cierto número de las celebradas pinturas murales de Tarquinia, por ejemplo, ya apenas eran visibles, pese al hecho de que habían sido traídas a la luz hacía tan sólo una docena de años.

Tarquinia, sin embargo, era todavía una fuente de muchas sorpresas, entre ellas tapas de sarcófagos esculpidas de modo que se parecieran a sus propietarios. Antes de entrar en una tumba, comentó Hamilton Gray más tarde, «me sorprendí tanto que me eché hacia atrás; porque, en el momento en que fue abierta la puerta, el serio, dignificado y colosal rostro de un jefe etrusco me miró directamente a la cara. Parecía como si acabara de



THE CITIES AND CEMETERIES

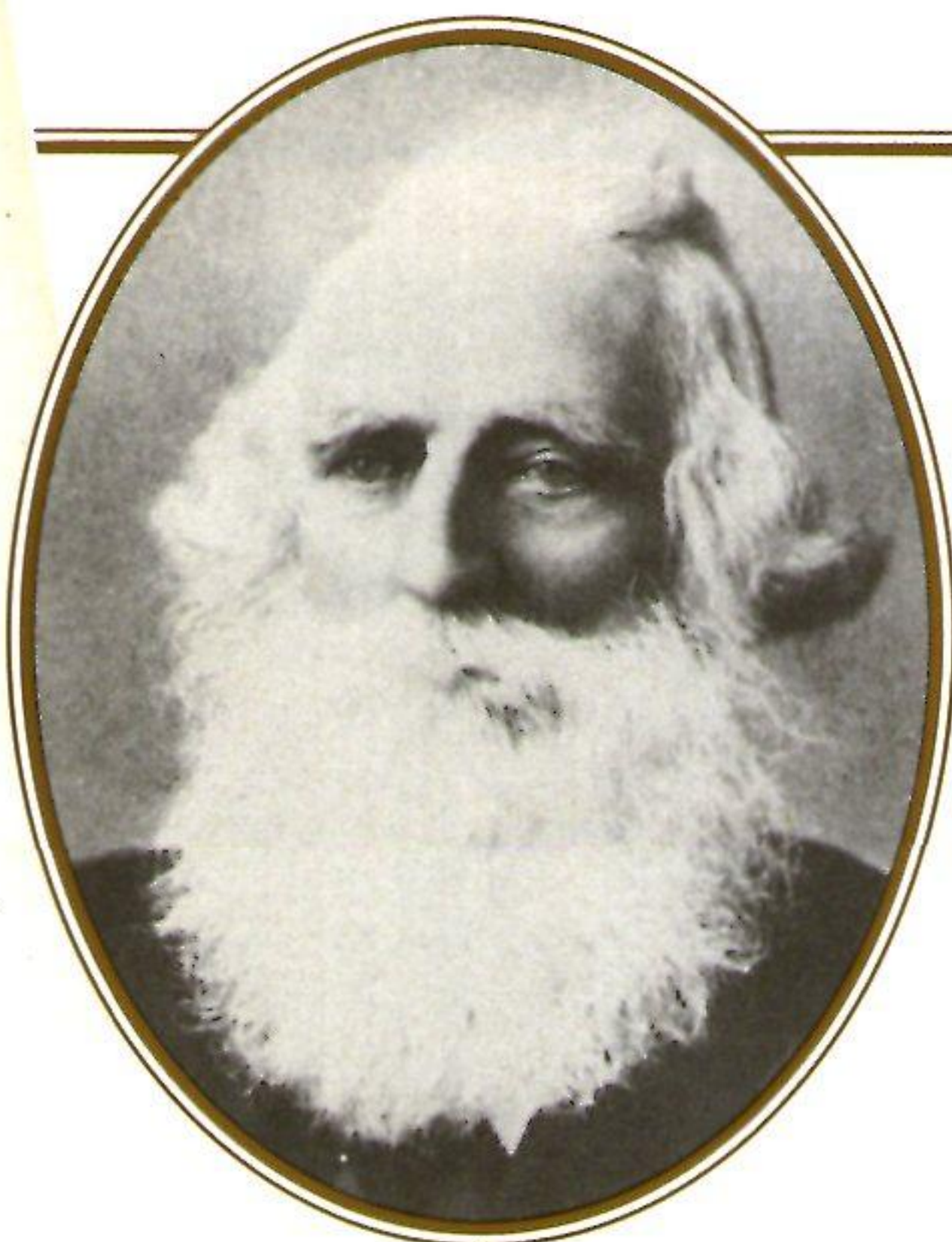
ETRURIA.

BY GEORGE DENNIS.



IN TWO VOLUMES
VOL. II.

LONDON.
JOHN MURRAY, ALBEMARLE STREET.



George Dennis en una fotografía, arriba a la derecha, 30 años después de que apareciera en 1848 la primera edición de su libro *Las ciudades y cementerios de Etruria*. Publicada en dos volúmenes, la obra, ricamente ilustrada, tenía unas sorprendentes 1.085 páginas, un número que hace aún más impresionante el hecho de que Dennis tenía tan sólo 34 años cuando apareció. En 1878 se publicó una nueva edición revisada que, según el biógrafo de Dennis, Dennis Rhodes, «era el clímax de su maravilloso logro sobre la vida y la muerte del pueblo etrusco».

levantar la cabeza del plácido y mayestático reposo en el que permanecía tendido, como el guardián del sepulcro, y casi pude imaginar que nos fruncía el ceño como los no bienvenidos intrusos que éramos a su lugar de descanso eterno».

Aunque Hamilton Gray veía a menudo poco más que pintura descolorida, cascotes y polvo cuando visitaba una necrópolis, en su mente captaba atisbos de torres y túneles, esfinges, quimeras de alabastro y piedra..., y alegres etruscos de carne y hueso. Advertía a los turistas que no poseían «imaginación suficiente para llamar y reanimar al polvo del sepulcro» que esperaran una decepción.

«Un hombre —escribió— acude a visitar las reliquias de la antigüedad como acudiría a ver un nuevo invento o un recién descubierto animal salvaje, de cuya naturaleza no puede adquirirse ningún conocimiento previo. Otro está tan familiarizado con los antiguos modos de pensar y actuar como con la gente cuya casa se incendió ayer, y cuya disposición resulta fácil de trazar entre las ruinas. El uno conversa con la antigüedad, y regresa encantado e instruido por su visita; el otro se la queda mirando, y no aprende nada.»

El libro de Hamilton Gray, que hizo mucho por popularizar los estudios etruscos en su época, sirvió como precursor para la más ambiciosa obra de George Dennis, *Las ciudades y cementerios de Etruria*, que apareció en Inglaterra siete años más tarde. De hecho, Dennis escribió confidencialmente a su editor que el *Viaje a los sepulcros* había sido una de las razones por las que deseaba una pronta publicación de su clásico. «La señora Gray ha sacado ya, he oído decir, una cuarta edición —escribió Dennis—, y me alegraría enormemente poner fin a su errónea progenie.»

El atractivo del libro de Dennis residía en una combinación de consciente investigación y meticulosa observación, llevada a la vida con una habilidad literaria tan vívida hasta el último extremo como la de Hamilton Gray. Mientras que los estudiosos apreciaban el detallado examen de los lugares individuales, muchos de los cuales sólo podían alcanzarse tras grandes dificultades en aquella época, el lector general gozaba con la atmósfera emotiva creada por el autor alrededor de los pintorescos y románticos paisajes en los que se hallaban.

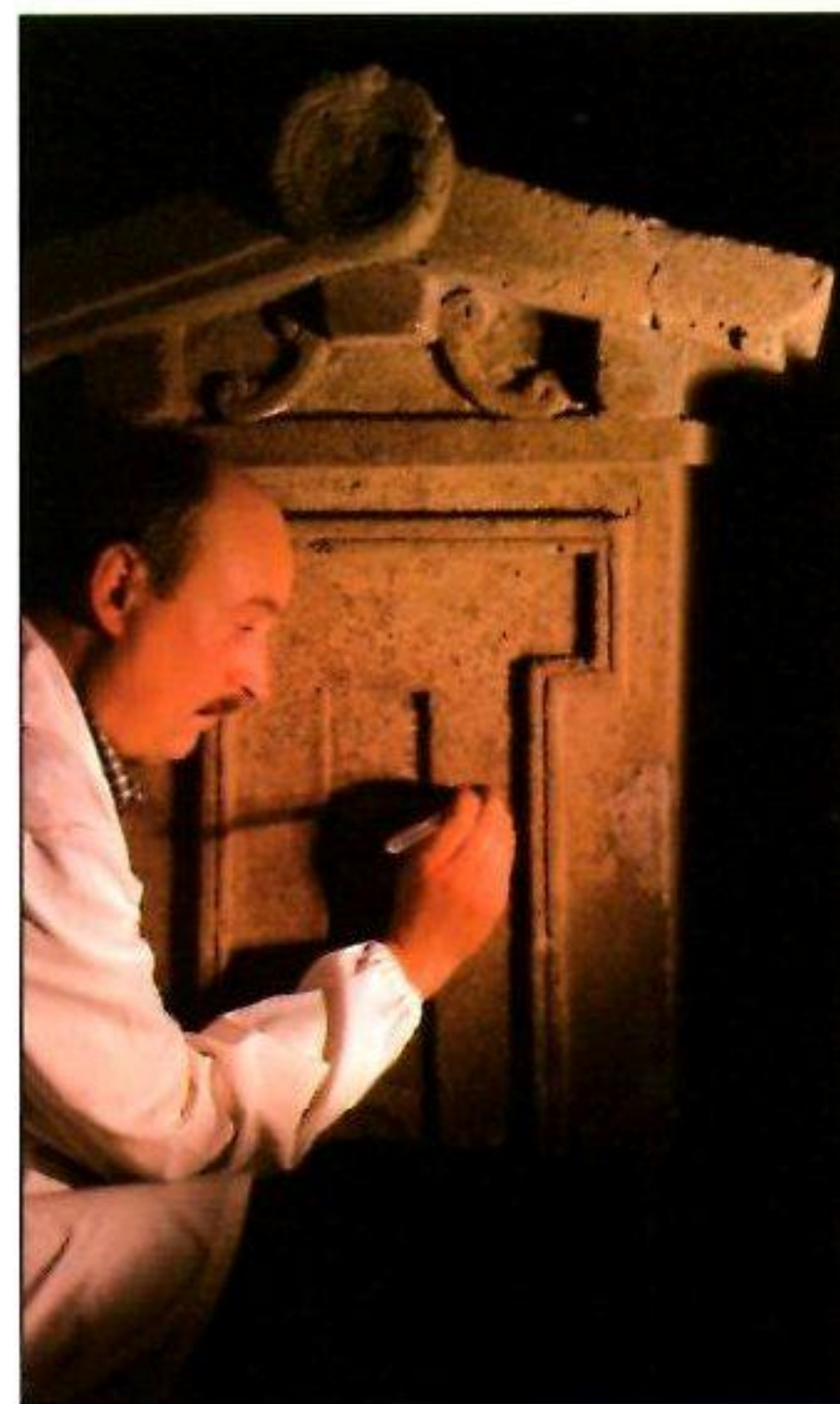
El contraste entre ese inspirado impresionismo y la orientación tecnológica del moderno trabajo de campo etrusco difícilmente podría ser más marcado. Hoy la investigación arqueológica es cada vez más una actividad de grupo, y tiene acceso a técnicas en las que los pioneros del siglo XIX ni siquiera llegaron a soñar.

Muchos de los métodos fueron ideados como respuesta a la cada vez más ruinoso amenaza que la civilización moderna plantea a lo antiguo. El arado profundo, por ejemplo, a veces con ayuda de *bulldozers*, ha causado considerable daño, mientras que los fertilizantes —usados hasta que las tumbas fueron declaradas propiedad del estado— elevaron la concentración de sal del agua que continuamente se infiltra dentro de ellas, dañando las pinturas murales puesto que la sal tiene un efecto lixivante y cristaliza encima y detrás de sus superficies.

Enfrentados al desafío de localizar e investigar restos etruscos ocultos antes de que resulten irrecuperablemente dañados, los etruscólogos recurrieron a la fotografía aérea, que les permitía examinar grandes superficies de una sola mirada. Los ingenieros del ejército italiano proporcionaron a los arqueólogos fotografías tomadas desde globos ya en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Pero la técnica no fue aplicada sistemáticamente hasta 1944, cuando John Bradford, un oficial de inteligencia inglés, observó algo en las fotografías de reconocimiento que examinó durante la Segunda Guerra Mundial.

Bradford se dio cuenta de que las imágenes mostraban signos reveladores de antigua actividad humana que a todos los efectos eran invisibles a nivel del suelo. Manchas de hierba que aparecían de un color más claro que la vegetación circundante, por ejemplo, indicaban la presencia de escombros de piedras —y en consecuencia de restos de túmulos aplastados— en el suelo subyacente. Islas de suelo grisáceo rodeadas por la típica tierra pardo anaranjada de la Toscana, resultado de siglos de arado, revelaban lo mismo. Y las sombras arrojadas por la inclinada luz de la mañana o del atardecer ponían a menudo en relieve obras de tierra que Bradford llamó «ciudades de sombra».

Analizando estos y otros sutiles indicios, consiguió identificar cerca de 2.000 montículos funerarios hasta entonces desconocidos en el sur de Etruria, salvándolos así de futuros daños causados por los arados de los



Un restaurador limpia la superficie de una piedra que señala la existencia de una tumba, llamada un cippus, descubierta en 1986 cerca de la desaparecida ciudad etrusca de Tuscania. Estelas funerarias como ésta, talladas de modo que parezcan una casa, pueden hallarse frente a tumbas por todo el campo toscano. Otras son de forma piramidal, circular o cúbica. Muchas llevan los nombres de las familias enterradas allí.



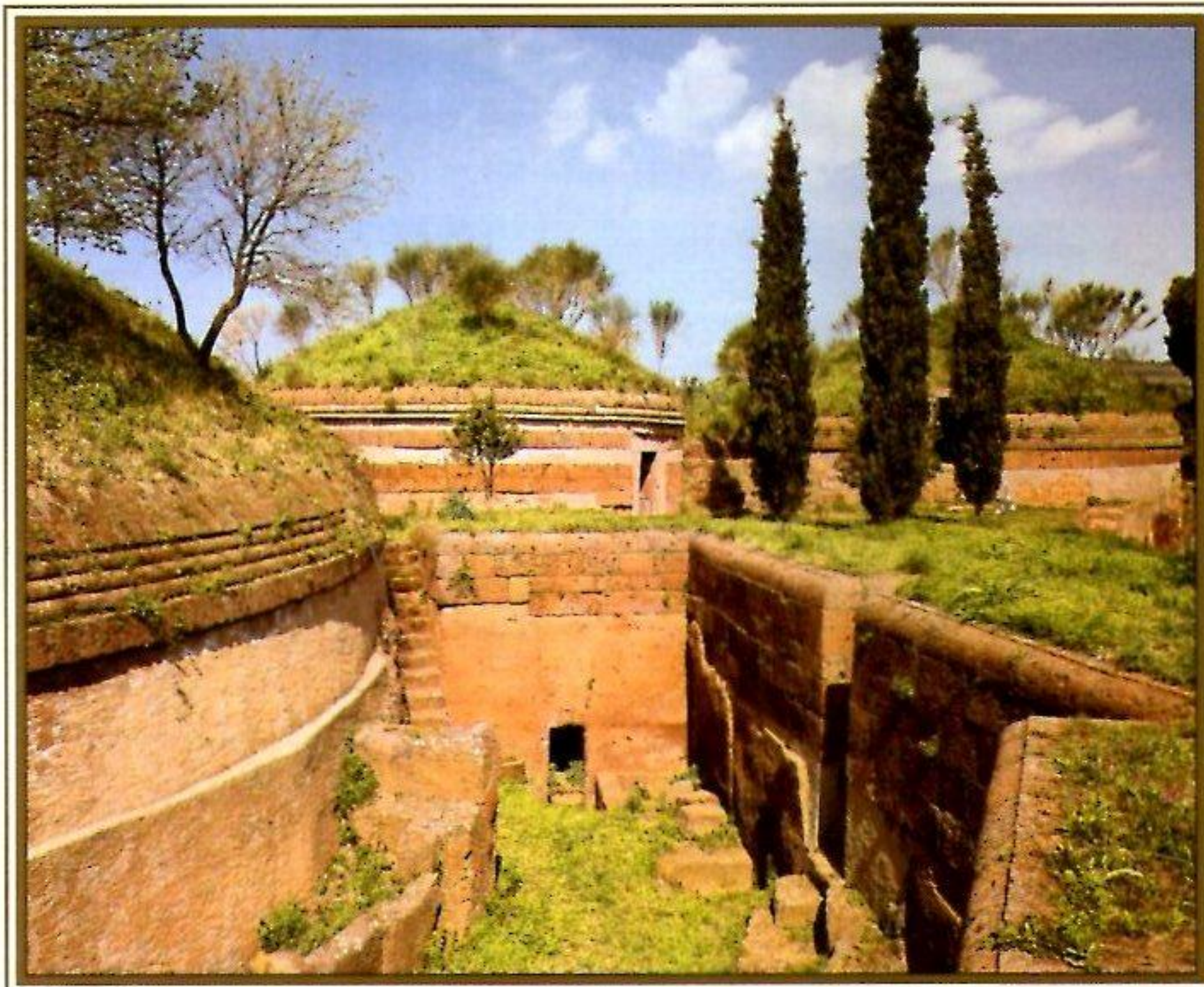
Una tumba del siglo VI o V a.C. se alza en una necrópolis en las afueras de las ruinas de Populonia. Conocida como la Tumba de la Estatuilla de Bronce, fue saqueada en la antigüedad y recibió su nombre por la única ofrenda funeraria que quedó atrás. Populonia, la única ciudad etrusca importante situada en la costa, fue el emplazamiento de un gran centro de trabajo del hierro. Como resultado de ello, muchas de sus tumbas, incluida ésta, terminaron ocultas bajo montones de escoria.

campesinos. Bradford produjo también los primeros planos exactos de los cementerios, mostrando las carreteras y caminos que en sus tiempos los intersectaron, y más tarde aplicó la técnica a regiones tan alejadas como la Inglaterra romana y la Rodas clásica.

Bradford admitió de buen grado que había limitaciones a lo que la fotografía aérea podía conseguir. Puesto que los restos tienen que hallarse cerca de la superficie a fin de aparecer en las fotografías, se ha estimado que tan sólo la mitad aproximadamente de las tumbas en el cementerio de Cerveteri y un cuarto de las de Tarquinia fueron reveladas desde el aire. Más aún, localizar exactamente la situación de los yacimientos descubiertos desde las alturas nunca ha sido tarea fácil.

El número mismo de los túmulos causó también problemas, porque la excavación incluso de uno siguiendo los estándares arqueológicos aceptados era, y es, un asunto caro y que consume mucho tiempo. Y puesto que la gran mayoría de tumbas investigadas resultaron estar vacías, saqueadas por ladrones de tumbas en la antigüedad, durante la Edad Media o recientemente, los resultados raras veces justificaban el trabajo y el gasto.

Afortunadamente, un ingeniero italiano llamado Carlo Lerici ideó una forma de investigar las tumbas no abiertas que evitaba la necesidad de una prolongada excavación. Tras retirarse de una exitosa carrera comercial, Lerici dedicó buena parte de su dinero a establecer una fundación que al principio tenía muy poco que ver con Etruria. Su intención era más



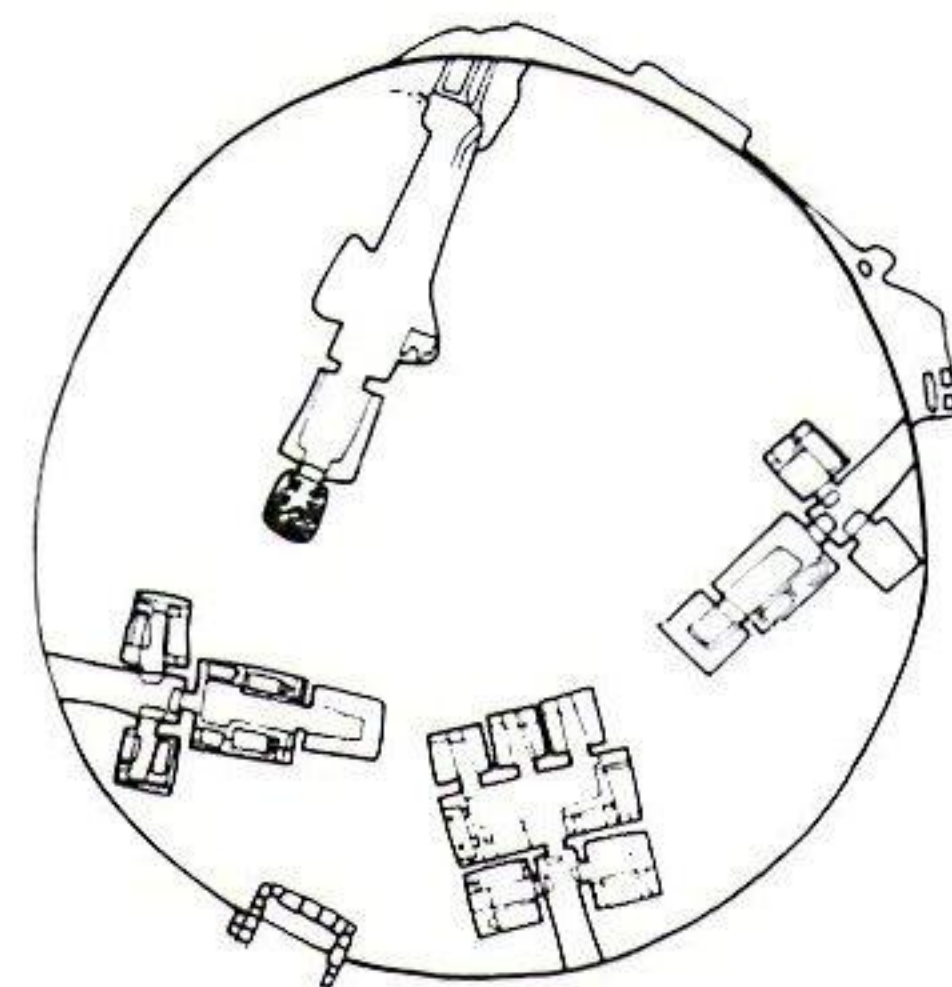
Túmulos circulares y tumbas más pequeñas en forma de cubo se apiñan en esta calle de los muertos en el cementerio Banditaccia, cerca de la moderna Cerveteri. Fundado en el siglo VII a.C., el Banditaccia, que significa «tierra puesta aparte», es uno de los tres cementerios que servían a la antigua ciudad etrusca de Caere. Las grandes tumbas circulares acomodaron a las clases ricas en los siglos VII y VI a.C., mientras que las más modestas cámaras rectangulares llegaron más tarde, después de que las fortunas etruscas empezaran a disminuir.

bien buscar nuevas formas de hallar reservas subterráneas de petróleo, agua, gas o menas. Pero cuando sus familiares le pidieron a Lerici que diseñara un mausoleo para la familia, recurrió a la arquitectura antigua en busca de inspiración, y pronto sus pensamientos se dirigieron hacia los etruscos. Entonces supo del trabajo de Bradford.

«Soy ingeniero, no arqueólogo —escribió—. Pero durante algunos años me he sentido fascinado tanto por los misterios de los etruscos como por los desafíos de utilizar modernas técnicas geofísicas para perseguir los indicios enterrados del pasado. Una de estas técnicas es la fotografía aérea.»

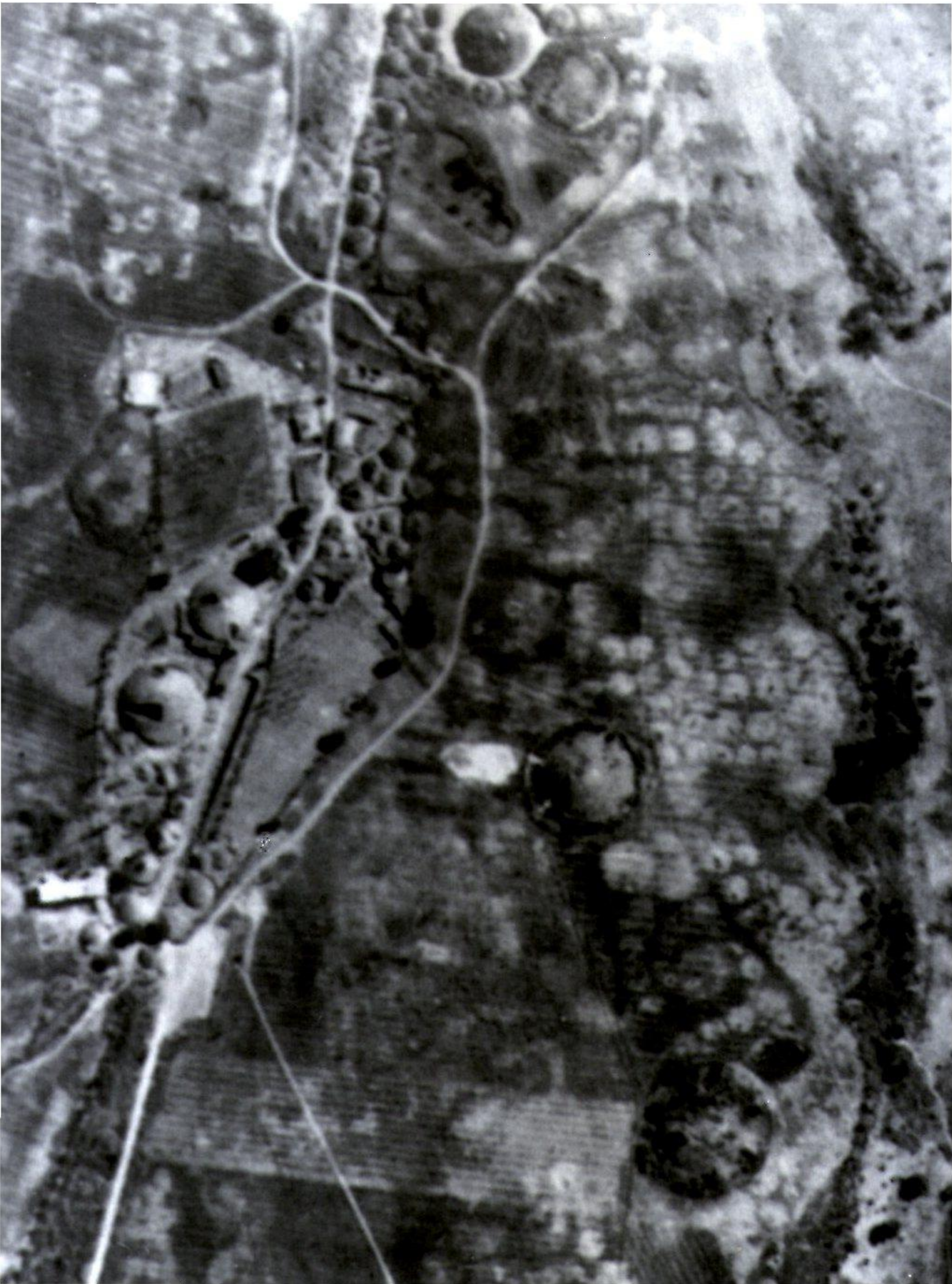
Utilizando fotos tomadas desde el aire para hallar tumbas que investigar, Lerici estableció su localización exacta señalando meticulosamente las variaciones en la capacidad del suelo de conducir la electricidad. Se plantaban varillas metálicas en el suelo, y se hacía pasar una corriente entre ellas a fin de poder evaluar la resistencia. Luego las varillas eran movidas varias veces y se tomaban nuevas mediciones. La presencia de una tumba quedaba señalada normalmente por una lectura elevada, puesto que el aire ofrece más resistencia que la tierra al paso de la electricidad.

Una vez establecido el centro exacto de la tumba, Lerici utilizó un taladro eléctrico para perforar un agujero de prueba hasta una profundidad suficiente para atravesar el techo de la cámara, normalmente unos 5 a 6 metros. Luego hacía descender un periscopio especialmente construido que le permitía examinar el interior. Si contenía objetos de interés, tomaba fotos con una cámara espía militar del tamaño de un mechero montada al extremo de un largo tubo hermético de aluminio que contenía también un diminuto flash. Hacía girar el dispositivo 30 grados entre cada toma, con lo que obtenía un panorama completo del interior del sepulcro con tan sólo una docena de fotografías. La sonda era luego re-



La fotografía de la derecha del cementerio Banditaccia proporciona una imagen a vista de pájaro de la necrópolis. Los numerosos túmulos circulares son indicativos de la creciente riqueza de la aristocracia del siglo VII de Caere. A finales del siglo, estos monumentos habían adquirido un tamaño impresionante. El túmulo II —recuadrado en la foto, con su plano sobre estas líneas— tiene más de 40 metros de diámetro y contiene cuatro tumbas multicamerales. Su diseño interior hace eco de la arquitectura doméstica de Caere.







Para investigar las tumbas localizadas en las fotografías de reconocimiento tomadas en tiempo de guerra, Carlo Lerici, arrodillado, desarrolló una técnica para examinar su interior sin tener que abrirlas realmente. Aquí, estudia las lecturas de los instrumentos que miden las corrientes eléctricas subterráneas, lo cual le permite señalar con precisión uno de los enterramientos antes de insertar una cámara a través de un agujero perforado en el techo. En la foto de la tumba de abajo, un flash ilumina la cámara a fin de que los arqueólogos puedan determinar si excavarla o no.



Tomada en 1944 por las Reales Fuerzas Aéreas durante una sequía, esta fotografía del cementerio Banditaccia revela centenares de túmulos circulares invisibles desde el suelo.

John Bradford, un oficial de la RAF estacionado en Italia durante la Segunda Guerra Mundial, reparó en estas tumbas «fantasma» mientras examinaba fotos de reconocimiento.

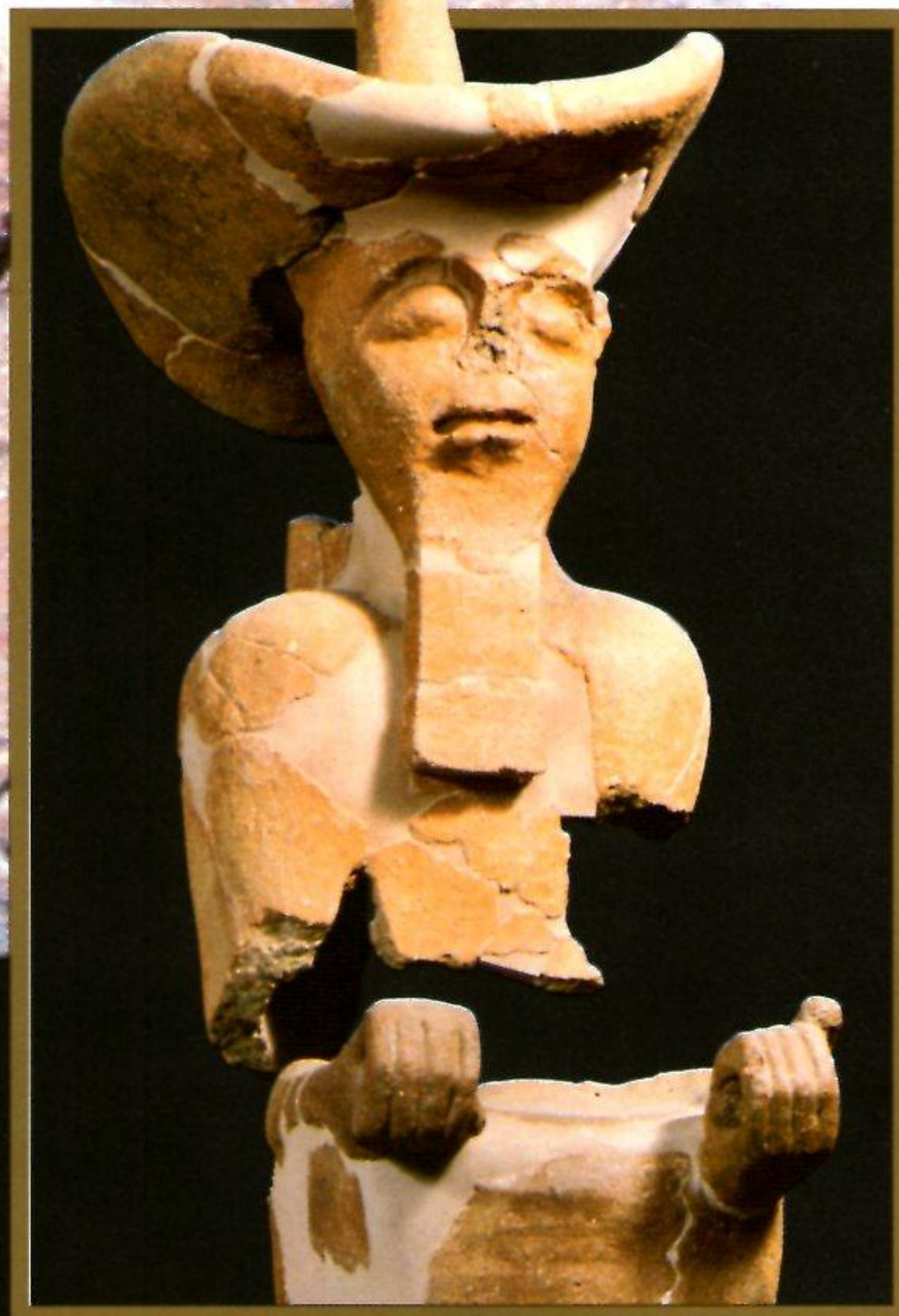
tirada, y el agujero cerrado rápidamente para minimizar el riesgo de daños a la tumba por el nuevo aire insuflado. Los lugares que resultaban dignos de ser investigados podían ser excavados a la manera tradicional.

La sonda de Lerici iba a resultar un éxito espectacular. A los 10 años de su desarrollo había sido utilizada para explorar casi 1.000 cámaras funerarias en Cerveteri y más de 5.000 en Tarquinia, donde fueron localizadas varias tumbas pintadas, tantas, afirmó Lerici, como las descubiertas en todo el siglo XIX. Entre ellas estaba la llamada Tumba de la Olímpíada, ilustrada con escenas de carreras pedestres, boxeo, carreras de cuádrigas y otros deportes. Fue el primer sepulcro pintado importante abierto en 67 años, y fue descubierto poco antes de los Juegos Olímpicos de Roma de 1960, lo cual influenció su nombre.

Pese a su innovadora tecnología, el trabajo de Lerici siguió viéndose dificultado por un problema tan antiguo como el tiempo, los ladrones de tumbas. Conscientes de sus métodos y de sus pasados éxitos, vigilaron todos sus movimientos y, al menos en una memorable ocasión en Cerveteri en 1958, le ganaron la mano al ingeniero en el acceso a una tumba que había descubierto y que contenía valiosas antigüedades. El rey Gustavo VI Adolfo de Suecia –que también era un entusiasta arqueólogo aficionado (*págs. 102-103*)– había sido invitado a abrir la cámara, una más de una serie que Lerici había fotografiado previamente. Pero los ladrones golpearon la víspera de la visita real. Obligados a moverse aprisa a fin de evitar embarazos, los colegas de Lerici sustituyeron la tumba por otra para que el rey pudiera abrirla.

Lo que el rey puso finalmente al descubierto –cerámica, algunas joyas, un lecho funerario tallado en la roca– no fue de gran importancia. Pero incluso los pequeños hallazgos cuentan cuando se trata del pasado etrusco, aunque sólo sea porque estos descubrimientos pueden proporcionar más indicios respecto al tipo de pueblo que eran los etruscos. Privados de su lenguaje por el tiempo, tienen que hablarle al mundo moderno a través de sus artefactos. Y en éstos viven de nuevo.

SOBERBIOS HALLAZGOS EN LA TOSCANA



En 1965, el Bryn Mawr College de Pensilvania aceptó patrocinar una excavación en la Toscana, conducida por el arqueólogo Kyle Meredith Phillips Jr. La finalidad era hallar un yacimiento que pudiera ser usado como lugar de entrenamiento para estudiantes de arqueología. Finalmente Phillips eligió un lugar llamado Poggio Civitate (Colina Habitada), la aislada cumbre de una colina cerca del pueblo de Murlo, al sureste de Siena.

Las excavaciones se iniciaron en el verano de 1966; desde entonces, equipos patrocinados por varias corporaciones universitarias y compuestos por profesionales y estudiantes han acudido anualmente a Poggio Civitate. El proyecto se ha convertido, a la larga, en mucho más que un instrumento de enseñanza. Ha producido también descubrimientos sin precedentes en el estudio de la civilización etrusca, que previamente había sido conocida sobre todo a través del examen de sus santuarios y cementerios.

Quizás el hallazgo más significativo fueron los restos de un edificio monumental de unos 60 metros en cuadro. Situado en la capa más superior excava-

da del yacimiento, el edificio estaba rematado por un cierto número de figuras sentadas de terracota de tamaño natural, una de las cuales fue apodada humorísticamente el *cowboy* debido a su sombrero de ala ancha (*arriba*). Referida como el Edificio Superior, esta estructura fue erigida probablemente entre el 600 y el 530 a.C. Bajo sus cimientos se hallan los restos de una estructura anterior, conocida como el Edificio Inferior; construida en el siglo VII a.C., parece que fue destruida por un fuego accidental hacia finales del siglo. Cerca están las ruinas de un gran taller.

Los artefactos del yacimiento han sido exhibidos por todo el mundo, y en la actualidad se hallan expuestos en un museo especial en Murlo. Una selección de ellos se muestran en las siguientes páginas, contra el fondo de un friso de terracota decorativo del Edificio Superior.



UNA SORPRESA EN POGGIO CIVITATE

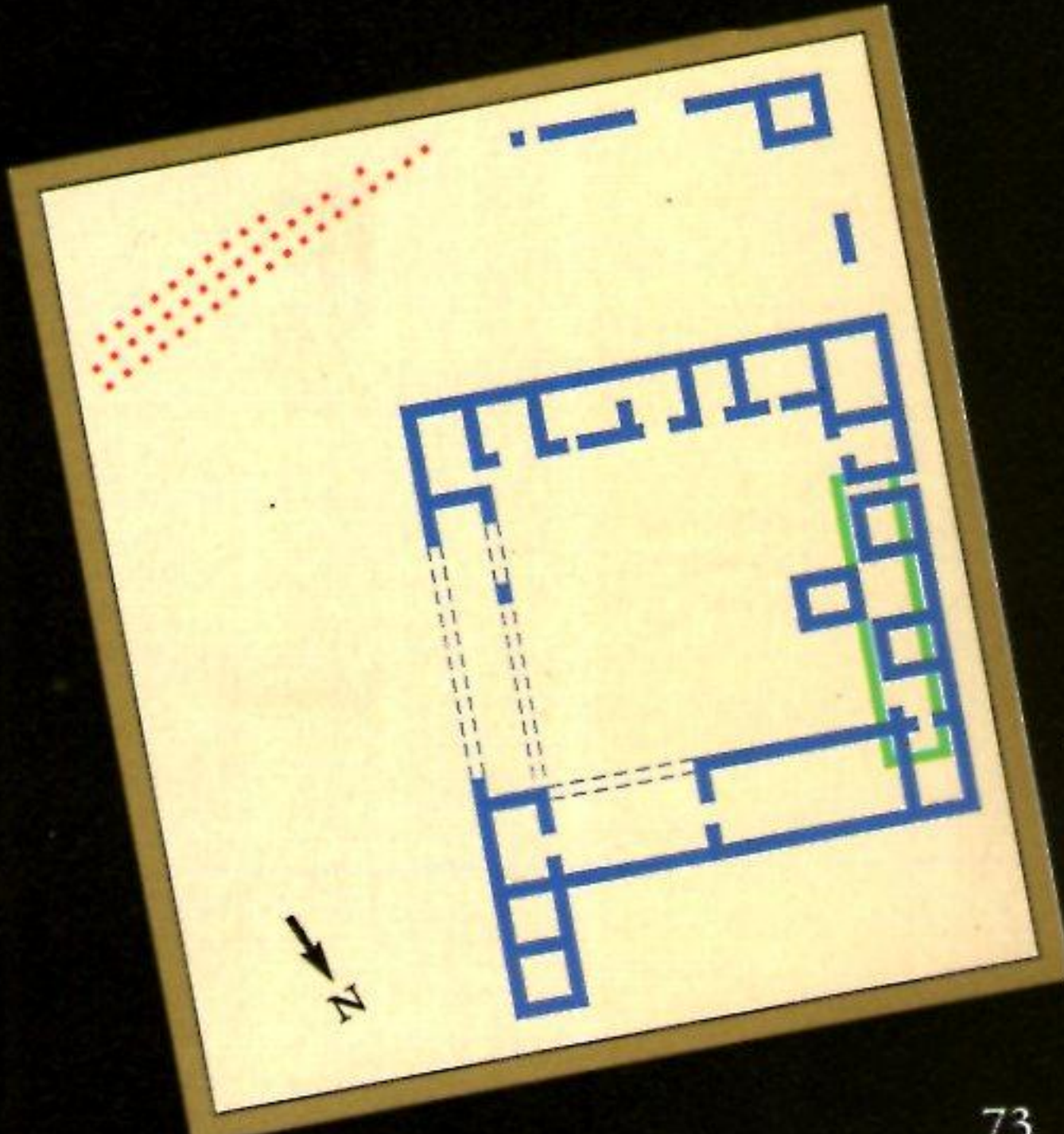
Tras explorar por entre la enmarañada vegetación que cubría Poggio Civitate, Kyle Phillips y su grupo de estudiantes de arqueología decidieron cavar sus primeras zanjas de exploración en una sección de la colina que los del lugar llamaban Piano del Tesoro, el Llano del Tesoro. Allí, los estudiantes tropezaron con un fragmento de una antigua jarra de almacenaje de arcilla que asomaba del suelo, y calcularon que era probable que hallaran otros artefactos más abajo. De hecho, escribiría Phillips más tarde, «al cabo de pocas horas sabíamos que estábamos excavando en un lugar de ocupación humana».

Extrañamente, sin embargo, la mayoría de lo que encontraron los excavadores estaba hecho pedazos: cerámica, estatuaria, frisos decorativos de terracota, casi todo parecía haber sido roto deliberadamente y luego esparcido por el suelo del gran Edificio Superior que fue emergiendo a lo largo de varias temporadas de ex-

cavación. Dado su tamaño y su elaborada decoración, la estructura debió de tener una posición preeminente en la comunidad, pero cuál era su función exacta sigue eludiendo a los investigadores.

A mediados de los 1980, sucesivos equipos de estudiantes han acudido a Poggio Civitate, han completado la excavación del Edificio Superior, y han desenterrado huellas del Edificio Inferior y del Taller, como puede verse a la derecha.

Llenos de árboles y matorrales y denso sotobosque, los suaves contornos de Poggio Civitate gravitan sobre una extensión de cuidadosamente cultivados campos toscanos en una fotografía (arriba) tomada en la temporada de excavación del verano de 1982.



Los toscos cimientos de piedra del Edificio Superior yacen expuestos en esta fotografía de 1972 (arriba). En el recuadro insertado, el maltratado rostro de terracota de la figura sentada con el sombrero de ala ancha puede verse tal como fue hallado entre las ruinas de la estructura.

En este plano de las tres estructuras identificadas hasta ahora en Poggio Civitate, el azul oscuro señala el Edificio Superior, el verde el Edificio Inferior, y el rojo el Taller. Las líneas estrechas azules de puntos marcan porciones del Edificio Superior donde los cimientos todavía no han sido excavados.



MISTERIO DEL EDIFICIO SUPERIOR

Tras varios años de excavaciones en Poggio Civitate, Kyle Phillips quedó completamente convencido de que el Edificio Superior no había sido un templo, como primero había supuesto. Observando su gran patio y las estancias circundantes, llegó a la conclusión de que el edificio era el lugar central de reunión de una liga de ciudades etruscas. Había sido demolido ritualmente, teorizó, por una potencia rival en ascenso.

Algunos estudiosos están sin embargo en desacuerdo con esta interpretación, y sostienen todavía que el edificio fue un templo o

un santuario, o incluso el palaciego hogar de un rico etrusco.

Fuera cual fuese su función, la desconcertante estructura estaba ricamente festoneada con figuras decorativas de terracota, entre ellas el par mostrado arriba. Y el techo estaba coronado con numerosas estatuas, varias de las cuales llevaban sus distintivos sombreros de ala ancha.



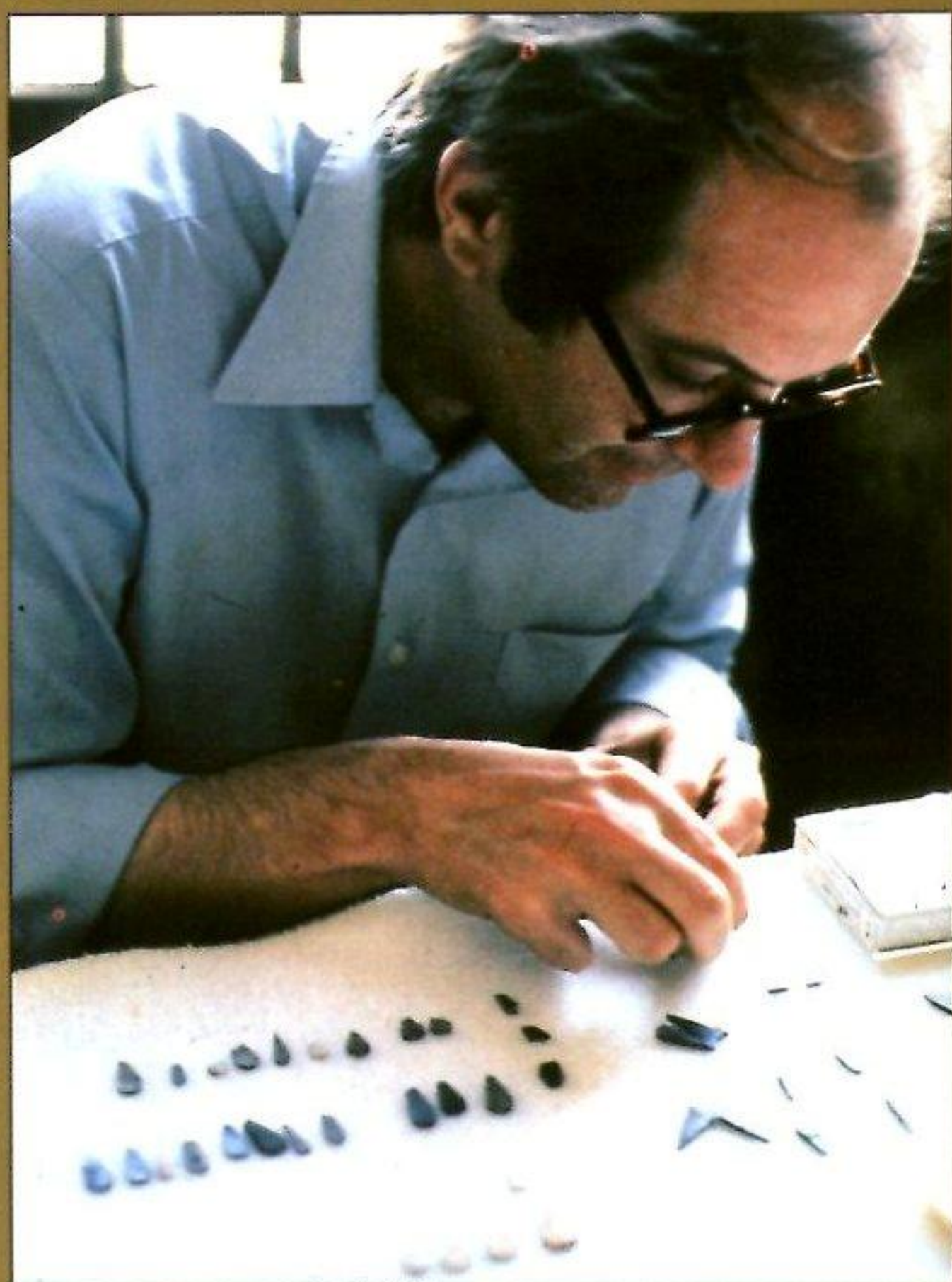
El amplio patio central del Edificio Superior es claramente visible en esta reconstrucción, que muestra también los caros techos recubiertos de tejas que remataban la estructura.



Un excavador cepilla el polvo de una de las varias placas del friso halladas cerca de una esquina del Edificio Superior. El friso muestra carreras de caballos, banquetes, procesiones y asambleas de dioses y dignatarios.



Esta esfinge de terracota decoraba la línea del techo del edificio junto con figuras sentadas que llevaban sombreros de ala ancha y quizás otras 25 figuras humanas y de animales. El significado de estas estatuas sigue siendo un misterio.



GRIFO DE HUESO

DELICADOS TESOROS SALVADOS POR EL FUEGO

Como el Edificio Superior que se alzó sobre sus cimientos, el Edificio Inferior exhibía en su tejado muchas grandes figuras geométricas recortadas de terracota, así como figuras de animales y un caballo y su jinete, adornos bastante comunes entre los primitivos etruscos (*página opuesta*). Pero los restos de la estructura ofrecieron también un hallazgo en el que ni siquiera se soñaba de pequeños y elegantemente elaborados objetos que hablan no sólo de la habilidad de los artesanos de Poggio Civitate, sino también de la riqueza de quienes usaron en su tiempo el Edificio Inferior.

Kyle Phillips, mostrado arriba mientras examina algunas de la miríada de piezas decorativas desenterradas en el yacimiento, señaló que los hallazgos «proporcionan preciosos indicios de la vida en el norte de Etruria durante el siglo VII a.C.». Entre otras cosas, mostraron que los artículos comerciales que alcanzaron la

costa del mar Tirreno hallaron su camino tierra adentro hasta las ciudades más pequeñas. Muchos de los artefactos de marfil, ámbar y loza fina atestiguan las relaciones comerciales con el norte de África, el Báltico y el Levante.

Algunos estudiosos afirmaron que aquella exquisita artesanía estaba más allá de las capacidades de los artesanos provinciales. Pero descubrimientos en las ruinas del cercano Taller han indicado que muchos de los delicados artículos fueron probablemente elaborados directamente en Poggio Civitate.

De menos de dos centímetros y medio de altura, los cuatro objetos arriba y a la derecha se hallan entre las muchas de tales piezas halladas entre las ruinas del Edificio Inferior. Algunas resultaron descoloridas por el fuego que destruyó la estructura hacia finales del siglo VII a.C.



CONEJO DE MARFIL

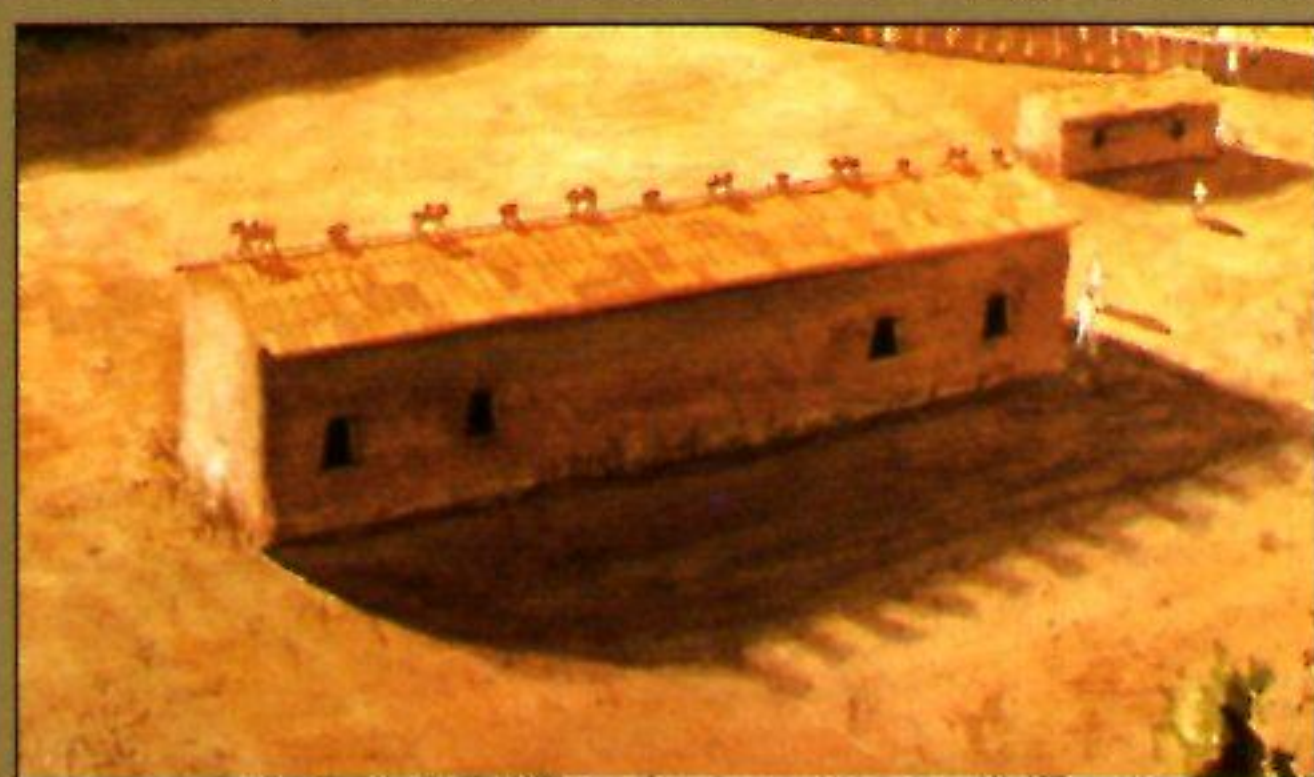


ESFINGE DE MARFIL



GRUPO ANIMAL DE PIEDRA PRECIOSA

ESTATUAS VARIADAS COLOCADAS EN LO ALTO



Llamadas acroterias, de la palabra griega que significa lugar más arriba, las representaciones de terracota de seres humanos, animales o diversas figuras geométricas eran usadas con frecuencia para adornar las cumbreras de las estructuras etruscas, como se muestra arriba en una reconstrucción del Edificio Inferior de Poggio Civitate. Aunque se desconoce su finalidad exacta, puede que tuvieran un significado simbólico.

Las acroterias más antiguas no fueron probablemente más que figuras relativamente simples de madera recortada que embellecían los tejados de las chozas. A su debido tiempo, evolucionaron a más expresivas –pero todavía bidimensionales– figuras como el caballo y jinete de terracota de abajo, reconstruido a partir de los hallazgos de fragmentos de varios años. Más tarde aún, quizás influenciados por la escultura griega, los artesanos etruscos empezaron a modelar imágenes tridimensionales más sofisticadas, como las figuras sentadas y la esfinge que decoraban el techo del Edificio Superior.





RESTOS DE UN TALLER ANTIGUO

En el verano de 1982 los excavadores de Poggio Civitate desenterraron los cimientos de la tercera estructura importante descubierta hasta la fecha. El codirector del proyecto, Erik O. Nielsen, de la Universidad de Evansville en Indiana —que sucedió a Kyle Phillips como jefe de las excavaciones a la muerte de Phillips en 1988— identificó las ruinas como los restos de un Taller en sus tiempos floreciente que había producido muchos de los artículos hallados en el lugar. Al parecer el Taller, con techo de tejas, no tenía paredes; estaba abierto a los cuatro lados para una mayor luz y ventilación.

Las muy vitrificadas tejas y la concentración de carbono hallado en los restos indica-

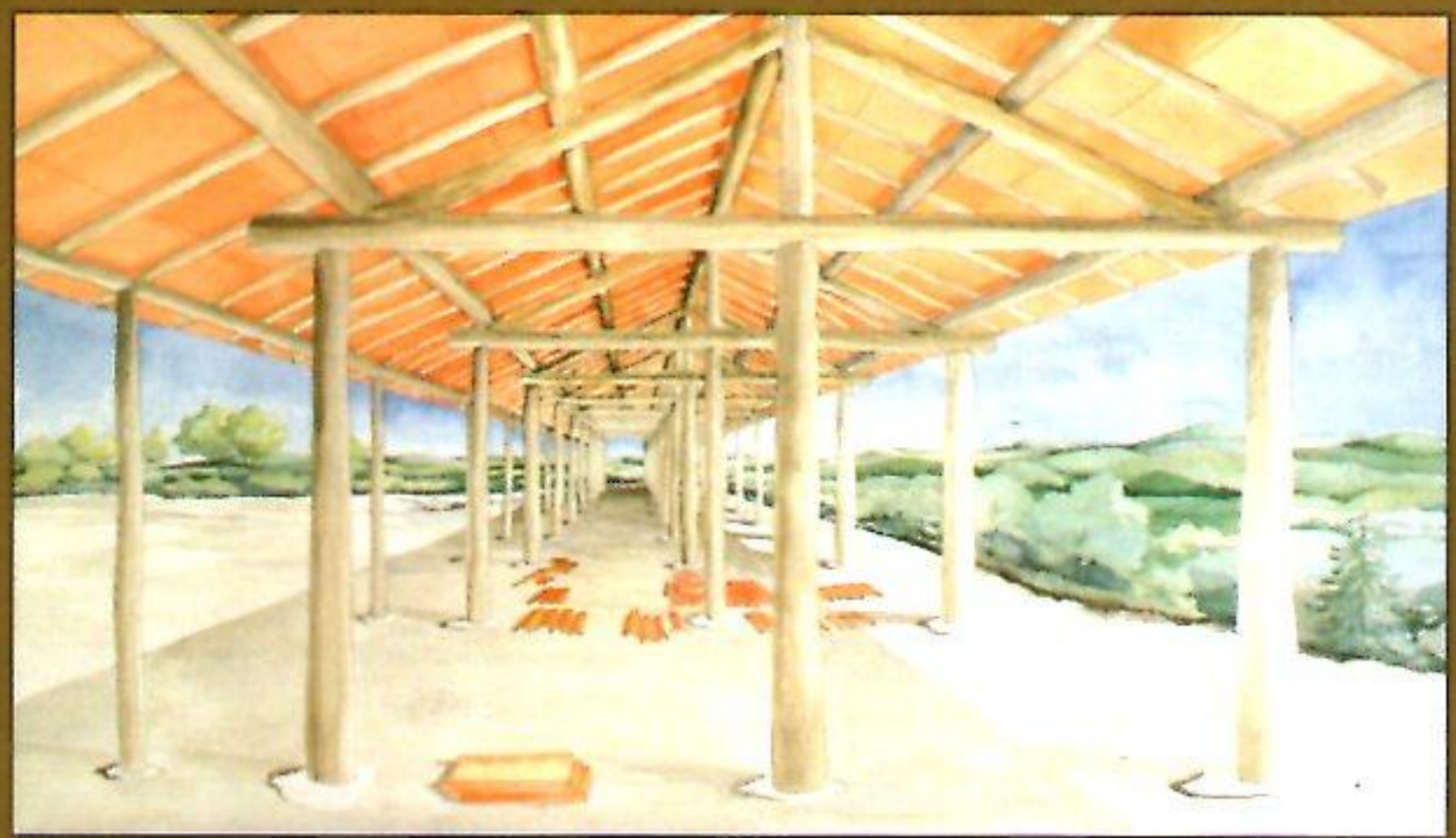
ban que el edificio había sido destruido por el fuego, probablemente en el mismo incendio que arrasó el cercano Edificio Inferior. Y el fuego, sin duda, había sido repentino: En su apresuramiento por escapar de las llamas, algunos de los artesanos dejaron detrás huellas de sus pies en las aún húmedas tejas de arcilla que estaban secándose en el suelo del lugar.



Tras retirar el polvo de las huellas de pies halladas en las tejas de arcilla del Taller (arriba), los conservadores hicieron moldes de yeso de las impresiones. Uno de estos moldes, que muestra claramente la forma del pie desnudo de un antiguo artesano, puede verse a la izquierda.



Hallado en asociación con material contemporáneo del Edificio Inferior, el rostro de terracota mostrado arriba fue uno de los muchos que decoraron el sistema de canalizaciones de la estructura; a su derecha hay un molde de arcilla, descubierto en el Taller, que fue usado para producir en masa estos rostros. A la derecha, un dibujo de la reconstrucción del Taller muestra el diseño de paredes abiertas del edificio.



En estas piezas desechadas halladas en el basural al norte del Edificio Inferior pueden verse evidencias del tipo de objetos que se producían en el taller. Las excavaciones a lo largo de los años han puesto al descubierto piezas de marfil, hueso y cuerno en distintos estadios de terminación.

